EL AUTOR

John Whitney Hall

Nació en Tokio en 1916. *Bachelor of Arts,* en 1939, en el Amherst College; *Philosophiae doctor,* en 1950, en la Universidad de Harvard; en 1952, *Assistant Professor;* en 1955, *Associate Professor;* en 1959, profesor titular de historia en la Universidad de Michigan. Fue también director del *Center for Japanese Studies* de la Universidad de Michigan en Okayama (Japón), desde 1957 a 1960. Además, fue *Visiting Professor* y *Senior Fellow* del *Council of the Humanities,* en Princeton. En 1961 fue el primer titular de la cátedra de historia A. Whitney Griswold en la Universidad de Yale. En Yale ocupó la presidencia del *Council on East Asian Studies,* y, desde 1966, es *Master* del Morse College. Desde 1958 es presidente de la *Association for Asian Studies Committee on Modern Japan,* una organización de la que forman parte los más importantes yamatólogos de los Estados Unidos. Entre sus obras, recordamos: *Japanese History: A Guide to Japanese Research and Reference* (1954) y *Tanuma Okitsugu, Forerunner of Modern Japan* (1955); es coautor de *Village Japan* (1959) y de *Twelve Doors to Japan* (1956). Su obra *Government and Local Powers in Japan, 500 to 1700* (1966) es el resultado de diez años de trabajos de investigación en la zona de Okayama. Ha tenido también a su cargo la publicación de los trabajos inéditos del difunto profesor de Yale K. Asakawa, con el título *Land and Society in Medieval Japan.* Juntamente con el profesor Marius Jansen (Princeton) ha publicado, en 1968, *Studies in the Institutional History of Early Modern Japan.* Además de su actividad docente y de investigación, John W. Hall ha desempeñado los siguientes cargos: Director de la *Association of Asian Studies* (1958-1961), miembro del *National Advisory Committee* de la UNESCO (1957-1963), miembro del consejo de redacción de la *American Historical Review* (1956-1968), presidente de la *Association of Asian Studies* (1967-1968) y miembro del Comité organizador del Congreso internacional de los orientalistas, de 1967.

TRADUCTOR
Marcial Suárez

DISEÑO DE LA CUBIERTA
Julio Silva

Historia Universal
Siglo veintiuno

Volumen 20

EL IMPERIO JAPONES

John Whitney Hall

BIBLIOTECA DEL INSTITUTO DEL SERVICIO EXTERIOR DE LA NACION

Número de Inventario
94795

Número Topográfico
L 795
MFN 633

siglo veintiuno editores
MÉXICO
ESPAÑA
ARGENTINA
COLOMBIA

El período Tokugawa

TAURACION DEL SISTEMA BAKU-HAN

ercero de los grandes unificadores tuvo la buena fortuna
previvir a sus rivales y la inquebrantable presencia de
necesaria para esperar el momento oportuno que le per-
adueñarse del control del país. La carrera de Tokugawa
es comparable a las de Nobunaga e Hideyoshi, de quie-
bía sido aliado, pero se prolongó durante dieciocho años
s de la muerte del segundo. Heredó, pues, la unidad que
edecesores habían creado, pero fue mucho más allá, hasta
tuir una hegemonía estable, que duraría más de doscien-
ncuenta años después de su muerte.

embargo, los historiadores han tratado duramente el ré-
de Tokugawa, afirmando que sus sistemas sociales con-
dores habían originado un «retorno al feudalismo», o
sus enérgicas medidas de control político impusieron un
co y despreciado estado de guarnición al pueblo japonés.
upresión del cristianismo y la política de aislamiento
ada por los Tokugawa están consideradas como deliberados
tos de apartar al Japón de la corriente principal de la
ia del mundo, de modo que, durante doscientos años, el
n estuvo literalmente estancado en el aislamiento.

innegable el carácter conservador y restrictivo del régi-
de los Tokugawa. Y tampoco puede decirse hasta qué punto
ía sido distinta la historia japonesa, si los portugueses y
españoles no hubieran sido expulsados del país y si los
yō del Japón Occidental hubieran continuado siendo libres
nviar sus barcos a través de los mares. Pero debemos tener
uenta tres puntos importantes. En primer lugar, la des-
ición de los comerciantes occidentales de las aguas japo-
s reflejó, en gran medida, el aislamiento geográfico del
n respecto a las grandes rutas comerciales del mundo y la
inución de los intereses occidentales en el límite extremo
ntal de Asia después de 1600. En el deseo de los Tokugawa
impedir a los daimyō del Japón Occidental que tomasen
e en negocios comerciales privados revelaba hasta qué pun-
la autoridad central estaba todavía en lucha contra la auto-
nía local de los daimyō. Pero, en tercer lugar —y esto es
más importante—, debemos tener en cuenta que la polí-

tica de aislamiento no estaba rigurosamente predeterminada. El Japón no cayó simplemente en un molde rígido, a mediados del siglo XVII, para permanecer estancado en el aislamiento durante doscientos años.

La época de Tokugawa, en realidad, fue un período de notable desarrollo cultural e institucional. Desde luego, el Japón no adoptó las concepciones científicas y políticas fundamentales en que se basaban los estados modernos de Europa. Pero, en muchos otros aspectos, el Japón mejoró sus condiciones nacionales y culturales, durante aquellos años. La «gran paz» (Taihei), como se le llamó, permitió a los japoneses restañar las heridas de la guerra civil y dedicar su atención a las necesidades pacíficas del país. Mientras el gobierno permanecía en manos de la aristocracia militar, los propios samurai experimentaron un cambio radical en sus formas de vida y en su pensamiento. En efecto, se convirtieron en una *élite* burocrática, bajo cuyo mando la administración del país fue notablemente organizada y racionalizada. Nuevas leyes y nuevos reglamentos esclarecieron la posición y las responsabilidades de las diversas clases y definieron una filosofía de gobierno que, aunque autoritaria, resaltaba también la responsabilidad de los dirigentes en cuanto al bienestar del pueblo.

Bajo el régimen de los Tokugawa continuó la tendencia hacia la urbanización, y la economía fue estructurada, por primera vez, en una unidad nacional. En el plano del pensamiento, la difusión del Confucianismo influyó en la orientación espiritual de todo el pueblo japonés, induciéndole a adoptar una aproximación más racional a la vida. El aumento de las facilidades educacionales convirtió a los samurai en una clase culta, y la instrucción fue accesible incluso a elementos de las clases inferiores también. En las ciudades, los comerciantes, cada vez más opulentos, comenzaron a desarrollar sus propias diversiones ociosas, de modo que por primera vez se agregaba a la cultura japonesa un «elemento burgués». Indudablemente, fue durante este período cuando el Japón comenzó a sobrepasar a China en su capacidad de experimentar una rápida modernización.

La familia Tokugawa derivaba su nombre de una pequeña aldea de la provincia de Kōzuke, en el Kantō. En una época indeterminada la familia se trasladó a la provincia de Mikawa. El padre de Ieyasu era un daimyō Sengoku de mediana importancia, que, desde el cuartel general de su castillo de Okazaki, había alcanzado, hacia el 1500, el control de casi la mitad de Mikawa. Se había sometido a la soberanía de la casa de Imagawa, cuyos territorios lindaban con los suyos. Pero cuando Ima-

gawa Yoshimoto fue derrotado por Oda Nobunaga, en 1560, Ieyasu, que por entonces se había convertido en jefe de su casa, compartió su suerte con el vencedor. Hacia 1566, las posesiones de la familia habían absorbido toda la provincia de Mikawa. Durante los años de la conquista del Japón Central por Nobunaga, Ieyasu prestaba su atención a rechazar los ataques de los Takeda y de los Hōjō, y a apoderarse de la mayor extensión posible de los antiguos territorios Imagawa. En el momento de la muerte de Nobunaga, había agregado Tōtōmi y Suruga a sus posesiones, y estaba a punto de conquistar Kai y Shinano. Había trasladado su cuartel general a Sumpu, la antigua capital de los Imagawa.

En 1583, Ieyasu intentó, por breve tiempo, disputar a Hideyoshi la herencia de Nobunaga, pero tras algunos encuentros de indeciso resultado entró en buenas relaciones con Hideyoshi. En los años siguientes continuó extendiendo prudentemente sus territorios, tratando de evitar su participación en las campañas de Hideyoshi en el Shikoku y en el Kyūshū. Pero contra los Hōjō, en Odawara, se vio obligado a prestar una importante contribución, y, cuando la campaña hubo terminado, se le asignaron 2.557.000 *koku* de tierras vacantes de los Hōjō.

Cualesquiera que fuesen los motivos de Hideyoshi para trasladar a Ieyasu al Kantō, este desplazamiento favoreció, sin duda, a Tokugawa. Porque además de colocar a Ieyasu en una posición desde la cual podía evitar más fácilmente su participación en las campañas coreanas, le daba una nueva base sobre la cual elaboraría una administración de organización más estricta. Conservando bajo su propio y directo control, aproximadamente, 1.000.000 de *koku*, distribuyó las tierras restantes, asignando a los poseedores de feudos de menor importancia la obligación de situarse en torno a su nuevo castillo de Edo, y enviando a sus vasallos más importantes como castellanos a la más lejana periferia de su territorio. Algunos de sus principales vasallos tenían ya una importancia considerable: Ii recibió 120.000 *koku* en Takasaki, Sakakibara 100.000 en Tatebayashi, y Honda 100.000 en Otaki. En total, 38 vasallos de Ieyasu eran señores de castillos, y su importancia era análoga a la de los daimyō.

La muerte de Hideyoshi no tardó en poner en peligro la hegemonía de los Toyotomi, tan rápidamente forjada. Casi inmediatamente, en el seno de los Consejos que Hideyoshi había creado poco antes de su muerte, comenzaron a surgir conflictos. Entre los grandes señores, la secreta ambición de suceder a Hideyoshi dio lugar a desconfianzas y fricciones, especialmente entre los Tokugawa, los Maeda, los Mōri y los Uesugi. Entre los

«vasallos de la casa», Ishida Mitsunari, sospechando de Tokugawa Ieyasu, trabajó incansablemente por organizar una coalición contra él. Cuando, en 1599, murió Maeda Toshiie, desapareció un importante elemento del equilibrio de poder en que se había apoyado Hideyoshi. En aquel momento, Ieyasu era, sin duda, la gran potencia en el Japón. Había comenzado ya a recibir promesas de obediencia de otros daimyō, y la facción Maeda no tardó en enviar rehenes y formuló ofertas de colaboración. En el otoño de 1599, Ieyasu entró en el castillo de Osaka, y se convirtió, según el lenguaje de la época, en «Señor del País» (Tenka Dono). A finales del año, casi la mitad de los daimyō de la liga Toyotomi le habían enviado promesas escritas de obediencia, y muchos le habían entregado rehenes también.

En los primeros meses del año 1600, Tokugawa Ieyasu se vio obligado a trasladar sus fuerzas más importantes, juntamente con los contingentes de sus aliados, al Kantō para hacer frente a una amenaza de ataque de los Uesugi. Para Ishida, aquella era la gran oportunidad. Reuniendo a su alrededor, en Osaka, una alianza de daimyō formada por los Mōri, los Ukita, los Shimazu, los Nabeshima, los Chōsokabe, los Ikoma y otros del Japón Occidental, se dispuso a caer sobre Ieyasu. Virtualmente, la «alianza occidental» capitaneada por Ishida tenía posibilidades de triunfo, pero estaba mal dirigida y dividida en facciones, y algunos de sus miembros más importantes estaban secretamente en contacto con Ieyasu. El décimoquinto día del noveno mes (21 de octubre de 1600), el encuentro decisivo entre aquellas fuerzas tuvo lugar en el hoy histórico campo de batalla de Sekigahara. Al principio, el resultado fue incierto, pero grandes sectores de las fuerzas occidentales no intervinieron en ningún momento, y, en el instante crítico, Kobayakawa, uno de los parientes de los Mōri, llevó a cabo su ya preparada deserción. La causa occidental fracasó, en medio de una gran matanza. Diez días después, Tokugawa Ieyasu entraba en Osaka, convertido en dueño militar del país.

Sekigahara dio origen a una drástica reordenación del mapa feudal. En torno a Ieyasu, se creó rápidamente una nueva hegemonía *de facto*. En total, se habían extinguido 87 casas de daimyō, y cuatro (incluida la casa Toyotomi) vieron reducidas sus posesiones. Se confiscó un total de más de 7.572.000 *koku*, lo que permitió a Ieyasu ampliar sus propiedades privadas y recompensar generosamente a sus leales seguidores. Pero el linaje de los Toyotomi no se había extinguido. El recuerdo de Hideyoshi estaba vivo todavía, y su joven heredero, Hideyori, tenía muchos adeptos. Por consiguiente, se permitió a Hideyori

que conservase su castillo de Osaka y un dominio de 650.000 *koku* en las provincias circundantes.

Así pues, a pesar de Sekigahara, la hegemonía de los Tokugawa no estaba completamente segura, ni había sido legitimada. Al oeste de Osaka la influencia de Ieyasu disminuía sensiblemente. Los Tokugawa no habían podido colocar a sus «daimyō de la casa» en las tierras del Japón Occidental, donde la red de juramentos prestados a los Toyotomi era todavía fuerte. Y por lo tanto, Ieyasu se vio obligado a demostrar públicamente su permanente lealtad a Hideyoshi. Pero, mientras aparentemente rendía honores a Hideyori, iba conquistando, poco a poco, el poder y la legitimidad mediante los cuales podría erigirse, legalmente, en el único jefe supremo del Japón. En 1603 adoptó el título de Shōgun. Como tal, aceptó la sumisión de todos los daimyō y comenzó a reunir en el castillo de Edo una extraordinaria multitud de rehenes. Cuando colocó una guarnición en el castillo de Fushimi e instaló a su gobernador militar en Kyōto, en el castillo de Nijō, de nueva construcción, quedó asegurada también su dominación militar de la zona de la capital.

En 1605, Ieyasu cedió el puesto de Shōgun a su hijo Hidetada y él se estableció como Ogosho (Shōgun retirado) en su castillo familiar de Sumpu. Desde allí trabajó hasta desarraigar totalmente el recuerdo de los Toyotomi. Su oportunidad se presentó en 1614, cuando, con fútil pretexto, Ieyasu pudo ordenar a las tropas unidas de sus vasallos daimyō que atacasen el castillo de Osaka. La lucha fue más sangrienta todavía que la de Sekigahara. Osaka logró lanzar a la lucha a 90.000 hombres desesperados, contra los 180.000 de la alianza Tokugawa, y una campaña librada en el invierno de 1614 costó a los aliados de Tokugawa 35.000 vidas. Ieyasu, obligado a adoptar medidas extremadas, recurrió al engaño, y, en la «campaña de verano» de 1615 logró reducir a Osaka y exterminar a sus defensores. El recuerdo de los Toyotomi había sido borrado, al fin, y Tokugawa Ieyasu se constituyó en jefe supremo del país. Al año siguiente murió.

Los historiadores han dado el nombre de *baku-han* al sistema político de los Tokugawa, para indicar que se basaba en las dinámicas tensiones existentes entre un shogunato *(bakufu)* y unos 250 dominios de daimyō *(han)*. El término *han*, con la significación de dominio de daimyō, no se utilizó oficialmente hasta el siglo XIX (el término contemporáneo era *ryō)*, pero, en este caso, ha sido aplicado por los historiadores japoneses, con carácter retroactivo.

La peculiar forma de gobierno que se desarrolló a partir del

sistema *baku-han*, fue, desde luego, exclusiva del Japón, pues representaba la definitiva maduración de dos instituciones políticas japonesas: el shogunato como autoridad nacional y los daimyō como gobernadores regionales. La fuerza de la autoridad subyacente en el seno del sistema era feudal, especialmente en las relaciones entre el Shōgun y los daimyō. Sin embargo, como veremos en los sectores administrativos, dentro de las jurisdicciones directas del Shōgun o de los daimyō, la autoridad se ejercía, cada vez en mayor medida, a través de una oficialidad burocrática. Evidentemente, Ieyasu y sus sucesores alcanzaron un grado de poder y de autoridad a escala nacional muy superior al de las hegemonías militares anteriores.

El equilibrio de poder logrado por la casa Tokugawa se pone bien de manifiesto en el marco de las posesiones territoriales. Desde la redistribución inicial llevada a cabo después de Sekigahara, el equilibrio territorial había ido desplazándose, constantemente, en favor del Shōgun. La destrucción del partido de Osaka había dejado vacantes, naturalmente, unos 650.000 *koku*. Pero fue, sobre todo, mediante procedimientos distintos de la acción militar, como se redistribuyeron, entre 1600 y 1651, más de 10.000.000 de *koku:* 4.570.000 *koku* procedentes de daimyō muertos sin herederos, y 6.480.000 *koku* como resultado de confiscaciones por causas disciplinarias. Un total de 24 casas de daimyō «externas» fue eliminado en aquellos años, mientras el número de los daimyō de la casa del Shōgun aumentaban proporcionalmente. En el mismo período, los dominios propios del Shōgun (los *tenryō)* se habían elevado de 2 a 6,8 millones de *koku*. Estas tierras mantenían a unos 23.000 subalternos directos *(jikisan)*. Estos incluían a unos 17.000 «hombres de la casa» *(gokenin)*, que no tenían el privilegio de audiencia y que, generalmente, eran asalariados, y a unos 5.000 «hombres de la bandera» *(hatamoto)*, que gozaban del privilegio de entrar a presencia del Shōgun, y que, en la mayoría de los casos, eran enfeudados. El Shōgun no solamente poseía una enorme superioridad en tierras y hombres sobre sus más próximos rivales daimyō (el daimyō más importante era Maeda, con 1.023.000 *koku)*, sino que sus territorios incluían la mayor parte de las grandes ciudades como Osaka, Kyōto, Nagasaki, Otsu y las minas de Sado, Izu y Ashio. El Shōgun administraba, pues, los principales centros económicos del país, y explotaba las fuentes del metal precioso con el que podía ejercer el control financiero del país.

El equilibrio entre el Shōgun y los daimyō tenía también muchos matices políticos y estratégicos. Ieyasu había completado una elaborada jerarquía de lealtades, basada en las rela-

ciones que las casas de los daimyō mantenían con el Shōgun. Figuraban, en primer lugar, 23 casas colaterales *(shimpan* o «*han* emparentados»), capitaneadas por las llamadas «Tres Casas» (Sanke), que descendían directamente de Ieyasu y llevaban el apellido Tokugawa. Estas tres casas, con dominios en Owari, en Kii y en Mito, tenían el privilegio de dar los sucesores del shogunato, en caso de extinción de la línea Tokugawa principal. Los daimyō colaterales poseían dominios que alcanzaban a un total de 2,6 millones de *koku.* El grupo más numeroso de daimyō era el formado por los daimyō de la casa del Shōgun *(fudai),* casas que, en otras palabras, habían recibido el título de daimyō, de Tokugawa Ieyasu o de sus sucesores. En el siglo XVIII ascendían a 145. En su mayor parte eran de pequeñas dimensiones (la casa Ii, en Hakone, era la mayor, con 250.000 *koku).* Pero su lealtad era considerada absoluta, y, entre todas, poseían unos 6,7 millones de *koku.* Por último, estaban los «señores externos» *(tozama),* los daimyō que habían sido creados por Nobunaga o por Hideyoshi. En el siglo XVIII estas casas sumaban 97 y constituían el grueso de los grandes daimyō. En total poseían 9,8 millones de *koku* de territorio. Como antiguos enemigos o recientes aliados en Sekigahara, los componentes de este grupo eran tratados mucho más generosamente y con mayor prudencia que los *fudai.* La disposición estratégica de los *shimpan,* de los *fudai* y de los *tozama,* con el fin de evitar la formación de coaliciones hostiles o de bloquear las rutas de un ataque militar contra Edo y Kyōto, era un motivo de constante atención de la casa Tokugawa. Las tierras shogunales dominaban el Kantō y el Japón Central, y los castillos estratégicos de los Tokugawa se encontraban fuera de Edo, en Osaka, Nijō (Kyōto) y Sumpu. Las Tres Casas se situaron al este y al oeste de Edo, y al sur de Osaka. Los *tozama* fueron relegados, hasta donde era posible, a la periferia de las islas, y, para evitar que se confabulasen, se colocaron *fudai* entre ellos. Pero como los Tokugawa descubrieron en el siglo XIX, el Japón Occidental seguía siendo precariamente dominado. Al oeste de Osaka, el shogunato tenía poco poder militar directo. Y en la extrema región occidental del Japón, donde los daimyō *tozama* como los Shimazu de Satsuma y los Mōri de Chōshū continuaban una tradición de hostilidad, se acentuó el caudillaje anti-Tokugawa, después de 1854.

Con estas fuentes de poder efectivo, el shogunato Tokugawa creó un mecanismo de controles que institucionalizó la supremacía del Shogun en todas las áreas del gobierno y de la vida nacional. Desarrollado, en lo fundamental, por Ieyasu y por

sus dos primeros sucesores, el sistema de control había alcanzado su madurez en 1651, en el momento de la muerte del tercer Shōgun, Iemitsu. En aquella época, el shogunato descansaba sobre una base segura de reglamentaciones y de precedentes que garantizaban la autoridad del Shōgun sobre el emperador y su corte, sobre los daimyō y sobre las órdenes religiosas.

El movimiento de unificación había centrado, nuevamente, la atención sobre el emperador como fuente primordial de confirmación política, y tanto Nobunaga como Hideyoshi habían trabajado por acrecentar el respeto público rendido al *Tennō.* La política de los Tokugawa perseguía el doble objetivo de aumentar el prestigio del soberano, pero tratando de controlarle y de aislarle de los daimyō. Por eso los Tokugawa trataban al emperador y a su corte con gran respeto exterior, exigiendo que los daimyō hiciesen lo mismo. La corte fue ayudada en la reconstrucción de sus palacios, y a la familia imperial y a otras casas de *kuge* se les entregaron, para su sostenimiento, tierras que acabaron totalizando 187.000 *koku.* Pero, en realidad, el emperador y su corte estaban estrechamente controlados y no podían participar libremente en los asuntos del estado. Un gobernador militar shogunal *(Kyōto shoshidai)* se había establecido en Kyōto, con una gran fuerza de guarnición, en el castillo de Nijō. Este oficial actuaba a través de dos funcionarios de la corte *(Kuge densō),* cuyas misiones consistían en transmitir a la corte la voluntad shogunal. Por medio de ellos, el *bakufu* podía escudriñar todas las cuestiones formuladas ante el emperador y controlar los nombramientos o las concesiones de honores cortesanos. El contacto con los daimyō era también cuidadosamente limitado. Además, en 1615, Ieyasu impuso a la nobleza de Kyōto un código de 17 cláusulas *(Kinchū narabini kugeshū shohatto)* que prescribía rígidamente las actividades del emperador en cuanto a las tradicionales ocupaciones literarias y a las funciones ceremoniales, hacía obligatorio el previo consentimiento del *bakufu* para los nombramientos de los altos funcionarios, regulaba las relaciones entre la familia imperial y los grandes templos, e imponía un sistema de monacato obligatorio para algunos de los príncipes imperiales. Por último, utilizando los clásicos medios de influencia sobre la familia imperial, los Tokugawa lograron hacer consorte imperial, en 1619, a una de las nietas de Ieyasu.

Como todos los daimyō eran vasallos del Shōgun y, en teoría, estaban sometidos a su voluntad, el control de los daimyō comenzaba cuando el Shōgun les concedía la investidura. Aunque se suponía que los daimyō poseían sus territorios como asigna-

ciones hereditarias, su posesión, en realidad, era precaria. La confiscación o la transferencia eran muy corrientes, sobre todo al comienzo del régimen, y solo unos pocos de los más poderosos daimyō *tozama* y *shimpan* conservaron permanentemente sus territorios hereditarios a lo largo de todo el período Tokugawa. Cada daimyō prestaba al Shōgun un juramento privado *(seishi* o *kishō),* en el que se comprometía a obedecer los decretos del Shōgun, a no tomar parte en confabulaciones contra el Shōgun, y a servir al Shōgun lealmente. A cambio de todo ello, el Shōgun investía al daimyō como propietario de su dominio y especificaba sus posesiones catastrales. Se sobreentendía, de acuerdo con la costumbre, que los derechos y las responsabilidades de los daimyō, aunque nunca se determinaron de un modo concreto, incluían: 1) la exigencia de servicio militar (y para los *fudai,* administrativo), 2) el deber de prestar una ayuda especial cuando fuese requerido para ello, y 3) la necesidad de que el dominio fuese administrado, pacífica y eficazmente.

Además del juramento privado, el daimyō aceptaba un código público de regulaciones, conocido como el *buke-shohatto.* Este documento, presentado por primera vez a los daimyō, en 1615, por Ieyasu, fue modificado, hacia 1635, para incluir 21 disposiciones. Estaba destinado a regular la conducta privada, los matrimonios y los trajes de los daimyō, y a impedirles que formasen coaliciones o aumentasen sus efectivos militares. Contenía también normas específicas para la asistencia al Shōgun en Edo y para la entrega de rehenes, la prohibición de construir barcos que cruzasen el océano y el compromiso contra el cristianismo. Terminaba con la estipulación de que las regulaciones del Shōgun serían aceptadas como ley suprema del país.

De todas las medidas de control, la que sin duda tuvo consecuencias de mayor alcance fue la exigencia de asistencia alternada *(sankinkōtai).* La costumbre de asistencia al propio señor y la entrega de rehenes como garantía de lealtad habían sido corrientes en el período Sengoku y habían sido utilizadas por Hideyoshi. Después de Sekigahara, la costumbre de enviar rehenes a Edo cundió entre los daimyō, al principio voluntariamente, y luego, a partir de 1633, como una exigencia shogunal. Todos los daimyō estaban obligados a construir residencias *(yashiki)* en Edo, donde tenían a sus mujeres y a sus hijos y un séquito adecuado, que incluía a un oficial de enlace con la corte del Shōgun. Los propios daimyō alternaban sus residencias entre Edo y sus dominios. Los *fudai* de la zona de Kantō alternaban cada seis meses. Los daimyō más lejanos de Edo alternaban cada dos años. Este sistema resultó extremadamente eficaz, no sólo como medio de mantener vigilados a los daimyō, sino también como procedimiento para conservar unido al país, a pesar del efecto descentralizador del sistema daimyō. El constante ir y venir, así como la constante asistencia a la corte del Shōgun, significaban que los daimyō no podían permanecer ignorantes de los decretos del Shōgun, ni dejar de transmitirlos incluso a los dominios más lejanos.

Como privilegio de la soberanía, el Shōgun formulaba muchas demandas a los daimyō y les sometía a diversas formas de vigilancia. Aunque el Shōgun no imponía tributos, directamente, a los daimyō, exigía de ellos ciertas contribuciones, a menudo sobre una base claramente regular. La ayuda militar y logística se sobreentendía, naturalmente, y, en caso de emergencia, como en Osaka en 1614-1615, el Shōgun ordenaba, sin restricción alguna, a sus daimyō que combatiesen por él. De los daimyō vasallos suyos, el Shōgun exigía también ayuda económica, especialmente para la construcción de castillos, carreteras, puentes y palacios. Impuestos de esta clase, llamados «servicio nacional» *(kokuyaku)* se utilizaban frecuentemente para debilitar a los *tozama* más prósperos económicamente. Al propio tiempo, esto hizo posible la construcción de gigantescas fortificaciones, como los castillos shogunales de Edo, Sumpu, Osaka, Nagoya y Nijō que eclipsaban los de sus rivales daimyō.

Por último, encontramos que la casa Tokugawa explotaba las fuentes del sentimiento religioso para acrecentar la veneración con que debía distinguirse a sus miembros. La protección de los Tokugawa a las instituciones budistas y shintoístas era muy considerable y estaba calculada para dar una nueva orientación a las grandes sectas, a fin de que prestasen su apoyo a la casa Tokugawa. Pero el desarrollo del culto de Ieyasu, que se centralizó en el gran santuario de Nikkō, fue el más claro ejemplo de este esfuerzo. A la muerte de Ieyasu su espíritu fue divinizado como Tōshō-dai-gongen. El tercer Shōgun, entre 1637 y 1645, «estableció el espíritu de Ieyasu» en el Monte Nikkō, en el templo-santuario mausoleo de Tōshōgū. Desde entonces, cada Shōgun se esforzó por conducir un peregrinaje de estado hacia Nikkō, acompañado del conjunto de los daimyō y de sus séquitos. Además, en el transcurso del tiempo, los daimyō construyeron reproducciones del Tōshōgū en sus dominios, y celebraban ceremonias anuales de veneración a Ieyasu.

Pero a la vez que utilizaba el poder de la religión para su propio engrandecimiento, el shogunato mantenía un estricto control sobre las tierras y los asuntos de las instituciones religiosas. El poder político y militar de estas instituciones había sido ya destruido por Nobunaga, e Hideyoshi había socavado su

existencia económica independiente. Porque a medida que la revisión de la tierra se había extendido por todo el país, los templos o santuarios, al igual que los daimyō, habían sido puestos bajo la jurisdicción del sello bermejo del supremo jefe militar. Los Tokugawa mantuvieron esta norma. En total, se calcula que las tierras de las instituciones religiosas, durante el período Tokugawa, apenas sobrepasaban los 600.000 *koku*. una cifra muy pequeña si consideramos el número de instituciones mantenidas por esas tierras. Sólo unos pocos templos recibieron concesiones equivalentes a las de los daimyō menos importantes, y fueron el de Kōfukuji (15.030 *koku)*, el de Enryakuji (12.000 *koku)* y el de Kongōbuji (11.600 *koku)*. El Tōdaiji de Nara, el más grande de los templos de la antigüedad, sólo recibió 2.137 *koku*.

El Shōgun sometió también las instituciones religiosas a un severo control administrativo. Algunas ordenanzas dictadas en 1615 sentaban las bases para una directa intervención en las órdenes sacerdotales. Restringían las relaciones de la familia imperial con el clero, obligaban a una completa centralización entre el templo nacional y las ramas provinciales, e imponían rígidas limitaciones a las actividades sacerdotales. En 1635, todas las cuestiones relativas a la institución religiosa se hallaban sometidas al control del superintendente shogunal de templos y santuarios *(Jisha bugyō)*.

El sistema *baku-han,* como forma de gobierno para el conjunto del país, facilitó al Japón un sistema administrativo notablemente vigoroso y amplio. En la época de los Tokugawa el gobierno se apoyaba en el simple hecho de que, por encima del nivel de las comunidades de la aldea y de la ciudad, relativamente autónomas, el estamento militar se había adueñado de todos los derechos superiores y la administración estaba totalmente en manos de la clase samurai. Como comandante en jefe de la clase militar, el Shōgun poseía ahora plenos poderes de gobierno. Por ello, el régimen Tokugawa constituye el caso más bien insólito de un gobierno civil administrado por una casta militar profesional. Por ser, profesionalmente, una aristocracia militar, se suponía que todos los samurai estarían dispuestos a utilizar sus espadas en cuanto se les requiriese. Pero, en tiempos de paz, cumplían tareas adicionales, como funcionarios civiles o militares. La facilidad de cambio, en la administración Tokugawa, de una función civil a una función militar estaba simbolizada por el papel del Shōgun como jefe supremo de todo el Japón, y por la responsabilidad de los daimyō de conducir ejércitos al campo de batalla a la orden

del Shōgun. Así, el gobierno Tokugawa era, literalmente, la prolongación de la autoridad militar en tiempos de paz.

Como en su origen histórico, el Shōgun no era más que el mayor de los daimyō, y como el dominio del daimyō fue el prototipo de la organización administrativa del Shōgun, lo mejor será que iniciemos nuestro estudio de la administración Tokugawa por una investigación acerca del carácter de aquellos territorios locales. Mientras los *han* del sistema *baku-han* eran descendientes directos de los dominios combatientes del siglo XVI, bajo el régimen Tokugawa perdieron sus funciones militares fundamentales y se convirtieron, progresivamente, en unidades de administración local. A partir de 1615, a cada daimyō se le permitía solamente una construcción militar —un castillo o un cuartel general para una guarnición—, y, en cuanto al número de hombres armados que podía mantener en activo, se hallaba sujeto a rigurosas restricciones. Los daimyō, naturalmente, se diferenciaban mucho, tanto por su importancia como por las características de sus procedimientos administrativos. Sólo un dominio, el de Kaga, gobernado por la casa de los Maeda, estaba calculado en más de un millón de *koku*. Y sólo 22 estaban considerados como «grandes daimyō», con más de 200.000 *koku*. Más de la mitad de los daimyō poseía territorios de menos de 50.000 *koku*. Así pues, si suponemos una correlación aproximada entre el amillaramiento de *koku* y la población, podemos ver que el pueblo del Japón de los Tokugawa estaba gobernado por jefes jurisdiccionales de gran variedad y, a menudo, de minúscula dimensión. En realidad, es difícil calcular el número exacto de las unidades de administración militar que existían. Incluso el número de los daimyō variaba desde 295 a comienzos del siglo XVII, hasta 245 a mitad del período, y hasta 276 al final del régimen. Había, además, unos 5.000 feudos menores de los *hatamoto,* y los muchos millares de jurisdicciones de templos y santuarios, unidas al número aún mayor de subjurisdicciones dentro del *tenryō* y de los dominios del Shōgun. El mapa administrativo del Japón era, pues, extremadamente complejo. Pero las presiones favorables a la uniformidad eran tales, que estas unidades de administración local alcanzaron un alto grado de similitud. La uniformidad y la imparcialidad de la administración aumentaron, especialmente, cuando los daimyō y sus grupos de adeptos eran trasladados de un dominio a otro. Porque con ello se rompían gradualmente los lazos directos entre la clase samurai y los órdenes inferiores, y el grupo de adeptos del daimyō iba convirtiéndose, cada vez en mayor medida, en un cuerpo profesional de administradores.

En su territorio, el daimyō ejercía todos los derechos de gobierno prescritos en la concesión shogunal. Estos derechos se hallaban implícitos en el término *han-seki* (significando *han* registros de la tierra, y *seki,* registros del censo), que indicaba que el daimyō tenía jurisdicción sobre «la tierra y el pueblo» de su dominio. El daimyó administraba su dominio por medio de su grupo de adeptos *(kashindan),* que habían sido reunidos en su castillo-cuartel general. Estos se organizaban por rangos, según las dimensiones del feudo o el volumen de su retribución, y todos estaban unidos al daimyō mediante juramento, e inscritos en el registro de los hombres del daimyō *(samurai chō).*

Los seguidores de más alta categoría, generalmente llamados «ancianos» *(karō),* eran vasallos enfeudados, de importancia independiente. Como grupo formaban un consejo de asesores del daimyō. Individualmente, solían actuar como delegados del daimyō, o capitaneaban la alta corte del dominio. En tiempo de guerra los *karō* desempeñaban las funciones de generales en el campo de batalla. En la jerarquía de los hombres de la casa, venía a continuación un grupo más numeroso de adeptos de alto rango, que actuaban como jefes de los sectores más importantes del gobierno del daimyō. Mandaban las unidades del ejército permanente o la guardia *han,* y vigilaban funciones de la administración civil tales como las finanzas, la seguridad y el enlace con el Shōgun. Los adeptos de rango medio servían en puestos administrativos más específicos, y tenían a su cargo una gran diversidad de funciones civiles, como la administración de la ciudad-castillo, de las zonas rurales, de la recaudación de impuestos, de la policía civil, de los asuntos de la familia del daimyō, del abastecimiento militar, de la ingeniería civil, de la educación y de los asuntos religiosos. Los rangos inferiores de los hombres del daimyō, como los soldados de a pie *(ashigaru),* pajes *(koshō)* y criados, ejecutaban las tareas más serviles y rutinarias dentro de la administración del dominio.

La «gente» común *(tami)* de la propiedad se consideraba como bajo la tutela del daimyō, cuya responsabilidad consistía en gobernar con misericordia. El superintendente del daimyō para los templos y santuarios inspeccionaba las instituciones budistas y shintoístas. Un departamento de administración rural controlaba las aldeas *(mura)* por medio de una red de intendentes *(daikan).* Un magistrado de la ciudad-castillo ejercía la autoridad sobre los diversos barrios *(machi)* de la ciudad. En una escala inferior a la de la administración del daimyō, la población campesina y urbana vivía en unidades de autogobierno

(aldeas o barrios), bajo la autoridad de sus propios jefes. Así, el *han* resultó ser una unidad de administración local regida de un modo notablemente completo y eficaz.

Los órganos de la administración shogunal mostraban todos los signos de haberse desarrollado a partir del sistema administrativo ideado por Tokugawa Ieyasu cuando era todavía daimyō de Mikawa. La consecuencia más importante de ello fue que, como Shōgun, contó para su plana mayor administrativa no con la totalidad de los 250 daimyō, sino simplemente con sus «daimyō de la casa» y con sus directos seguidores. Los *tozama,* por tanto, permanecieron al margen de la administración, e incluso las casas Tokugawa colaterales intervenían en ella sólo como consejeros.

El castillo de Edo, que servía como cuartel general del shogunato, era la mayor y más inexpugnable fortaleza del país. Dentro de sus vastos torreones y fosos, los distintos daimyō construyeron sus residencias, y a los adeptos superiores se les asignaron distritos residenciales. La ciudad que se formó alrededor de aquel amplio conjunto de distritos samurai y de residencias oficiales se convirtió también en la mayor del país, hasta el punto de que, a finales del siglo XVIII, solamente los distritos comerciales alcanzaban una población superior al medio millón.

Edo se convirtió no sólo en el núcleo de la administración shogunal, sino también en el centro de una red nacional de carreteras y de canales navegables que comunicaban con las distantes ciudades-castillo de los daimyō. Cinco grandes carreteras principales que irradiaban de Edo enlazaban con las carreteras principales del Japón Central y Occidental, utilizadas ya en las primeras épocas del imperio, creando la base de un sistema de comunicaciones oficiales por las que los daimyō iban y venían en sus turnos de asistencia alternada.

Como la administración característica de los daimyō, el *bakufu* de Edo estaba organizado en sus funciones políticas, civiles, administrativas y militares. La política y la capacidad de decisión estaban en manos de un selecto grupo de «daimyō de la casa» que actuaban como «ancianos». Estos se hallaban organizados en dos consejos. Los Consejeros Ancianos (Rōjū, literalmente «anciano»), que constituían un consejo administrativo supremo, eran, por lo general, cuatro o seis, y se elegían entre las treinta y cinco casas *fudai* con dominios de 25.000 *koku* o más. El Consejo tenía autoridad en cuestiones de importancia nacional, como los asuntos del emperador y de los daimyō, los asuntos exteriores y los militares, los impuestos, la circulación monetaria, la distribución de tierras y de honores y la regulación

de las instituciones religiosas. Los miembros del Consejo hacían turnos mensuales como funcionarios de servicio, y con el transcurso del tiempo llegó a ser habitual nombrar a uno de los *Rōjū* jefe del Consejo. Los Consejeros Ancianos tenían el privilegio de poner el sello del Shōgun en los documentos, y por eso, a veces, se les llamaba *kahan* (literalmente, «el que pone el sello»). El cargo de Gran Consejero *(Tairō)* se asignó en el período 1634-1684, y sólo ocasionalmente después. A finales de la época Tokugawa, el cargo, cuando se asignaba, correspondía hereditariamente al jefe de la casa Ii de Hakone. Una segunda junta de Consejeros Jóvenes *(Wakadoshiyori,* literalmente «ancianos más jóvenes») estaba formada por cuatro o seis *fudai* de posición inferior y tenía responsabilidad sobre los «hombres de la casa» y sobre los «hombres de la bandera» del Shōgun. En su esfera se encontraban también los diversos grupos de guardia, las unidades militares, los criados privados del Shōgun, los pajes, los médicos y los *metsuke,* que actuaban como inspectores y oficiales disciplinarios.

La mayor parte de los cargos administrativos efectivos estaba sometida al control de la Junta de Consejeros Ancianos. Un grupo de seis o siete chambelanes *(Sobashū),* dirigidos, a veces, por un gran chambelán *(Sobayōnin),* cumplía la importante función de enlace entre el Shōgun y los consejos administrativos, preparando audiencias y transmitiendo mensajes. Nominalmente se hallaban bajo la autoridad de los ancianos, aunque a veces actuaban independientemente, gracias a su habilidad para granjearse el favor del Shōgun. Los defensores del castillo de Edo *(Rusui)* imponían la disciplina militar en el castillo, especialmente en ausencia del Shōgun. Los funcionarios de protocolo *(Kōke* y *Sōshaban)* tenían a su cargo las ceremonias y las audiencias entre el Shōgun y la corte de Kyōto y con los daimyō. Los inspectores generales *(Ometsuke)* mantenían la disciplina sobre los daimyō. Un gran número de superintendentes *(bugyō)* estaban encargados de funciones administrativas específicas. Los magistrados de los templos y los santuarios *(Jisha bugyō,* generalmente en número de cuatro), de alto rango en la jerarquía *bakufu,* además de supervisar los asuntos religiosos del país, actuaban como funcionarios judiciales en las provincias del Kantō. Los magistrados de finanzas *(Kanjō bugyō,* generalmente cuatro) se ocupaban de las finanzas del Shōgun y supervisaban a los cuarenta o cincuenta intendentes locales *(Daikan),* que administraban los dominios privados del Shōgun. La ciudad de Edo estaba administrada por dos magistrados de la ciudad *(Edo machi bugyō),* cada uno de los cuales respondía de una mitad de la ciudad-castillo de Edo. Magistrados de este tipo

fueron asignados a todas las ciudades y a todos los centros shogunales importantes, incluyendo a Kyōto, a Osaka, a Nagasaki, a Nara y a Sumpu. Los *bugyō* de Nagasaki tenían, además, las funciones de supervisar el comercio exterior, que estaba permitido bajo el monopolio *bakufu,* con los holandeses y con los chinos. Muchos otros funcionarios se ocupaban de cuestiones como la construcción, edificios y terrenos, abastecimiento militar, carreteras, etc. Los magistrados de templos y santuarios, de finanzas y de la ciudad de Edo constituían el núcleo de un Alto Tribunal de Justicia *(Hyōjōsho);* en las sesiones se les unían los representantes de la Junta de Consejeros Ancianos y los inspectores. Fuera de Edo, los principales cargos shogunales, además de los magistrados de ciudad, eran el gobernador general de Kyōto *(Kyōto shoshidai)* y el de intendente del castillo de Osaka *(Osaka jodai).* Estos dos cargos estaban a las órdenes directas del Shōgun y tenían un rango casi equivalente al de Consejero Anciano.

II. INSTITUCIONES LEGALES Y RELIGIOSAS

El sistema *baku-han* se basaba en un cierto número de importantes cambios en la estructura y en el contenido del sistema legal japonés. Porque bajo el régimen Tokugawa el país volvió a tener una política nacional unificada, enunciada mediante leyes públicas y basada en principios generales. Siguiendo la experiencia de Nara en la codificación legal, el gobierno japonés había avanzado incesantemente, durante siete siglos, en la dirección de un sistema patriarcal y feudal. Sólo a finales del siglo XVI llegó a anularse esta corriente con los procedimientos administrativos adoptados por el Shōgun y por los grandes daimyō. Esto no quiere decir que los gobernantes Tokugawa comenzasen, sistemáticamente, a crear una nueva estructura legal para el estado japonés. Pero la gran cantidad de leyes, ordenanzas y reglamentos que dimanaban del *bakufu* y del *han* eran el producto de un esfuerzo consciente, orientado a poner orden en la sociedad y a facilitar principios rectores para una administración bien regulada.

Las leyes del Japón de los Tokugawa han sido calificadas de conminatorias y represivas, e incluso antinaturales y reaccionarias. Generalmente, se supone que fueron impuestas a un país renuente, con el fin de salvaguardar un régimen político y social rígido e inalterable. Pero las leyes Tokugawa se basaban en ciertos principios generales que les daban una universalidad que no se encontraba en el derecho consuetudinario local de las

épocas anteriores. La legislación Tokugawa se fundaba en la premisa de un orden natural. Suponiendo que la sociedad formaba por naturaleza una jerarquía de clases, las leyes estaban dirigidas a unas divisiones sociales básicas en un esfuerzo por gobernar según unos grupos de *status*. Bajo el régimen de los Tokugawa, el gobierno japonés fue reconociendo, cada vez en mayor medida, la separación funcional de cuatro grandes estamentos, y concibió al individuo, primero, como ocupante de un puesto según su rango o *status*, y, luego, dentro de su grupo o comunidad. «Un gobierno por *status*» era, pues, una concepción legal notablemente lejana del ejercicio de la autoridad personal directa que había caracterizado el sistema político del siglo precedente.

Gran parte de la legislación Tokugawa estaba orientada, pues, hacia el esclarecimiento de los límites entre las distintas clases, y se esforzaba por definir el comportamiento adecuado a cada una. Es difícil responder a la pregunta de si el llamado «sistema de las cuatro clases» —samurai, agricultores, artesanos y comerciantes— había sido impuesto al Japón artificialmente, en el siglo XVI, por la adopción de un ideal arbitrario de procedencia china. Indudablemente, durante el siglo XVI algunas divisiones sociales de carácter general estaban comenzando a tomar forma, a partir de comunidades hasta aquel momento localizadas. Pero la posición del comerciante había sido más bien alta en el siglo XVI, y en realidad, en los siglos XVII y XVIII, continuó siendo, en la práctica, más alta que el fondo de la escala que le asignaba la legislación Tokugawa.

La sociedad Tokugawa, tal como se refleja en la legislación, ofrecía las siguientes divisiones: los *kuge*, los samurai (incluidos los daimyō), los sacerdotes. los campesinos, los residentes urbanos *(chōnin*, incluidos los artesanos y los comerciantes) y los parias *(hinin* y *eta)*. Determinadas leyes básicas se aplicaban a cada clase; por ejemplo, el código por el que se regían el emperador y los cortesanos *(kinchū narabini kugeshū shohatto)*, el código samurai *(buke shohatto)* y los códigos relativos a las sectas y a los templos budistas *(shoshū jiin hatto)* y a los santuarios y sacerdotes shintoístas *(shosha negi kannushi hatto)*. Los campesinos no estaban sometidos a ningún conjunto determinado de reglamentos, pero las «instrucciones de Keian» *(Keian no furegaki)* de 1649 formulaban la mayor parte de las prescripciones fundamentales del sistema de la aldea en los territorios de los Tokugawa, así como el estilo de vida impuesto a sus habitantes. Los comerciantes no tenían código especial.

En la época de los Tokugawa, los *kuge* se habían convertido

en un pequeño resto de familias cortesanas totalmente apartadas en la ciudad de Kyōto. Todavía disfrutaban de un gran respeto a causa de su linaje y de su rango, y vivían una vida regida por la tradición cortesana. Los samurai, como jefes activos de la sociedad, formaban una orgullosa aristocracia guerrera, dedicada a la preparación militar y a la administración civil. Gozaban del privilegio de ostentar un apellido y de llevar dos espadas, y en teoría tenían el derecho, incluso la obligación, de matar en el acto a cualquier individuo que les faltase al respeto *(kirisute-gomen)*. El ingreso en la clase de los samurai se había restringido una vez terminadas las guerras de consolidación, y se hicieron todos los esfuerzos posibles por mantener esta clase apartada de las otras. Sólo de cuando en cuando individuos pertenecientes a los más altos niveles del campesinado o de la clase de los comerciantes alcanzaban los privilegios de «apellido y espada» *(myōji-taitō)*, y eso, generalmente, sólo mientras durase su vida. Los campesinos *(hyakushō)*, aunque su posición era la inmediatamente siguiente a la de los samurai en cuanto a «merecimiento» ante la sociedad, eran tratados con evidente paternalismo y con gran severidad. Se les exigía que permaneciesen en las tierras, que se abstuviesen de vender los campos cultivados y que viviesen frugalmente y trabajasen con gran laboriosidad. No se les dispensaba de esfuerzo alguno para mantener al más alto grado de productividad el trabajo agrícola, que constituía la principal fuente de ingresos de los samurai. Los comerciantes eran protegidos a causa de sus servicios, pero estaban limitados a sus barrios especiales, dentro de las ciudades. Allí se encontraban sometidos a las disposiciones de una gran variedad de leyes que restringían su modo de vida y el carácter de sus actividades comerciales.

El individuo, en el Japón de los Tokugawa, se encontraba gobernado, en términos generales, por aquellas amplias normas de clase, pero estaba mucho más directamente sometido a la autoridad de la unidad administrativa de que formaba parte. Los samurai estaban organizados en grupos de adeptos *(kashindan)* y luego en unidades personales menores *(kumi)*, cada una con su jefe *(kumigashira)*. Los campesinos estaban organizados por aldeas *(mura)* y luego en grupos de familias mutuamente responsables *(gonimgumi)*, que solían estar formados por diez familias. Se encontraban, pues, en primer lugar, bajo la autoridad del jefe de grupo, y, luego, bajo la del jefe de la aldea *(shōya* o *nanushi)*. El espíritu de la ley Tokugawa se reflejaba, además, en la forma en que los individuos eran cuidadosamente registrados por familias, dentro de cada una de las unidades

mencionadas, y en el uso de la responsabilidad del grupo, de modo que una persona podía ser castigada en lugar de otra en casos de acciones criminales o simplemente delictivas.

En realidad, desde luego, el individuo como tal no existía bajo la ley Tokugawa. La unidad más pequeña de la sociedad Tokugawa era, más bien, la familia *(ie)*, y el individuo existía sólo en cuanto miembro de ella: como cabeza de familia, como hijo y heredero, como segundo hijo, hija, esposa, etc. La posición social de la familia y la preservación de la unidad familiar, a la que estaban vinculados todos los bienes y todos los privilegios, se convirtió en una cuestión de profundo interés a todos los niveles de la sociedad. Su importancia para la clase de los samurai se reflejaba en el predominio del suicidio ritual *(seppuku)*, mediante el cual un samurai podía expiar un delito, preservando, al mismo tiempo, la continuidad de su apellido familiar.

El estricto sistema de clases de los Tokugawa, con sus subgrupos claramente delimitados, hacía extremadamente difícil la existencia fuera de las ocupaciones aceptadas. Por ejemplo, los *rōnin*, o samurai sin posición ni *status*, encontraban la vida especialmente difícil. Aquellos samurai sueltos habían sido lanzados a la deriva, en gran número, durante las guerras civiles y durante la reordenación de dominios que siguió a la instauración del régimen Tokugawa. Se mostraron muy turbulentos durante la campaña de Osaka y también en 1651, cuando en Edo se descubrió un complot *rōnin* contra el Shōgun. Desde entonces no se regatearon esfuerzos para absorber a los samurai que no tenían señor en los grupos de dependientes del Shōgun o de los daimyō. Pero de cuando en cuando continuaba dejándose libres a los *rōnin*. Y eran pocas las posibilidades que la sociedad ofrecía a tales individuos, a excepción del sacerdocio y de ciertas profesiones, como la medicina y la enseñanza.

Los aspectos legales que acabamos de describir reflejaban un buen número de importantes cambios en las bases intelectuales y religiosas de la sociedad Tokugawa. Los años de la «gran paz» fueron muy positivos para el desarrollo de la educación y para el mejoramiento de la instrucción en general. En el siglo XVIII, la cultura ya no se limitaba a reducidos sectores de la *élite* o de la clase sacerdotal. Toda la clase samurai había alcanzado ya los rudimentos de la instrucción, al igual que los niveles superiores del campesinado y de los habitantes de las ciudades. La difusión de la cultura era, en cierto modo, la consecuencia natural de la creciente urbanización. Pero reflejaba también un cambio importante en la actitud espiritual, desde lo que había sido una posición principalmente budista

y ultraterrena, hasta una aproximación más humanística y práctica, basada en el confucianismo.

Sin embargo, aunque el desplazamiento hacia el confucianismo fue, sin duda, el más importante cambio intelectual del período Tokugawa, sería erróneo suponer que el budismo o el shintoísmo habían sido totalmente apartados. En realidad, la sociedad Tokugawa se basaba en la equilibrada utilización de los tres sistemas espirituales en una combinación compleja, pero eminentemente práctica. Para las autoridades gubernamentales, el budismo continuaba actuando como un eficaz recurso de control popular. Y la extremada distribución de la sociedad Tokugawa en aldeas, distritos y familias fortalecía los lazos espirituales localizados del Shinto. Así, para el japonés medio de aquel tiempo, el budismo y el shintoísmo se combinaban para satisfacer sus necesidades religiosas primordiales, mientras el shintoísmo y el confucianismo contribuían a formar sus ideas acerca del orden político, y el confucianismo y el budismo le instruían respecto a los valores del comportamiento social. La decadencia de la religión budista en la época de los Tokugawa es, pues, una cuestión relativa, y se observa, sobre todo, en la medida en que perdió su primacía en la vida del pensamiento de las clases cultas en beneficio del confucianismo.

Una vez destruido, en el siglo XVI, el poder político y económico del budismo organizado, los gobernantes del Japón comenzaron a proteger la religión nuevamente, a la vez que continuaban su política de control. En Edo, por ejemplo, la casa Tokugawa patrocinaba un buen número de nuevos templos, el más importante de los cuales era el Kan'eiji de Ueno, fundado por los monjes Tendai de Tenkai como templo protector de la ciudad. Los daimyō también estimularon la construcción de templos en sus ciudades-castillo. En aquel período, sin embargo, el principal motivo de tal protección era el deseo de celebrar los ritos comunes del tránsito. El ceremonial budista atendía, sobre todo, a los matrimonios, los entierros y los servicios conmemorativos, y el clero budista era honrado, principalmente, como guardián de las tablillas conmemorativas y de las tumbas.

El budismo recibió su más amplio apoyo del régimen Tokugawa como consecuencia de la política anticristiana del gobierno. Al obligar a todas las personas que se encontraban en el país a adoptar un templo en el que inscribirse *(dannaji)* como medio de demostrar que no se habían contaminado espiritualmente, automáticamente se aseguraba el apoyo a decenas de millares de templos en todo el Japón. En 1640, el shogunato exigió de todos los japoneses que pasasen por el registro del

templo y se sometiesen después a un examen anual de sus creencias religiosas *(shūmon aratame)*. Así, por mandato oficial, la población japonesa pasó a ser espiritualmente tutelada por la institución budista (a unas pocas familias se les permitió que se registrasen en santuarios shintoístas). Además, como la mayor parte de los templos de registro se convirtieron en lugares de enterramiento para sus parroquianos, la dependencia formal del pueblo japonés respecto a los ritos budistas llegó a ser casi completa.

El papel del Shinto era un tanto diferente, pero no menos importante. Como espiritual apoyo al orden político y como importante lazo de unión entre el individuo y su comunidad, el Shinto continuaba sirviendo al pueblo japonés por medio de una vasta red de santuarios. Naturalmente, el propio emperador conservaba su papel de sumo sacerdote del Shinto, celebrando ceremonias de importancia nacional en el gran santuario de Ise. La mayor parte de las familias samurai mantenían lazos con los santuarios ancestrales como muestra de consagración al honor del linaje de la familia. En los escalones inferiores de la sociedad, los santuarios tutelares servían de custodios a cada aldea y a cada ciudad, constituyendo un elemento de cohesión en el seno de las pequeñas subdivisiones de la sociedad Tokugawa.

Fue en esta situación en la que el confucianismo se introdujo para convertirse, al paso del tiempo, en el más importante fundamento intelectual de la sociedad Tokugawa. La difusión de las doctrinas neoconfucianas, a comienzos del siglo XVII, no era consecuencia de ninguna especial renovación de los contactos con China, sino de las necesidades internas de la sociedad japonesa misma. El clero budista había mantenido vivo durante mucho tiempo el interés por los estudios confucianos. Pero se llevó a cabo un especial esfuerzo por sacar la doctrina confuciana de su marco monástico y por hacer de ella una escuela de pensamiento independiente, con sus propios apoyos institucionales y con su independiente corporación de expositores profesionales. El movimiento confuciano del siglo XVII fue tanto un producto de generación espontánea como de estímulo oficial. Probablemente es cierto que la sociedad japonesa en la época de los Tokugawa se había hecho bastante similar a la china, de modo que la oportunidad del confucianismo era inmediatamente perceptible. Pero también el pensamiento chino, una vez absorbido en la mentalidad y en las leyes japonesas, produjo algunos de los caracteres que dieron origen al reconocimiento de su importancia. Por otra parte, el confucianismo en el Japón adoptó muchos aspectos que difícilmente habrían

sido aceptados en la China contemporánea, como, por ejemplo, la insistencia japonesa en seguir considerando las virtudes militares como parte de la condición de caballero.

El hombre que liberó el confucianismo del control budista fue Fujiwara Seika (1561-1619), un monje de Kyōto. Tras abandonar las órdenes budistas, comenzó a enseñar las doctrinas del confucianismo abiertamente, como una filosofía independiente que, según él, se acomodaba perfectamente a las necesidades de los tiempos. Su discípulo, Hayashi Razan (1583-1657), entró al servicio de Tokugawa Ieyasu en 1605, como consejero en cuestiones legales e históricas. Se convirtió en el primero del linaje de estudiosos expositores de la escuela Shushi (o Chu Hsi) de confucianismo, que recibieron un nombramiento hereditario como consejeros confucianos del shogunato. En 1630 la familia Hayashi fue estimulada para que fundase una escuela confuciana, que luego se convirtió en el colegio oficial Tokugawa, conocido como el Shōheikō. Hacia 1691 se había concedido un permiso oficial a los estudiosos confucianos para vivir fuera de las órdenes budistas. Mientras tanto, los daimyō habían tomado también consejeros confucianos y habían comenzado a proteger las escuelas confucianas, a la vez que algunos estudiosos independientes empezaban a establecerse como profesores privados en Kyōto, en Osaka y en Edo. A mediados del siglo XVII, el confucianismo fue plenamente aceptado como filosofía laica dominante, mientras su influencia se hacía sentir como un importante impulso orientado hacia la instrucción y la filosofía política.

Los primeros confucianos y sus protectores eran, en muchos aspectos, pioneros, creadores de un mundo nuevo para el que se había hecho necesaria una nueva visión del mundo. El signo positivo de hombres como Hideyoshi o Ieyasu procedía del hecho de que, realmente, habían logrado un sentimiento de poder sobre sus propios destinos superior al de cualquiera de los gobernantes que les habían precedido. Para ellos y para sus contemporáneos, el mundo podía ser considerado racionalmente, como algo que debía ser controlado y ordenado. Y en buena parte fue este cambio de actitud el que motivó el ataque intelectual contra la institución budista y contra su místico modo de vida. Como Yamagata Bantō expresó tan sucintamente: «No hay infierno, ni cielo, ni alma, sino solamente el hombre y el mundo material.» El confucianismo satisfacía la mentalidad Tokugawa, facilitándole una nueva filosofía de vida y una nueva cosmología. Aseguraba que detrás del universo estaba la razón *(ri)*, que actuaba en el seno de la materia *(ki)* para producir el mundo del hombre y de las cosas. Detrás

de la sociedad estaban también la razón y el orden, siempre que se fuese capaz de comprenderlo, y, más aún, el orden era un orden moral. La importancia de este mensaje confuciano consistía en que facilitaba a aquella época una nueva unidad entre pensamiento y acción, entre filosofía y sistema. El estudio de los principios esenciales *(gakumon)* que conducen al conocimiento *(bun)* podía poner al hombre en contacto con la esencia del orden moral y producir así el hombre moral. El gobierno era, esencialmente, una función cuya finalidad consistía en facilitar la realización del orden moral entre los hombres.

La difusión del confucianismo, pues, fue paralela a la formación del *baku-han,* nuevo orden social y político. Porque el confucianismo, con su primordial atención a los asuntos políticos y sociales, se adecuaba perfectamente a los intereses de los gobernantes Tokugawa y de la clase samurai. Los primeros dirigentes Tokugawa se enfrentaron con agudos problemas para crear un orden social tras la agitación militar, y era precisamente para aquellos problemas para los que el confucianismo se enorgullecía de tener soluciones. El desplazamiento desde una sociedad predominantemente feudal (o patriarcal) a una sociedad de clases y de grandes grupos exigía la formulación de principios legales nuevos y más amplios. Los primeros cambios desde el poder del hombre al poder de la ley requerían la elaboración de nuevas leyes y de nuevas instituciones administrativas. Además, el Shōgun y los daimyō de aquel tiempo comprendieron que ellos eran «gobernantes completos», en mucho mayor grado que el Shōgun y los *shugo* de los tiempos de los Ashikaga, y por ello tenían que ser mucho más amplios en su legislación y más explícitos al formular la razonada exposición de la autoridad.

La importancia del confucianismo para el orden político Tokugawa radicó en que facilitaba una nueva teoría sobre la que podía asentarse una sociedad armoniosa. Daba una base racional a la idea de una sociedad formada por una jerarquía natural de clases en la que todo individuo que ocupase el puesto que le había correspondido llenaría su misión en la vida. Contribuyó así a confirmar la tendencia hacia la separación de las clases y hacia la codificación del comportamiento adecuado a cada *status.* Pero hizo más aún, porque el confucianismo no era simplemente una filosofía para el control del pueblo, sino que enunciaba un orden moral que estaba por encima del gobernante también. Asignaba al Shōgun y a los daimyō la responsabilidad de gobernar para beneficio del pueblo —facilitar una administración benévola *(jinsei)* o un absolutismo responsable— e instruir a los samurai en el camino del caballero-

estudioso-guerrero. En el Japón de los Tokugawa se había hecho costumbre el uso del carácter chino que significa caballero *(shih)* como una designación para los samurai.

El confucianismo ayudó, pues, a dar un respaldo filosófico al nuevo orden legal y ético. Y en una época en que la base del comportamiento estaba desplazándose desde las costumbres hacia los principios, los principios confucianos llenaban un vacío que el budismo no había podido colmar. Los conceptos de lealtad al orden político *(chū)* y a la familia *(ko)* universalizaron los requisitos sociales que constituían la base primordial de aquella época. Conceptos abstractos de *status*-comportamiento facilitaban los modelos para cada clase y profesión. Cada grupo tenía su «camino» *(do),* como, por ejemplo, el *bushidō* (el camino del samurai) o el *chonindō* (el camino del comerciante). Especialmente el *bushidō,* como nuevo código de una clase militar que en tiempo de paz se dedicaba a la administración, combinaba la necesaria importancia concedida al espíritu militar con la concedida al estudio en los libros, a fin de racionalizar la contradicción en los términos implícita en la denominación «guerrero-administrador».

Si el confucianismo dio un tono positivo y políticamente motivado a la vida intelectual y cultural del Japón de los Tokugawa, la política de aislamiento tuvo, en cierto modo, el efecto opuesto, es decir, el de replegar a la sociedad sobre sí misma. El supuesto de que los gobernantes Tokugawa estaban predispuestos a una política de aislamiento, a causa de un conservadurismo fundamental en su visión del mundo, no es realmente sostenible. Tokugawa Ieyasu tenía grandes deseos de desarrollar el comercio exterior, y durante algún tiempo se comportó amistosamente con los misioneros cristianos. Pero sus esfuerzos para alcanzar el pleno control de los destinos del país y para asegurar la completa lealtad a su régimen le llevaron, poco a poco, a una situación cerrada. La historia de la adopción de la política de aislamiento presenta, pues, la confluencia de tres preocupaciones diferentes: 1) el esfuerzo de los Tokugawa por asegurar la estabilidad política interna, 2) el deseo de los Tokugawa de asegurar un monopolio de comercio exterior y 3) el temor al cristianismo.

Al principio, Tokugawa Ieyasu tenía un enorme interés en desarrollar relaciones comerciales con los países extranjeros, y negoció pacientemente con chinos, españoles, ingleses y holandeses. Pero no consiguió hacer de Edo un puerto para el comercio exterior. Los comerciantes europeos preferían los puertos del Kyūshū, y China rechazó la oferta de Ieyasu en favor de un comercio oficial mediante la utilización de barcos auto-

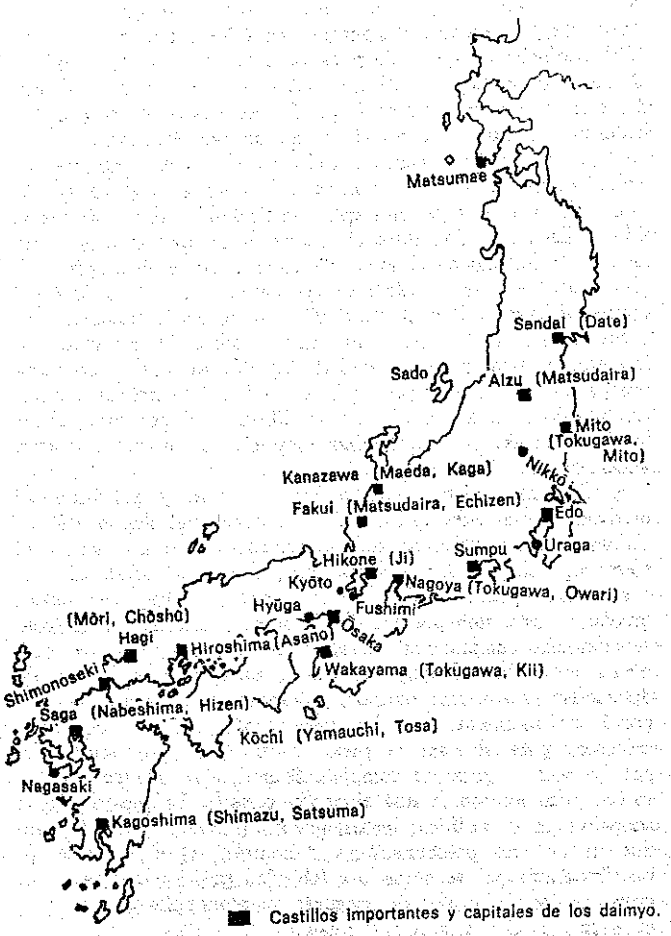

Fig. 5. El Japón bajo los Tokugawa.

rizados. Sin duda alguna, estos fracasos inclinaron a Ieyasu y a sus sucesores a llevar a cabo un esfuerzo por asegurarse el monopolio del comercio existente a través de puertos controlados y de barcos autorizados previamente. Así se formó, en 1604, la liga de comerciantes en seda, instalada en Sakai, en Kyōto y en Nagasaki, que obtuvo especiales privilegios de monopolio sobre la importación y la distribución de hilo de seda china *(ito wappu)*.

Mientras tanto había vuelto a plantearse el problema del cristianismo. Ieyasu, aunque comportándose amistosamente con los misioneros, no había revocado nunca el edicto de expulsión promulgado por Hideyoshi en 1587. Sin embargo, en 1612 los problemas suscitados por algunos daimyō cristianos en el Kyūshū y el conocimiento de la existencia de conversos cristianos entre los *fudai* del Shōgun indujeron a Hidetada a promulgar de nuevo los edictos y a ordenar a todos los seguidores de los Tokugawa y a cuantas personas viviesen en los territorios de éstos que renunciasen a aquella religión. Un daimyō inferior, Takayama Ukon (1553?-1615), fue deportado a Manila en 1614 como resultado de este nuevo y más enérgico esfuerzo por limpiar de cristianos el país.

Desde aquel momento el deseo de un monopolio comercial y el temor al cristianismo contribuyeron en igual medida a las leyes aislacionistas definitivas. En 1616 el comercio exterior se restringió a Nagasaki y a Hirado. En 1622 una gran ejecución de cristianos costó la vida a 120 misioneros y conversos. En 1624 los españoles fueron expulsados del Japón. (El año anterior los ingleses habían abandonado voluntariamente sus esfuerzos por comerciar con el país.) Mientras tanto se infligían terribles torturas a los japoneses sospechosos de ser cristianos, y muchos miles de ellos se vieron obligados a abandonar sus creencias. En 1629, para poner a prueba la fe de los cristianos, se ideó un nuevo método que consistía en obligar a los individuos a pisar sobre unas planchas de bronce (llamadas *fumie* o «figuras para ser pisadas») que representaban imágenes cristianas, como Cristo o María. Los que se negaban a pisar aquellas planchas eran considerados cristianos y sometidos a tortura y ejecutados. La Iglesia Católica declara más de tres mil martirios en el Japón en aquella época.

La política de aislamiento cristalizó entre 1635 y 1641. En 1635 un edicto prohibía a los japoneses la realización de viajes al extranjero, así como su regreso al Japón una vez que hubieran salido. En 1636 los portugueses fueron confinados en una pequeña isla artificial, fuera del puerto de Nagasaki. Mientras tanto, una revuelta de campesinos descontentos y de unos

pocos samurai sin señor, en una zona densamente cristiana, cerca de Nagasaki, produjo al *bakufu* nuevas inquietudes. Los rebeldes, que sumaban unos 20.000 hombres, se apoderaron de un castillo abandonado en Shimabara, y enarbolando emblemas cristianos resistieron contra un ejército de 100.000 hombres, formado por contingentes de los daimyō vecinos. En tan embarazosa situación, el *bakufu* llegó incluso a pedir a los barcos holandeses surtos en el puerto de Nagasaki que bombardeasen el castillo con sus cañones más potentes. En la primavera de 1638 la rebelión Shimabara fue sofocada con una gran matanza, y con ella se extinguió el movimiento cristiano. En 1639 los portugueses fueron expulsados del Japón, y cuando, al año siguiente, llegó al país una misión diplomática portuguesa procedente de Macao, sus jefes fueron ejecutados. En 1640 los Tokugawa ordenaron el registro de todos los japoneses en los templos de su elección *(tera uke)* y constituyeron el Departamento de Inspección Religiosa *(Shūmon aratame yaku)*. En 1641 los holandeses fueron confinados en Deshima, y los chinos en barrios especiales de comerciantes en Nagasaki. Las relaciones exteriores del Japón se vieron así reducidas al monopolio de los Tokugawa en Nagasaki y al restringido comercio que los Sō, daimyō de Tsushima, mantenían con Corea, y los Shimazu de Satsuma con las islas Ryūkyū.

Es innegable que la adopción de la política de aislamiento *(sakoku)* fue un giro importante para el Japón. El contraste entre una Europa a punto de iniciar una era de gran desarrollo económico y científico y un Japón que voluntariamente cerraba sus puertas al mundo exterior es verdaderamente dramático. Además, el temor al cristianismo en el Japón era tal que, unas décadas después, las autoridades impusieron una severa censura sobre la importación de libros y de otro material impreso en Occidente. Al restringir las oportunidades de comerciar, las autoridades Tokugawa limitaban también, arbitrariamente, las posibilidades del Japón en cuanto a un crecimiento económico. Sin embargo, es difícil determinar cuáles podrían haber sido las consecuencias de una política más abierta respecto a los contactos con el exterior, ni existe seguridad alguna de que el Japón pudiese haber mantenido libres contactos con Occidente y con los chinos sin una ulterior lucha intestina debilitadora. En cambio, sabemos que el aislamiento aseguró la paz y que, en la paz, el Japón de los Tokugawa tuvo la oportunidad de desarrollar, como nación, sus instituciones políticas y sus recursos económicos y culturales.

III. EL GOBIERNO DE LOS SAMURAI Y SUS PROBLEMAS

Los tratamientos clásicos de la historia política de los Tokugawa han centrado su atención en el Shōgun y dirigido su mirada al esfuerzo del *bakufu* por perpetuar su dominación y por mantenerse sobre las corrientes de cambios sociales y económicos. Por consiguiente, se narra la historia como la de la decadencia de una dinastía, como una sucesión de derrotas y recuperaciones conducentes a una muerte inevitable. Pero en el siglo XVII la historia del pueblo japonés era ya inmensamente más compleja que la simple anécdota de una casa reinante única. Y el concepto de decadencia dinástica parece poco adecuado, si se tienen en cuenta los muchos cambios institucionales que alcanzaron al gobierno Tokugawa durante el siglo XVIII. Es necesario hablar de la historia de los Shōgun y de sus políticas, pero no como el resumen total de la historia política del Japón de los Tokugawa.

Los tres primeros Shōgun, Ieyasu (1603-1605), Hidetada (1605-1623) e Iemitsu (1623-1651), dedicaron sus energías a fortalecer el *bakufu* y a perfeccionar su mecanismo de control. Los cuatro Shōgun siguientes, Ietsuna (1651-1680), Tsunayoshi (1680-1709), Ienobu (1709-1712) y Ietsugu (1713-1716), heredaron una empresa en marcha, y, por tanto, encontraron menos necesario implicarse en asuntos de estado. Tras el asesinato del Consejero Anciano Hotta Masatoshi en las salas del Consejo, en 1684, Tsunayoshi, en realidad, abandonó totalmente las reuniones de los consejeros y se relacionó, sobre todo, por medio de su gran chambelán, Yanagizawa Yoshiyasu (1658-1714), un adepto inferior que, como valido del Shōgun, llegó a convertirse en un daimyō con 150.000 *koku*. El interés del Shōgun se inclinaba cada vez más hacia las ocupaciones culturales, como el drama *nō*, la investigación histórica, los estudios confucianos y los rituales budistas.

La relajada administración y las costumbres suntuarias de Tsunayoshi son consideradas culpables de haber precipitado al *bakufu* en su primer período de turbulencias. Porque fue en su tiempo cuando las reservas dinerarias del *bakufu* se agotaron, y como esto coincidió con el fracaso de las principales minas de oro y de plata de los Tokugawa, el shogunato recurrió a la devaluación monetaria. Hacia el final de su vida, Tsunayoshi comenzó a dictar ordenanzas de inspiración budista contra la muerte de seres vivos, lo que suponía una gran contrariedad para el pueblo japonés. Como no tenía hijos, y en la supersticiosa creencia de que la bondad para con los perros

aumentaría sus merecimientos (él había nacido en el año del perro), decretó que a todos los perros se les prestase una especial protección. Bajo el «Shōgun Perro», como llegó a llamársele, el *bakufu* castigaba severamente (incluso ejecutaba) a los individuos que maltrataban a los perros y se preocupó intensamente de cuidar a los perros vagabundos. Disposiciones tan caprichosas no podían menos de socavar la confianza popular en el shogunato de los Tokugawa.

Los dos hombres que sucedieron a Tsunayoshi ocuparon el cargo durante poco tiempo y no dieron muestras de ser unos grandes jefes. El consejero de Ienobu, Arai Hakuseki (1657-1725), un experto funcionario confuciano muy inteligente, hizo cuanto pudo por subrayar la necesidad de reformas en el gobierno, pero sin grandes resultados. Hasta que el octavo Shōgun, Yoshimune, entró en el castillo de Edo no se llevó a cabo el primer intento importante de mejorar las fortunas de los Tokugawa.

Yoshimune (reinó desde 1716 hasta 1745; murió en 1751) procedía de la rama Kii de la casa Tokugawa, y era ya un daimyō maduro, con ideas establecidas, cuando llegó a ser Shōgun. Inmediatamente tomó el mando personal del *bakufu* y comenzó a trabajar en una serie de reformas drásticas que tomaron su nombre del período del año llamado Kyōhō. Sus disposiciones dieron cuerpo al clásico estilo de reforma mediante el cual las autoridades Tokugawa intentarían, de cuando en cuando, afrontar sus problemas políticos y económicos. Comenzó con una enérgica llamada a la austeridad en el gobierno y a la frugalidad en la vida privada, y él mismo redujo drásticamente los gastos de la casa del Shōgun. Promulgó un torrente de ordenanzas morales que exhortaban a los samurai a un resurgimiento de su espíritu marcial y de su integridad en la administración, y formuló detalladas reglamentaciones relativas a los gastos suntuarios de cada una de las clases. Sus medidas económicas, aunque alcanzadas por una vía pragmática, favorecieron la moneda y la riqueza agraria. Uno de sus primeros actos fue una nueva acuñación, que devolvió a la moneda circulante su pureza anterior. Intentó controlar a los comerciantes más poderosos, concediendo licencias oficiales a asociaciones mercantiles *(kabu-nakama)*. Para estabilizar el precio del arroz, inició la costumbre de controlar la compra y la venta. Introdujo una reducción en la asistencia alternada exigida de los daimyō, y luego sometió los dominios de éstos a un tributo que él aplicó a la liquidación de las deudas de los «hombres de la casa» y de los «hombres de la bandera» del Shōgun. Con una acción todavía más drástica, anunció una moratoria en los litigios

financieros planteados por los comerciantes contra los samurai. En el plano agrícola estimuló la mejora de la tierra y la plantación de nuevos productos, como la patata dulce, y el cultivo de la morera para la sericultura. Al mismo tiempo ordenó un método más riguroso e inflexible de recaudación de los impuestos agrícolas, es decir, el pago fijo anual *(jōmen)*, más bien que la tasa flexible según la cosecha de cada año. Su interés por las mejoras prácticas de la técnica era suficientemente grande para inducirle incluso a suavizar la censura de los libros occidentales en Nagasaki, a fin de obtener un mejor conocimiento de la astronomía, de la agricultura, de la zootecnia y de la ciencia militar occidentales. Además, redujo también el comercio exterior, aparentemente para impedir la salida de metales preciosos. Por último, Yoshimune instituyó un cierto número de programas administrativos especiales, como el censo quinquenal iniciado en 1721, y la codificación de las leyes del *bakufu*, iniciada en 1742. El resultado de ello fue el *Kujikata osadame gaki*, la primera de las muchas publicaciones que vinieron a dar una base más racional a los procedimientos administrativos y judiciales de los Tokugawa.

No todas las reformas de Yoshimune eran conservadoras y reaccionarias, pues había en ellas muchos aspectos prácticos y progresivos. Sin embargo, poco antes de su muerte hubo de comprender que la mayor parte de sus esfuerzos había resultado infructuosa, y que algunos de ellos habían servido, en realidad, para empeorar las situaciones que él había pretendido remediar. Su política de mejoramiento de la moneda, unida a la expansión de la producción de arroz, redujo drásticamente el precio de éste, lo que perjudicó la economía de los dependientes del Shōgun, los cuales eran pagados con cantidades fijas de arroz. Sus programas económicos no agradaron a los comerciantes, que se encontraban sometidos a restricciones arbitrarias, ni al campesinado, exprimido por un sistema de impuestos más severo. Continuaron sin resolver los problemas económicos fundamentales, de los que no se habían tocado más que los síntomas.

Los dos Shōgun siguientes, Ieshige (1745-1760) e Ieharu (1760-1786), se apartaron nuevamente de la pública participación en los asuntos del *bakufu*. Ieshige era un individuo enclenque y tenía que utilizar como portavoz a su gran chambelán, Ooka Tadamitsu. Ieharu cayó muy pronto también bajo el control de su gran chambelán, Tanuma Okitsugu (1719-1788). Hombre inteligente que desde un puesto menor había ascendido hasta convertirse en un daimyō con 57.000 *koku*, Tanuma ignoró completamente las medidas reformistas de Yoshimune.

Bajo su mando, el *bakufu* estimuló abiertamente la actividad comercial, a la que sometió a impuestos mediante licencias a ciertas asociaciones mercantiles, o estableciendo monopolios semioficiales. Trató incluso de crear un fondo para uso de los daimyō, que se constituiría mediante préstamos forzosos aportados por las casas comerciales. Para aumentar el volumen del dinero circulante, Tanuma comenzó a acuñar plata, que hasta entonces había circulado en lingotes sin acuñar. En Nagasaki se estimuló el comercio exterior y se amplió mediante el fomento de la exportación de frutos marinos secos producidos en Hokkaidō. Tanuma incluso meditó un plan para colonizar la isla septentrional y para abrir el comercio con los rusos.

La política de Tanuma se proponía ampliar la base de la economía shogunal recurriendo a la riqueza de los comerciantes, y en este aspecto contribuyó a que el shogunato alcanzase un mejor conocimiento de la naturaleza de los problemas económicos con que se enfrentaba. Sin embargo, dejó las finanzas shogunales y el estado de ánimo del país en tal situación de incertidumbre que se le ha culpado de haber sido la causa del segundo gran desastre de las fortunas de los Tokugawa. Como otros antes que él, sucumbió a la tentación de devaluar la moneda, y no pudo mantenerse al margen de la sospecha de corrupción. Atormentado por una serie de calamidades naturales y por años de dura carestía, seguidos de levantamientos campesinos, Tanuma se convirtió en objeto de una violenta animosidad por parte de los jefes más conservadores del *bakufu*. A la muerte de Ieharu, fue destituido y privado de sus tierras y honores.

El undécimo Shōgun, Ienari (reinó desde 1787 hasta 1837; murió en 1841), iba a ocupar su puesto durante más tiempo que cualquier otro de los Shōgun Tokugawa, hasta el punto de que, en realidad, abarcó dos períodos totalmente distintos en lo que a la política y a la actitud del *bakufu* se refiere. Desde 1787 hasta 1793 la política shogunal estuvo dirigida por Matsudaira Sadanobu (1758-1829), uno de los nietos de Yoshimune, que actuó como consejero de Ienari, mientras el Shōgun era todavía menor de edad. Sadanobu se había opuesto severamente a la política de Tanuma, y al asumir el cargo comenzó un segundo período de enérgicas reformas al que los historiadores han dado el nombre de era Kansei. Sadanobu adoptó el lema de «volvamos a Yoshimune», pero su política fue, en líneas generales, negativa, pues intensificó las limitaciones financieras y la restricción del comercio, por lo que carecía de la mayor parte de los aspectos prácticos del esfuerzo anterior. Una vez más, algunas medidas pueden haber

resultado temporalmente beneficiosas para el tesoro shogunal y para los «hombres de la casa», así como para los «hombres de la bandera». Pero el intento de restringir la expansiva economía comercial de la nación resultó infructuoso, y, a largo plazo, terminó socavando la posición económica de la clase samurai.

Sadanobu se retiró en 1793, cuando Ienari llegó a la mayoría de edad, y desde entonces el Shōgun tomó la política en sus propias manos. En las décadas siguientes, la política del *bakufu* parece haberse encerrado en una fácil rutina. No volvió a prestarse mucha atención a las restricciones o al control de la actividad comercial, porque el Shōgun comenzó a gastar con prodigalidad. Como resultado de ello, mientras la salud política y fiscal del shogunato empeoraba, el país como conjunto experimentaba un fuerte impulso en su progreso económico y cultural. Pero los signos cada vez más abundantes de la opulencia mercantil se contrapesaban con la pobreza y la angustia constantes entre los pobres del campo y de la ciudad. Nuevas y peligrosas tensiones comenzaban a surgir en la sociedad Tokugawa.

Los años 1830 llevaron al Japón de los Tokugawa al borde de otro período de crisis, caracterizado por la insolvencia financiera en la cumbre y por la pobreza en la base. Una serie de años de carestía en el campo llevó el estado de ánimo popular a un punto de ruptura, y nuevamente se incrementaron los disturbios campesinos. En 1837 un funcionario de segundo orden, al mando de los magistrados de la ciudad de Osaka, de nombre Oshio Heihachirō (1792-1837), profundamente impresionado por la miseria de los pobres de la ciudad, inició un ataque armado contra el castillo de Osaka, con el propósito de alcanzar el control de la ciudad, a fin de poder repartir la riqueza de la misma entre los pobres. Su rebelión, aunque rápidamente dominada, sacudió al *bakufu* y al país con la evidencia de que existían unas condiciones de crisis. Mientras tanto, la presencia de barcos ingleses y americanos en aguas japonesas había despertado nuevos temores a una intervención extranjera. A la muerte de Ienari, el *bakufu*, bajo el duodécimo Shōgun, Ieyoshi (1837-1853), emprendió un último y desesperado intento de reformas, pero sin éxito. Esto se conseguiría en la era Tempō, bajo el mando de Mizuno Tadakuni (1793-1851). La historia de las reformas Tempō será el tema de un capítulo posterior, pues constituyeron el punto de partida de la época final de la historia de los Tokugawa cuando el sistema que había tomado forma durante el siglo XVII resultó ya inadecuado. Entre 1853 y 1867, tres Shōgun presidieron el

final del *bakufu:* Iesada (1853-1858), Iemochi (1858-1866) y Yoshinobu (o Keiki) (1866-1867; muerto en 1913).

Esta fue la historia política del Japón, vista a través de los acontecimientos desarrollados en el centro del escenario nacional y considerados desde el punto de vista de la lucha de la casa Tokugawa por mantenerse al frente de los destinos de la nación. Pero la historia política de los Tokugawa tuvo también otras dimensiones. Bajo la superficie de la lucha política había corrientes más poderosas de desarrollo institucional que implicaban una organización administrativa y una técnica burocrática, y que no pueden desecharse simplemente como evidentes manifestaciones de una decadencia monástica. En realidad, lo cierto es lo contrario. Las instituciones políticas japonesas experimentaron un proceso de madurez que tendría importantes consecuencias para el ulterior ascenso del Japón como estado moderno. Los giros decisivos de este proceso coincidieron, en gran parte, con los períodos de crisis política que acabamos de señalar. Los años 1720, cuando Yoshimune se enfrentó por primera vez con los persistentes problemas del desbarajuste moral y económico de los samurai, y los años 1840, cuando la sensación de crisis se correspondía con la magnitud de los insolubles problemas del Japón, produjeron las dos grandes vertientes en el curso del desarrollo institucional Tokugawa también. Pero el carácter de la historia intermedia es completamente distinto.

El gobierno Tokugawa, tanto en el shogunato como en el *han,* había adquirido su forma básica hacia mediados del siglo XVII. Pero fue necesario otro medio siglo o más para que se perfeccionase el estilo peculiar que caracterizó la administración Tokugawa en su madurez. Durante el segundo medio siglo de gobierno Tokugawa fueron el propio proceso político y la razonada exposición filosófica del gobierno los que vinieron a llenar los contornos de las formas administrativas adoptadas anteriormente. Las líneas de desarrollo eran, fundamentalmente, dos: en primer lugar, la aplicación de nuevos principios confucianos a la conducta del gobierno, de modo que se puso en práctica lo que los japoneses han llamado «gobierno por la persuasión moral» *(bunji-seiji),* y, en segundo lugar, la creciente tendencia hacia la impersonalidad administrativa y hacia la eficiencia funcional del gobierno, es decir, una tendencia hacia la burocratización y la legalización. Estos cambios habían de influir profundamente en el modo de vida, en los tipos de carrera y en los valores y motivaciones de la clase *bushi.*

Los samurai entraron en el siglo XVII, en gran parte, como una clase de guerreros rudos e iletrados, y dejaron el siglo ya como una clase razonablemente culta y culturalmente refinada,

dedicada a los problemas de la administración civil. Este cambio en el carácter del estilo de vida de los samurai y de su función en la sociedad fue acompañado de un cambio fundamental en los principios sobre los cuales se ejercía el gobierno de los samurai. Mientras la amenaza de una acción militar era real, el samurai, que era totalmente un guerrero y sólo en parte un administrador, podía gobernar con un fuerte absolutismo, surgido de la necesidad de la guerra. Pero en tiempo de paz, para justificar la autoridad que él ejercía, se precisaba algo más que la amenaza de la fuerza. Y esto fue lo que indujo al gobierno Tokugawa a contar con las concepciones morales del confucianismo.

La idea de gobernar mediante la persuasión moral se basaba en dos principios sustanciales: la inculcación de un equilibrio entre la instrucción y la preparación militar *(bun-bu)* en las vidas personales de los samurai y la instauración de un gobierno benévolo *(jinsei)* en la práctica. Los samurai se veían obligados a repartir su atención entre la preparación militar y la cultura, desde la época de la primera declaración de la *buke shohatto* en 1615. Y una larga serie de confucianos doctos, empezando por Yamaga Sokō (1622-1685), explicaba el principio de que los samurai eran los jefes instituidos de la sociedad con el deber de protegerla, de gobernarla y de guiarla mediante el ejemplo. El *bushidō* se basaba en una dinámica tensión entre dos sistemas de valores fundamentalmente incompatibles: la antigua tradición del *bushi* como hombre de acción militante y el nuevo concepto del gobernante como caballero. Esta tensión persistiría durante todo el régimen. Los samurai siguieron constituyendo la clase de las «dos espadas» y el gobierno Tokugawa continuó funcionando como si sus miembros fuesen intercambiables entre el servicio civil y el militar. Pero, en la práctica, las funciones militares perdieron importancia y se convirtieron en una actividad rutinaria. En el código *bushi, bun* (cultura) se anteponía a *bu* (artes militares), y aunque el estilo de la conciencia militar de la época deploraba amargamente la pérdida del vigor marcial, el shogunato y las casas de los daimyō, con sus acciones, prestaban su máxima atención, sin embargo, a la ley y al ordenamiento civil. Así, en 1663 se declaró bárbara e ilegal la costumbre de «seguir en su muerte al propio señor» *(junshi).* La prioridad de la ley civil sobre la ley de la venganza militar fue confirmada en 1702, en el famoso caso de los 47 *rōnin.* Los leales *rōnin,* que entraron en Edo a la residencia de un daimyō para vengar una afrenta infligida a su señor se convirtieron inmediatamente en los predilectos sentimentales de todo el país. La cuestión de si deberían

ser ensalzados por su ejemplar conducta militar o condenados por haber quebrantado la ley shogunal dividió al shogunato e incluso a los doctos letrados confucianos de la época. Pero prevaleció la tendencia favorable a la ley. Los 47 fueron obligados a hacerse el *seppuku*, lo que les convirtió en héroes nacionales.

De igual modo que la importancia concedida a la cultura mejoró el comportamiento de los *bushi*, así también el concepto de *jinsei* resultó útil, e incluso necesario, para favorecer el paso del absolutismo militar al régimen de tiempo de paz y para facilitar una justificación filosófica al gobierno Tokugawa. Al admitir la premisa de que los daimyō estaban obligados a gobernar el país como si el pueblo les hubiera sido «confiado por el cielo», sobre las autoridades se situaba una conciencia moral que atenuaba el absolutismo de los funcionarios Tokugawa y les inculcaba la necesidad de mostrarse responsables en sus funciones. En efecto, los samurai, como clase dirigente, fueron notablemente eficaces y honestos en su administración del país.

La creciente confianza en las técnicas administrativas burocráticas se produjo como una consecuencia natural de la proliferación de funciones administrativas y de la debilitación del tejido conjuntivo feudal en el seno de la sociedad. Bajo este proceso general se encontraba la conversión de los samurai, de la condición de vasallos con feudos, a la de funcionarios asalariados, especialmente en los escalones inferiores. Las relaciones del Shōgun con los daimyō, sobre todo con los *tozama* y con los *shimpan*, no habían de cambiar mucho. Estos continuaron siendo vasallos en el sentido feudal. Pero con los *fudai* no ocurrió lo mismo, y fueron tratados, cada vez más, sobre una base impersonal de funcionarios del Shōgun. Constantemente desplazados de un dominio a otro, su importancia para el shogunato se medía según el cargo específico que ocupaban. El juramento de obediencia fue siendo cada vez más superficial, mientras los juramentos del cargo eran tomados seriamente, y con frecuencia en persona.

Este desplazamiento hacia una impersonalidad administrativa se ve muy claramente en los dominios de los daimyō. En cuanto los daimyō se encontraron convertidos en jefes simbólicos de sus *han*, el lazo entre el daimyō y su seguidor se hizo impersonal, a la vez que se reforzaban los poderes absolutos del daimyō. Los daimyō se preocuparon activamente de apartar de sus posesiones a sus seguidores samurai y de convertirlos a todos en funcionarios asalariados. En 1800, más del 90 por 100 de los *han* pagaban a todos sus seguidores mediante un estipendio *(hōroku)*, tras haber abolido totalmente el sistema

del feudo *(chigyōchi)*. Los samurai se convirtieron, esencialmente, en una burocracia asalariada, cada vez más dependiente del servicio militar y del administrativo, que tenía su centro en el cuartel general del castillo de su señor.

La importancia concedida al cargo y a la capacidad administrativa dio origen a ulteriores modificaciones en lo que había comenzado siendo un cerrado sistema militar de selección de cargos. El estilo japonés en sociedad de *élite*, en el que la condición social se convertía en hereditaria, aunque los nombramientos de determinados cargos podían variar dentro de una limitada categoría de *status*, resultaba inadecuado para las necesidades de una burocracia en evolución. Dentro del *bakufu*, la costumbre de «estipendios ascendentes» *(tashidaka)* fue adoptada, por primera vez, por Yoshimune, a fin de permitir a los hombres capacitados cuya base salarial era baja (al igual que su *status)* su calificación para puestos más altos. Además, mientras para los cargos superiores se había esperado siempre que el funcionario nombrado se valiese del personal de su propia casa para cumplir las obligaciones de su cargo, ahora se facilitaban fondos para los estipendios del cargo y para los gastos del mismo. Estos cambios anunciaban muchas de las exigencias burocráticas de un gobierno moderno.

En último análisis, naturalmente, estos cambios no bastaron para resolver los problemas que el Japón hubo de abordar durante los siglos XVIII y XIX. El gobierno de los samurai continuó adoleciendo de ciertas debilidades que no pudo remediar. La clase samurai misma, que constituía un 5 o un 7 por 100 de toda la población japonesa, era un vestigio de los tiempos de agitación civil y de permanente estado de guerra. El número de sus miembros sobrepasaba considerablemente las necesidades de la administración, y, en consecuencia, el shogunato y los *han* estaban enormemente sobrecargados en casi todos los niveles. La técnica de la posesión de cargos múltiples y de la responsabilidad conjunta agravó, simplemente, aquella situación. Pero, sobre todo, el gobierno de los samurai se basaba en una consagración a los precedentes y a la autoridad que le incapacitaba para promover cambios. Autoritario y burocráticamente rígido, trabajaba sometido a una pesada carga de formalismo, lo que le impedía crear un mecanismo adecuado para la adopción de cambios políticos importantes. Enfrentado, en el interior, con problemas económicos y sociales, y a partir de 1800 con una nueva amenaza exterior, el sistema se reveló ineficaz. Sin embargo, el propio sistema había experimentado una notable madurez dentro de los límites impuestos por la estructura Tokugawa.

IV. EL CRECIMIENTO ECONOMICO Y LOS PROBLEMAS DE LA AGRICULTURA Y DEL COMERCIO

De todos los problemas internos que las autoridades Tokugawa hubieron de afrontar, los más enojosos, tanto en la teoría como en la práctica, fueron los de origen económico. Es muy posible que pocos sistemas políticos hayan estado tan sometidos a la influencia de las condiciones económicas como el del Japón de los Tokugawa, porque pocas sociedades estuvieron tan aisladas del contacto exterior ni tan rígidamente estructuradas en el orden interno. Sin embargo, desde la iniciación del período de aislamiento el Japón asistió, en el sector económico, a una profunda lucha entre la agricultura y el comercio, y entre la tierra y el dinero. La lucha se acentuó, a causa de la adopción de una política económica que restringía el comercio exterior y la diversificación interna, en el preciso momento en que la economía había conquistado nuevas posibilidades de crecimiento y de expansión en el exterior.

En pocas esferas de la política Tokugawa era más pronunciada que en el campo económico la diferencia existente entre el modelo en que el administrador se inspiraba y las condiciones reales que reclamaban su atención. El mundo económico ideal concebido por los administradores Tokugawa procedía de la experiencia de los daimyō del siglo XVI y de la nueva cultura confuciana del siglo XVII. Imaginaba una economía fundamentalmente agraria, con un mínimo desarrollo del comercio, una sociedad en la que los samurai gobernaban, los campesinos producían y los comerciantes distribuían los productos. Pero esta visión ya no era sostenible, ni siquiera en los comienzos del período Tokugawa. Se hizo anacrónica inmediatamente, a causa del desarrollo del comercio y de la producción artesana, bajo el estímulo de los habitantes de las nuevas ciudades. Pero su anacronismo procedía, fundamentalmente, del hecho de que los samurai, alejados de la tierra, se habían convertido en una clase urbana reunida en la ciudad-castillo del daimyō. El modo de vida propio de la ciudad que, en frase de Ogyū Sorai, obligaba a toda la clase samurai a subsistir «como en una posada», se vio aún más acentuado por el desarrollo de Edo como centro residencial de los daimyō y de las grandes agrupaciones de subalternos de éstos.

Sin embargo, la impropiedad de una política económica que daba importancia a la agricultura, mientras descuidaba el comercio y la industria, no fue claramente perceptible al principio. Durante el primer siglo o más fue posible la expansión de

la economía agrícola, y esto facilitó algunas salidas al desarrollo económico. A medida que la «Gran Paz» Tokugawa iba consolidándose, las autoridades podían dedicar su atención a las innovaciones agrarias y a la expansión de la base agrícola. Bajo el estímulo de los daimyō y del *bakufu* se llevaron a cabo proyectos de mejoras en todo el Japón, hasta el punto de que la cifra nacional del amillaramiento total de la tierra, que en 1597 era de 18,5 millones de *koku*, había ascendido a 25,8 millones de *koku* en 1700. A partir de entonces, el ritmo de expansión disminuyó considerablemente, pero en 1832 el total había subido, de todos modos, a 30,4 millones de *koku*.

Las cifras del amillaramiento no eran el único signo de desarrollo de la base agraria. La producción misma se había ampliado por medio de la mejora de utensilios y semillas, por el uso más corriente de los animales de tiro y por el más frecuente empleo del hierro en arados y azadones. Las cantidades de fertilizantes de que se disponía eran cada vez mayores, pues los japoneses comenzaron a hacer un uso más amplio de los productos de la pesca y de los vegetales, así como del contenido de las letrinas y de las alcantarillas de las ciudades para abonar la tierra. Las zonas de doble cosecha aumentaron enormemente. En total se calcula que la producción de cereales se duplicó entre 1600 y 1730. Y todo esto no se consiguió sobre la base de tanteos y errores ni por la casual difusión de la sabiduría popular. La divulgación de libros de agricultura, como el de Miyazaki Antei, *Nōgyō Zensho (El perfecto agricultor*, 1697), es una prueba del esfuerzo previamente orientado hacia un mejoramiento técnico. El Japón del siglo XVIII tenía, probablemente, una base agrícola tan eficiente y productiva como la de cualquier país de Asia.

La aldea tampoco se limitaba a la producción de cereales. El arroz se producía ya, con fines comerciales, en muchas partes del Japón. El algodón, el té, el cáñamo, el azúcar, la morera, el añil y el tabaco se convirtieron en los productos comerciales más importantes, hasta el punto de que las autoridades tuvieron que restringir su intrusión en los arrozales, que pagaban impuestos. Al diversificado desarrollo de la agricultura vinieron a añadirse productos subsidiarios como la madera, el papel, productos marinos secos y sal, además de productos especializados, como caballos en el Norte y ganado en el Japón Central.

Sin embargo, en los años 1720 las autoridades hubieron de enfrentarse con una gran diversidad de problemas agrarios. El más importante de todos era el elemental problema de la población en su relación con el abastecimiento de víveres. El Japón puede facilitar un ejemplo clásico del principio malthu-

siano de la relación entre población y recursos alimenticios. Porque los cambios de población parecen guardar un paralelismo muy estrecho con las cifras relativas a la extensión de las tierras y con la producción de arroz sometida a impuesto. La población japonesa parece haber aumentado, aproximadamente, en un 50 por 100 entre 1600 y 1721, cuando se confeccionó el primer censo fidedigno. La cifra de 1721, corregida para incluir a los miembros de la clase samurai, alcanzaría probablemente los 30 millones. Desde entonces, las estadísticas muestran que la curva de la población se ha mantenido invariable, aunque es probable que, a mediados del siglo XIX hubiera ascendido hasta unos 32 millones. Por qué la población japonesa se mantuvo estacionaria, mientras en China el crecimiento se realizaba a un ritmo fantástico, es difícil de explicar, aunque es probable que este fenómeno se halle relacionado con el hecho de que muchos sectores de la población japonesa estaban existiendo al borde de la simple subsistencia. Las carestías originadas por los años de sequías y de cosechas escasas tenían terribles consecuencias. Los períodos más graves en cuanto a malas cosechas correspondieron a 1675, 1680, 1732, 1783-1784, 1787 y 1836-1837, que dieron lugar a unas veinte grandes carestías. Se dice que la de 1732 llevó a 1,6 millones de personas al borde de la inanición en el Japón Occidental. Tanto el *bakufu* como las administraciones de los daimyō hicieron todo lo posible por aliviar las circunstancias de la carestía, generalmente mediante la distribución de socorros en arroz. Pero la carestía fue, seguramente, un factor que impidió el aumento de población. Como es sabido, ésta era sometida también a reducciones voluntarias, especialmente por medio del infanticidio (llamado eufemísticamente *mabiki*, es decir, «adelgazamiento»), aunque es difícil decir en qué proporción.

Una prueba de los sufrimientos y de la inquietud de los agricultores se encuentra en el gran número de «levantamientos campesinos» *(hyakushō ikki)* que se produjeron durante el período Tokugawa. En total se registraron unos 1.600 incidentes, aunque muchos de ellos eran conflictos de dimensiones relativamente pequeñas, originados por injusticias muy concretas. Pero, apenas iniciado el siglo XVIII, las protestas de las masas se hicieron más frecuentes. A menudo los campesinos de toda una región marchaban sobre el castillo del daimyō para protestar contra un nuevo impuesto o contra la elevación del cupo de un tributo. En 1764, por ejemplo, los habitantes de dos provincias, Musashi y Kōzuke, avanzaron hacia Edo para quejarse de un impuesto especial exigido para pagar el viaje del Shōgun a Nikkō. A finales del siglo, aquellas protestas cobraron un carácter más destructor. Frecuentemente las residencias de los ricos usureros campesinos o los almacenes de los comerciantes de arroz eran saqueados. Estos saqueos *(uchikowashi)* se hicieron frecuentes también en las ciudades, a medida que un número creciente de campesinos pobres se amontonaba en el marco urbano.

Es difícil determinar si todos estos signos de inquietud campesina pueden explicarse como resultado de una mala administración o de la ciega resolución de las autoridades samurai de seguir sacando de las aldeas cada vez un mayor número de impuestos. Porque había, desde luego, otros factores que contribuían a ello. Las complejas influencias procedentes de la creciente comercialización de la economía aldeana sometían al campesinado a numerosas tensiones, especialmente a causa de la desigual difusión de la riqueza y de los privilegios. El aumento de las posesiones en el seno de las aldeas en el período Tokugawa y la separación entre campesinos pobres y campesinos ricos eran síntomas de cambios con raíces más profundas.

Aunque las leyes Tokugawa eran rigurosas y explícitas sobre la prohibición de enajenar los arrozales o de fragmentar las propiedades agrícolas, la tierra tendía a concentrarse, durante todo el período Tokugawa, en manos de un pequeño número de miembros ricos de la sociedad aldeana. Los cambios de propiedad solían ocultarse mediante subterfugios, como las «hipotecas permanentes», pero también la adquisición de grandes propiedades era totalmente legal por medio de las mejoras, pues la mejora de las tierras contaba con el estímulo oficial. Además, como los impuestos gravaban al *mura* y no al individuo, las autoridades no tenían por qué impedir los pequeños reajustes de la propiedad en las unidades aldeanas.

La aparición de una clase campesina rica influyó, inevitablemente, en las condiciones sociales y económicas de la aldea. El excedente económico dio lugar a numerosas actividades secundarias, como el préstamo de dinero o la producción de *sake, shōyū* (salsa de soja) o de tejidos, mientras la diferenciación económica introducía cambios en la estructura familiar. Los campesinos ricos comenzaron a quebrantar la estructura tradicional de la aldea sirviéndose del trabajo asalariado o mediante contrato, en lugar de valerse del sistema de la familia extendida que, en el pasado, había facilitado los elementos de trabajo. Las familias sin tierras se convertían en arrendatarios o se hacían jornaleros en las aldeas o en las ciudades. La sociedad de la aldea comenzó a diferenciarse, pues, en dos niveles: en la cima, un pequeño grupo de familias ricas, parcialmente dedicadas al comercio, y, en la base, el grupo general de

arrendatarios y de agricultores y jornaleros ocasionales. El desarrollo diferencial de la economía Tokugawa, en la que los económicamente no privilegiados podían encontrarse incluso en condiciones insoportables, tal vez contribuya a explicar por qué la evidencia de una comercialización agrícola y de unos signos de opulencia podían coexistir con una grave extensión de las insurrecciones campesinas.

Los signos de opulencia eran abundantes. La sociedad de la aldea nunca había carecido de su propia jerarquía interna, social y económica. Desde el principio, todas las aldeas poseían familias de riqueza superior a la usual, a menudo descendientes de los samurai, o familias que podían haber aspirado a la condición de samurai, en la época del censo agrícola de los Taikō. Al paso del tiempo, a aquellas familias fueron uniéndose otras de riqueza adquirida más recientemente. Juntas, formaban una clase superior campesina, a menudo muy instruida y en estrecho contacto con la burocracia de los samurai, y facultada para participar de los bienes culturales de la ciudad-castillo o de las grandes ciudades. La sociedad rural acabó alcanzando una especie de vida cultural superior propia y llegó a producir una valiosa clase dirigente en orden a la administración local y al desarrollo económico.

Sin embargo, una gran parte de lo que estaba sucediendo en las aldeas era considerado poco deseable por los funcionarios samurai. Cualquier signo de opulencia en las vidas de los aldeanos ricos era interpretado como un indicio de que habían sobrepasado los límites marcados a la condición campesina. La difusión de la riqueza en las zonas rurales era considerada como el reflejo de una decadencia en la fibra moral, tanto de las clases campesinas como de los samurai. Las más importantes «reformas» intentadas por el *bakufu* Tokugawa descargaron un torrente de leyes suntuarias sobre el campesinado y prohibiciones contra el abandono de la tierra, mientras los confucianos ilustrados predicaban el retorno al ideal agrario.

Durante todo el período Tokugawa se conservó viva la nostálgica visión de una sociedad en la que los samurai se unirían al campesinado en una sencilla existencia rural. Como señaló Kumazawa Banzan (1619-1691), sólo si las clases samurai y agrícola volviesen a unirse, podrían los samurai recuperar su espíritu marcial y su sentido de la frugalidad. Podrían vivir sólo con una parte del arroz que habían comenzado a consumir. Y el campesinado, liberado así de los pesados impuestos y amparado, de nuevo, por la directa y paternalista vigilancia de los samurai, estaría contento también. Esta política de «retorno a la tierra» fue invocada frecuentemente, e incluso, a

veces, intentada por los daimyō, cuyos «hombres de la casa» se encontraban en graves dificultades financieras. Pero las condiciones del Japón actuaban constantemente en la dirección contraria, hacia la complejidad económica y la comercialización.

Uno de los más evidentes signos de cambio en el Japón de los Tokugawa era la mejora general en el nivel de vida de las cuatro clases. En la segunda mitad del siglo XVII se veían por todas partes viviendas, vestidos, alimentos, escuelas y diversiones mejores, y esto, de uno u otro modo, revelaba la difusión de la actividad comercial y el desarrollo de una economía dineraria. Aunque, desde el punto de vista tradicional, la tendencia hacia el «lujo» se consideraba poco deseable, la clase samurai, a su manera pragmática, estaba suficientemente dispuesta a contar con la clase de los comerciantes para una gran diversidad de servicios. Desde el comienzo hasta el final del período Tokugawa, la teoría oficial que despreciaba el comercio contrastaba con la práctica real, que reconocía la necesidad de la función comercial en la economía.

La posición del comerciante en el esquema social y económico de los Tokugawa reflejaba, en muchos aspectos, la incapacidad de la clase comercial para lograr su independencia, ni bajo la teoría confuciana, ni bajo las leyes japonesas. A la actividad comercial, ante todo, no se le permitía el libre acceso al comercio exterior, a la vez que el gobierno la sometía a una fuerte intervención en lo que se refería a la producción y a la distribución de las mercancías fundamentales. Desde el punto de vista económico, el aislamiento era, simplemente, la fase culminante del esfuerzo de los Tokugawa por evitar el acceso de los daimyō a los beneficios del comercio exterior. La monopolización era la más importante técnica de control económico conocida por los funcionarios del *bakufu*, que recurrieron también a un estricto control de las minas del país y, por lo tanto, a la producción monopolizada de la moneda circulante de la nación. Las mismas técnicas fueron utilizadas también en el *han*, porque los daimyō intentaron controlar su comercio con Osaka sobre una base monopolística, en cierto modo, semejante.

La teoría que inclinaba al gobierno a intervenir en las actividades comerciales procedía de las doctrinas confucianas que situaban al comerciante en la última de las cuatro clases, toda vez que, como «transportador de artículos», era, por definición, improductivo. Tradicionalmente, la aristocracia feudal había considerado las cuestiones del dinero sucias e impropias de la dignidad de samurai. Como en la Europa medieval, se consideraban despreciables las ganancias usurarias, y, por consi-

guiente, la actividad de los *chōnin,* la percepción de beneficios y la acumulación de capital eran mal comprendidas y sospechosas. Así, el comerciante de la época de los Tokugawa continuó siendo mucho más vulnerable que su equivalente europeo a las acciones arbitrarias del gobierno. Pero, en cambio, sus beneficios nunca fueron sometidos a tasas, de un modo tan sistemático.

Aunque el samurai despreciaba el modo de vida del comerciante, en realidad dependía profundamente de sus servicios. Obligado a una «existencia como de posada» en las ciudades-castillo, el samurai tenía que contar con el *chōnin* para cubrir la distancia entre la ciudad y el campo. Por eso, desde el comienzo del período Tokugawa, el shogunato y los daimyō tomaron a su servicio a comerciantes dedicados a unos abastecimientos específicos *(goyō-shōnin).* Muchos de éstos eran, en realidad, ex samurai que, durante los años de la guerra civil, se habían especializado en el manejo de ciertas mercancías (frecuentemente, artículos militares). En las nuevas ciudades-castillo, los distritos comerciales estaban situados cerca de las murallas del castillo del daimyō. Y allí iba a instalarse la clase de los comerciantes, dispuestos, por una parte, a satisfacer las necesidades de las autoridades samurai, y, por otra, estrechamente regulados por los funcionarios del daimyō y rígidamente excluidos de la participación en los asuntos políticos del dominio o del reino. Esta posición, que, a primera vista, parece tan restrictiva y precaria, tenía, sin embargo, sus ventajas, porque pocas comunidades mercantiles del Asia Oriental llegaron a alcanzar un puesto tan vital en la economía de su nación.

Como el comerciante del período Tokugawa nunca fue realmente libre, los *chōnin* prosperaron como intermediarios y agentes de las autoridades dirigentes. Así surgió, en la práctica, una especie de alianza entre los comerciantes y las autoridades, como se desprende de la reaparición de corporaciones y organizaciones autorizadas. El *bakufu* había reconocido, desde el principio, un cierto número de corporaciones monopolísticas *(za),* como el monopolio de la seda y del oro. Posteriormente, bajo Tanuma, se establecieron monopolios para el comercio de la plata *(ginza),* del cobre, de la cal y del aceite vegetal. En principio, las organizaciones protectoras privadas fueron prohibidas por el *bakufu,* pero las Diez Corporaciones de Comercio al por mayor de Edo *(Tokumi-donya)* y las Veinticuatro Corporaciones de Osaka hicieron su aparición antes del final del siglo XVII. En 1721, Yoshimune empezó a conceder autorizaciones a algunas asociaciones mercantiles (llamadas *kabu-nakama),* y esta costumbre se difundió mucho bajo Tanuma. Estas asociaciones, organizadas para un artículo o para un comercio determinados, eran utilizadas por las autoridades para estabilizar los precios y para asegurar una adecuada distribución, y estaban obligadas también a pagar cuotas de licencia anuales *(myōga-kin).* Los comerciantes recibían a cambio la autorización oficial y una cierta protección.

La interdependencia de las casas de los samurai y de los comerciantes se hacían especialmente complejas cuando se trataba de las operaciones comerciales y fiscales de los territorios del Shōgun y del daimyō. En el campo, los mayoristas rurales *(nakagai)* acaparaban las mercancías de las aldeas para venderlas en las ciudades-castillo o en los centros comerciales de alcance nacional de Osaka y de Edo. En las capitales *han,* algunas casas comerciales se encargaban de enviar mercancías y arroz a las residencias de los daimyō de Edo, y otros los enviaban a Osaka con fines de intercambio. Estos mayoristas de importancia media, generalmente llamados *tonya,* estaban autorizados también a negociar con las grandes corporaciones de mayoristas de Osaka y de Edo, por su propia cuenta. Poco después, la necesidad de agentes financieros *han* en las ciudades en que se verificaban los intercambios dio origen a la instalación de almacenes del dominio *(kura-yashiki),* sometidos a la vigilancia de los representantes financieros del mismo *(kuramoto).* Estos agentes, al principio, eran nombrados entre los «hombres de la casa» del daimyō, pero después se elegían, cada vez más frecuentemente, entre las casas de negocios de Osaka, ricas y financieramente influyentes. Además, también cada vez con mayor frecuencia, los *han* recurrían a la venta monopolística de sus propios productos locales, por medio de organizaciones comerciales especialmente autorizadas, así como al control de los intercambios entre las capitales *han* y Osaka o Edo. Los grandes *han* comenzaron a utilizar títulos de crédito sobre el arroz o sobre la plata que llegaron a ser de curso legal dentro de las fronteras de los *han,* restringiendo el pago en especie a las operaciones comerciales relacionadas con Osaka o con Edo. Para poner en práctica esta clase de comercio y de control fiscal, instituyeron en la capital del dominio agencias o factorías especiales *(kaisho),* que actuaban como un nuevo órgano de «alianza» entre los intereses de los samurai y los de los comerciantes.

En todos estos procesos se percibe la gradual consolidación de una economía nacional unificada, centralizada en Osaka y en Edo, que implicaba el intercambio de mercancías con los *han* y con los extensos territorios shogunales. Osaka y Edo se

convirtieron en la base de casas de intercambio *(ryōgae)*, y mercados de arroz y de otras mercancías. La casa de contratación del arroz de Osaka, en Dojima, realizaba operaciones a determinados plazos, y llegó a influir en el precio del arroz a escala nacional. A mediados del siglo XVIII, Osaka tenía más de 130 almacenes *han*, y la cantidad anual de arroz que entraba en sus muelles se acercaba al millón de *koku*. En tales circunstancias, la clase samurai fue dependiendo cada vez más de los agentes financieros: el shogunato, de sus monopolistas de la circulación monetaria y de sus grandes agentes comerciales; los *hatamoto*, de los cambistas de moneda *(fudasashi)*, que convertían en dinero sus estipendios percibidos en arroz, y los daimyō, de los agentes de sus almacenes de Osaka o de Edo. Recíprocamente, como las casas comerciales se encontraban implicadas en casi todos los aspectos de las transacciones fiscales de la clase administrativa, acabaron erigiéndose en un poderoso grupo de acreedores.

La comunidad mercantil de la época Tokugawa pasó por determinadas etapas de desarrollo, en su ascensión hacia el predominio económico. En los primeros años, los comerciantes más considerables eran los que contaban con la especial protección del Shōgun y de los daimyō, los «comerciantes de la casa» *(goyō-shōnin)*. En el siglo XVIII, en Osaka y en Edo había surgido un cierto número de grandes casas comerciales cuyas distintas actividades se centraban en el préstamo de dinero y en el intercambio. En el siglo XIX comenzaron a hacer su aparición casas basadas en la manufactura y en el artesanado. El desarrollo del capital comercial puede apreciarse por el cálculo de que, en 1761, había en el Japón más de 200 casas comerciales, cada una de ellas valorada en más de 200.000 *ryō* de oro. (El *ryō* equivalía, aproximadamente, a un *koku* de arroz). Así, en el valor de su capital total, los grandes comerciantes habían igualado a la mayoría de los daimyō.

Mediado el período Tokugawa se habían constituido casi todas las importantes casas *chōnin* que habían de mantenerse hasta los tiempos modernos. El fundador de la casa Mitsui había comenzado, en los años 1620, como fabricante de *sake* en la provincia de Ise. Poco después se dedicó a la usura, a escala local, y al intercambio de arroz y dinero. En 1673, su hijo se trasladó a Edo y estableció allí un almacén de cereales, el Echigoya. Por los años 1680, la casa tenía sucursales en Kyōto y en Osaka, y había entrado en los negocios de intercambio. En los años 1690, Mitsui se convirtió en el agente financiero del shogunato y de la casa imperial, además de servir a varios daimyō. Por entonces, dirigía también una gran

red de asociaciones de comercio al por mayor, a la que sus establecimientos ofrecían cauces de salida. Organizó un servicio de mensajeros para una rápida comunicación entre Osaka y Edo, y se había dedicado, incluso, a la adquisición de tierras, financiando mejoras en gran escala. La casa Kōnoike empezó también fabricando *sake* en la provincia de Settsu, cerca de Osaka. En 1616, su fundador se trasladó a Osaka para dedicarse a las expediciones y al préstamo de dinero. En los años 1690 se había convertido en una importante casa de cambios y servía como *kuramoto* a varios daimyō. Durante los años 1690 los Kōnoike tenían en sus manos los asuntos financieros de unos 40 daimyō. Se dice que sólo los honorarios devengados por estos servicios ascendían a 10.000 *koku* de arroz al año, una cantidad mayor que los ingresos de que disponía la mayor parte de los daimyō a quienes servían. A partir de este momento, los Kōnoike intervinieron también en los negocios de mejora de la tierra. La casa Sumitomo comenzó dedicándose al comercio de medicamentos y de productos de hierro en Kyōto. En los primeros años del período Tokugawa los Sumitomo empezaron a comerciar con el cobre a través de Osaka y a poner en marcha refinerías de cobre en Kyōto y en Osaka. En 1783, cuando Tanuma estableció el monopolio del cobre del *bakufu*, los Sumitomo desempeñaron las funciones de agentes en la zona del Kansei, y, después, en 1791, comenzaron a desarrollar las ricas minas de Besshi.

En el siglo XVIII el Japón había entrado, evidentemente, en una nueva fase de economía comercial centrada en las ciudades. El desarrollo de éstas había sido asombroso. Edo había alcanzado una población de un millón, superior, sin duda, a las poblaciones de Londres o de París en aquel tiempo. Osaka y Edo tenían poblaciones de unos 400.000 habitantes, mientras Kanazawa (capital del dominio de los Maeda) y Nagoya (capital del dominio de los Owari) acaso llegarían cerca de los 100.000. Nagasaki y Sakai, principalmente ciudades comerciales, tenían unos 65.000 habitantes cada una. En conjunto, probablemente, el 10 por 100 de los japoneses de aquella época vivía en ciudades de más de 10.000 habitantes y estaba adquiriendo, de este modo, una forma de vida enteramente urbana. La tendencia hacia las ciudades continuaría, a expensas del campo, iniciando así la orientación moderna de abandono de la agricultura.

Las facilidades en los transportes y en las comunicaciones también aumentaron considerablemente, tanto por los esfuerzos de las autoridades como de las compañías privadas. El Japón tardó en desarrollar el carro y utilizaba los caballos de carga,

sobre todo para el transporte ligero. Las mercancías voluminosas, como el arroz, el *sake,* las hortalizas y otras semejantes se transportaban en barcos, a lo largo de la costa. Pero iba surgiendo también un sistema de rutas terrestres, porque los daimyō y sus seguidores viajaban por carretera y grandes cantidades de viajeros corrientes se desplazaban de unos sitios a otros. Las estaciones de posta y las ciudades con posadas prosperaban hasta el punto de causar asombro incluso a los viajeros europeos como Kaempfer, que recorrió el Tōkaidō en 1690. Y los mensajeros *(hikyaku)* realizaban los servicios postales, tanto para los daimyō como para los ciudadanos comunes. Las autoridades shogunales y de los daimyō atendían al mantenimiento del sistema de carreteras en sus jurisdicciones, aunque a veces se descuidaban los puentes, a fin de impedir los movimientos hostiles de tropas. Surgieron líneas de navegación, de vital importancia para el transporte de mercancías a las grandes ciudades de Osaka, Edo, Kyōto y Nagasaki. Aunque el tonelaje era limitado, se organizaron muchos pequeños navíos para realizar funciones específicas, como navegar por los ríos breves y poco profundos del interior o a lo largo de la costa. Los envíos de arroz desde el Japón septentrional hasta Osaka, a lo largo de la costa del mar del Japón, y luego a través de los estrechos de Shimonoseki, subiendo por el mar Interior, llegaron a constituir una industria importante, como las expediciones de arroz desde el Norte hasta Edo, a lo largo de la costa del Pacífico. Para cubrir las necesidades del comercio exterior de Nagasaki, los barcos llevaban los productos marinos desde Hokkaidō. Entre Osaka y Edo se desarrollaron rápidas líneas de comunicación al servicio de las grandes corporaciones de comercio al por mayor, y éstas, a su vez, organizaron las líneas de Higaki y Taru, para competir con las anteriores.

Al desarrollo comercial contribuyó también el rápido desenvolvimiento de un sistema de circulación y de cambios. Tras la unificación monetaria de Hideyoshi, el *bakufu* pudo mantener una circulación razonablemente estable, utilizando un sistema paralelo de cuatro medios de intercambio: el arroz, el oro, la plata y el cobre. De un modo cada vez más acusado, el arroz fue convirtiéndose, simplemente, en una unidad de tasa y de acumulación, aunque dentro de los límites de su carácter perecedero. La moneda metálica se erigió, pues, en el auténtico medio de intercambio, basado en una teórica convertibilidad, según la cual un *ryō* de oro equivalía a 60 *momme* de plata, equivalentes, a su vez, a cuatro collares *(kan)* de monedas de cobre. Como hemos observado ya, la plata no se acuñó hasta la época de Tanuma. Anteriormente, la plata

se calculaba por el peso y circulaba en lingotes. La escasez de los metales preciosos y la complejidad de los intercambios dio origen al desarrollo de varios tipos de papel comercial, y, en zonas determinadas, a la circulación de valores también de papel. En Edo y en Osaka surgieron casas de banca y cambio para negociar letras de transferencia o de crédito entre las ciudades. La moneda de papel circulante, que, en general, adoptaba la forma de títulos de arroz *han* o de plata, iba alcanzando, gradualmente, cada vez mayores proporciones. A finales del régimen Tokugawa se descubrió que 244 *han* y 21 localidades del territorio de los Tokugawa habían emitido, en total, unas 1600 variedades de ella. Cuando se convirtieron en la nueva moneda de circulación nacional, estos títulos sumaban más de 24 millones de *yen* (el *yen* equivalía, aproximadamente, al dólar mexicano, en aquel tiempo).

En las postrimerías del período Tokugawa eran bien perceptibles, a dos niveles, los signos de una nueva fase del desarrollo económico. El crecimiento urbano y la expansión del mercado de artículos de consumo había inculcado un nuevo espíritu de empresa en el campo. Organizaciones al por mayor y empresarios de la aldea desarrollaron nuevas técnicas de producción en serie, como el tejido de la seda, la fabricación de papel y la manufactura de trabajos laqueados. En Kiryū, por ejemplo, a mediados del siglo XIX, algunos establecimientos de tejidos, a manera de fábricas, habían alcanzado unos 5.000 telares, bajo menos de 300 techos. En las minas y en la fabricación del *sake,* grandes grupos de obreros trabajaban también como asalariados. Estos nuevos procesos en las zonas rurales habían de tener importantes consecuencias para los comerciantes autorizados residentes en las ciudades, sobre todo cuando se reanudó el comercio exterior, en 1858. Menos dependientes de la «alianza feudal» que las casas más antiguas, estos nuevos empresarios pudieron soslayar los riesgos del cambio institucional que acompañó a la caída del shogunato. Mientras tanto, las autoridades gubernativas habían emprendido, vigorosamente, una nueva línea de política económica en sus zonas administrativas. Las nuevas costumbres, que daban especial importancia a la producción local para la venta en exclusiva a Edo y a Osaka de acuerdo con una teoría mercantilista, acabarían induciendo a los agentes fiscales del *han* a una colaboración con los comerciantes al por mayor.

Pero antes de que los *han* más importantes pudiesen convertirse a las nuevas ptácticas mercantilistas en un esfuerzo por resolver sus dificultades financieras, la política samurai respecto al comercio y a la clase comerciante experimentaría un consi-

derable cambio. Incluso en una obra tan tardía como la de Ogyū Sorai, *Seidan (Ensayos políticos,* 1727), seguía dándose por supuesto que la aportación del comerciante a la sociedad era insignificante. Los hombres de las ciudades se limitaban a consumir los estipendios de los samurai y por ello eran inútiles destructores de cereales. Esta actitud oficial era una constante amenaza para los comerciantes, que seguían siendo vulnerables ante la arbitrariedad de acciones de las autoridades, tales como la cancelación de las deudas, los préstamos obligatorios *(goyōkin),* o las imprevistas confiscaciones de la propiedad. El más famoso caso de confiscación fue el de Yodoya Saburōemon, que fue arruinado en 1705, a consecuencia de haber sido acusado de ostentación. El hundimiento de Yodoya, uno de los más ricos comerciantes de Osaka y cabeza del mercado de arroz de Dojima, permitió la cancelación de grandes cantidades de deudas de los daimyō y supuso la entrega de una fabulosa riqueza, calculada en 121 millones de *ryō.*

Pero mientras la acción oficial seguía siendo arbitraria y la teoría oficial despertaba pocas simpatías, el *han* y el *bakufu,* en la práctica, se inclinaban hacia actitudes proteccionistas. Y gradualmente, del conjunto de confucianos ilustrados, surgieron también teóricos que abogaban por una aproximación más pragmática a la economía. Uno de los precursores, en este aspecto, fue el discípulo de Ogyū Sorai, Dazai Shundai (1680-1747), que preconizaba la aceptación de la economía dineraria como una legítima extensión del crecimiento económico. Otro, Kaiho Seiryō (1755-1818), quizá influido por su conocimiento de las empresas de los reyes de Europa, escribió que el samurai, toda vez que convertía su estipendio de arroz en dinero, con un beneficio, no era diferente del comerciante. Ni podía comprender tampoco que el comerciante se diferenciase del samurai, pues el beneficio que él percibía era equivalente a su «estipendio». En los últimos años del período Tokugawa, un cierto número de escritores, que a menudo eran *rōnin* o comerciantes, recorrió el país, ofreciendo consejo acerca de proyectos económicos, sugiriendo nuevas producciones agrícolas o mejores técnicas mineras. Pero fue, probablemente, la terrible necesidad de mejorar las finanzas *han* y la posibilidad de hacerlo utilizando las economías regionales *han* contra los grandes mercados de las ciudades de Osaka y de Edo, lo que empujó a las autoridades *han* en brazos de las casas comerciales y dio origen a los numerosos monopolios de mercancías *han* que surgieron en la segunda mitad del siglo XVIII. Aquellos monopolios, juntamente con las obligaciones mediante la emisión de papel-moneda, constituyeron el

principal recurso de los *han* en los últimos tiempos de los Tokugawa.

Así, a pesar del ambiente oficialmente hostil creado por las autoridades, si una casa comercial actuaba prudentemente y, como advertía Mitsui Sōchiku, si no se apoyaba demasiado gravemente sobre las finanzas de los daimyō, podía prosperar. Los comerciantes Tokugawa, por lo tanto, ocuparon, desde el principio hasta el fin, una posición precaria, pero favorable. Como las normas de la casa Mitsui declaran tan solemnemente, el comerciante estaba obligado a comprender cuál era su puesto y a no mezclarse en política. Porque el *chōnin* continuaba siendo un siervo en el mundo de los samurai. Privada de la posibilidad de pasar al *status* noble, ni mediante la compra de títulos ni mediante la infiltración, y carente de una representación a través de un parlamento, la familia del comerciante japonés tenía pocos incentivos para llegar a ser algo, excepto un comerciante mejor. Tal vez fuese este aspecto del sistema Tokugawa el que más indujo al comerciante japonés a sobresalir en su campo, preparando así el camino para el rápido desarrollo del Japón con posterioridad a 1868.

V LA CULTURA Y EL PENSAMIENTO SAMURAI

Las concepciones jurídicas de base clasista y las diferentes condiciones de vida de la sociedad Tokugawa eran tales, que el estilo cultural de las diversas clases mantenía también fuertes rasgos característicos. La cultura Tokugawa era clasista, no sólo en la teoría, sino también, en gran medida, en la práctica, porque samurai, *chōnin* y campesinos vivían, necesariamente, en ambientes distintos y se regían por valores y costumbres diferentes. Desde luego, había grandes zonas de fusión, especialmente en el nuevo ambiente urbano, donde los samurai y los ciudadanos comunes compartían una gran variedad de intereses y de pasatiempos. Sin embargo, en las mentes de los japoneses, y sobre todo de las autoridades, la línea divisoria entre los modos de vida noble y vulgar, y entre el rural y el urbano, seguía siendo muy profunda. Que las generaciones posteriores hayan considerado las conquistas de la sociedad burguesa Tokugawa como más importantes que las realizaciones de los samurai es un hecho que habría asustado a la gente de aquel tiempo, porque el ideal aristocrático aún perduraba, y los productos del «mundo flotante» *(ukiyo)* de las clases urbanas inferiores eran considerados indignos de una sociedad culta. Pero de igual modo que el gobierno samurai,

a cultura samurai ha sido duramente tratada por los historiadores y por los especialistas modernos, que han encontrado en as actividades burguesas de la época los impulsos más dinámicos y creadores de aquel tiempo.

Indudablemente, uno de los rasgos característicos de la vida en el período Tokugawa fue la aparición, por primera vez, de una burguesía en el primer plano nacional. La creación de un estilo cultural diferente por parte de las clases populares pone de relieve, mejor que ninguna otra cosa, el aumento de la población urbana, su riqueza y su energía. Y era característico de la cultura burguesa, producida por una capa de la sociedad Tokugawa a la que se habían negado los privilegios políticos y sociales, que su contenido se refiriese, principalmente, a cuestiones sentimentales. Es sin duda esta cualidad, más común o más universal, la que ha resultado tan atractiva para los observadores de épocas sucesivas. Sin embargo, las creaciones del mundo burgués no constituían más que una fracción del contenido total de la cultura Tokugawa. Las realizaciones de la clase samurai, aunque menos originales, eran también considerables e importantes. Su pobre reputación o su olvido por parte de escritores de tiempos sucesivos se deben, en gran medida, al hecho de que la mayor parte de los esfuerzos de los samurai estaban dirigidos a campos más esotéricos de la filosofía y del saber clásico y a que, en los campos estrictamente artísticos, su capacidad creadora descendía considerablemente. Además, toda la estructura clasista aristocrática, los conceptos metafísicos del confucianismo y los valores militares del *bushi* en que se basaba el modo de vida samurai serían marginados, a partir de 1868. Y por eso la cultura de los *chōnin* —una cultura de pasatiempo y de preocupaciones menos particularistas— iba a resultar más atractiva. Sin embargo, es conveniente recordar también que el Japón contemporáneo continúa admirando las artes formales «aristocráticas» que el período Tokugawa heredó de la época Ashikaga. Y son estas formas artísticas las que constituyen la base primordial de la refinada cultura del Japón de nuestro tiempo.

Las casas militares de la época Tokugawa conservaban una vida cultural basada en una clara conciencia de lo que era «adecuado a la condición de los *bushi*». Sus elementos no eran nuevos, en absoluto. En la arquitectura, en la pintura y en el drama, la protección de los daimyō y del Shōgun apenas hizo poco más que perpetuar, sin grandes modificaciones, el género y los estilos que habían tenido su origen en la época Ashikaga. Los monumentos arquitectónicos de los Tokugawa no eran muy inspirados y tendían a la pesadez y a la ornamentación.

Los grandes mausoleos de Nikkō y de Ueno pueden ser admirados por su grandeza y por su evidente despliegue de riqueza y poder extraordinarios. La puerta Yōmei, en Nikkō, tan profusamente cincelada de flores y figuras, puede maravillar a una mirada inexperta, pero a Bruno Taut le parece un «sepulcro bárbaro y ostentoso». El castillo de Nijō, en Kyōto, es un claro ejemplo del alto estilo residencial que empleaba pilares laqueados, techos ricamente decorados y dorados, y biombos delicadamente pintados. La arquitectura de los castillos, con su empleo de macizos muros de piedra y portones de madera ennegrecida, claveteada de hierro, reforzaban la sensación de autoridad y de poder. Los daimyō y el Shōgun construían también espaciosos jardines con casas de té y escenarios al aire libre para la representación de los dramas *nō*. En sus residencias de Edo y en sus cuarteles generales fortificados protegían las artes del espectáculo y de la representación, que se habían convertido en el signo de la cultura aristocrática desde la época Ashikaga. Su nivel de vida dio impulso también a la producción de porcelana fina, de vajillas laqueadas, de brocados de seda y de artículos de metal, en grandes cantidades. En las artes menores, en las que la habilidad de las clases inferiores contaba con la protección aristocrática, se hicieron posibles, realmente, algunas obras artísticas verdaderamente notables.

Sin embargo, en general, las artes nobles de los Tokugawa tendían cada vez más hacia el formalismo. La ceremonia del té y los dramas *nō*, perpetuados como una prerrogativa de la clase militar, se estereotiparon. Escuelas hereditarias especiales de actores, perceptores del té y ordenadores de flores perpetuaban sus estilos bajo el patrocinio oficial. En la pintura predominó la escuela Kanō de artistas decorativos y perpetuó, con pequeñas modificaciones, las técnicas y los temas que habían sido ideados por sus predecesores. En literatura se preferían los textos clásicos chinos y japoneses, mientras en música el *koto*, el tambor de mano y el canto de fragmentos *nō* se apoyaban en estilos y modelos considerados clásicos desde hacía mucho tiempo. Todas estas realizaciones tendían al formalismo y al refinamiento, pues la educación de la clase samurai correspondía a las escuelas de maestros de bellas artes.

Pero la cultura samurai se salvaba, a veces, de lo ostentoso y de lo formulario, gracias a la intensa perduración del gusto zen y al despertar de nuevas corrientes intelectuales. Los palacios de Katsura y de Shūgakuin, aislados en los alrededores de Kyōto, son quizá los más bellos ejemplos de un estilo arquitectónico nacional, en el que se combinan los principios estéticos de la casa de té y las necesidades del modo de vida

aristocrático. Su sencillez de líneas, el empleo de maderas naturales, la integración con los jardines circundantes y el comedimiento general constituyen una expresión de las mejores excelencias del estilo de arquitectura japonés.

En pintura, algunos nuevos estilos mostraron más vitalidad que las obras de los artistas Kanō. Una escuela de extremada estilización y simplificación desarrollada por Hon'ami Kōetsu (1558-1637) y por Tawaraya Sōtatsu (?-1643), a partir de la tradición Yamato-e, tuvo su aplicación a biombos decorativos, a cajas laqueadas y a la porcelana. Bajo el pincel de Ogata Kōrin (1658-1716), este estilo se consolidó como una importante componente de la expresión artística japonesa. En el otro extremo, hombres como Maruyama Okyō (1733-1795) infundieron nueva vida a la tradición monocromática china, mediante la atención a los detalles realistas. Okyō hizo cuidadosos estudios del natural y adoptó técnicas de perspectiva y de sombreado, tomadas de la pintura Occidental. Todas estas evoluciones en el campo de la pintura eran obra de artistas que no pertenecían a la nobleza y que trabajaban a partir de tradiciones ya existentes, aunque, naturalmente, para protectores pertenecientes a la clase alta. Más propio de la clase samurai era el estilo de pintura de los «letrados» *(bunjinga* o *nanga)*, que se hizo popular con la difusión de la filosofía confuciana. Practicado por aficionados y por profesionales, este estilo cultivaba un deliberado sentido academicista y sintético que subrayaba el pensamiento que animaba la pintura. Yosa Buson (1716-1783) e Ike-no-Taiga (1723-1776) elevaron a gran altura aquel estilo, en sus ensayos pictóricos.

Sin embargo, fue en el campo de la ciencia y de la filosofía donde los samurai pusieron de manifiesto sus mejores facultades creadoras y su gran capacidad de trabajo. Especialmente notable fue su obra en el campo de la historia, pues los estudiosos de la época Tokugawa sentaron las bases de la historiografía objetiva y comenzaron también a fundar numerosos archivos y bibliotecas que constituyen el más importante acervo de que hoy se nutre la investigación histórica moderna.

La más notable de las compilaciones históricas de este período es la *Honchō tsugan (Espejo general de nuestro país)*, una historia cronológica del Japón completada hacia 1670 por miembros de la familia Hayashi, doctos confucianos, y realizada según el modelo de la obra china de Ssu-ma Kuang, la *Tzu-chi t'ung-chien*. Otros proyectos shogunales incluían los *Tokugawa jikki (Verdaderos anales de la Casa Tokugawa)*, preparados entre 1809 y 1849, que abarcan, con muchos y exactos detalles, acontecimientos de la corte del Shōgun; los *Kansei chōshū*

shokafu (Genealogías comparadas de la época Kansei), completados en 1812, que contienen los anales familiares de todos los daimyō y de los importantes seguidores del Shōgun.

Junto a este esfuerzo shogunal había obras patrocinadas por los daimyō. Una historia «nacional», que rivalizaba con la llevada a cabo por la casa Hayashi, fue la *Dainihon-shi (Historia del gran Japón)*, comenzada en 1657 por el daimyō de Mito, Tokugawa Mitsukuni (1628-1700). Obra del Shōkōkan, un departamento historiográfico sostenido por el dominio, sus primeros 250 capítulos fueron publicados en 1720, pero la obra no se terminó hasta 1906. Otros *han* dedicaron sus esfuerzos, principalmente, a la compilación de «anales familiares» o de diccionarios geográficos locales.

Numerosas historias privadas fueron realizadas por el grupo cada vez más amplio de estudiosos e historiógrafos confucianos que se hallaban al servicio de las instituciones Tokugawa. Arai Hakuseki es famoso por su *Tokushi yoron*, un estudio racionalista del paso del poder político de manos de la nobleza a la aristocracia militar. Iida Tadahiko (1816-1861) escribió la *Dainihon yashi (Historia privada del Gran Japón)*, concebida como continuación de la historia de Mito. Rai Sanyō (1780-1832) elaboró una versión divulgadora y altamente nacionalista de la historia del Japón en su *Nihon gaishi (Historia no oficial del Japón)*. Mientras tanto, el bibliógrafo del *bakufu*, Hanawa Hokiichi (1746-1821), estaba trabajando en el voluminoso *Gunsho ruijū (Documentos clasificados)*, una colección de textos históricos básicos, completada en 1794. Esta obra, juntamente con su continuación realizada por el hijo de Hanawa, constituye hoy un monumento de compilación documental, con más de 3.000 artículos en 91 volúmenes.

La cultura no se limitaba a la clase samurai, naturalmente, y la relación de los importantes autores científicos y filosóficos de la época Tokugawa incluía a más de uno procedente de la capa *chōnin* o incluso de la campesina. Lo que indicaba la difusión del saber era que las oportunidades de instrucción se habían extendido considerablemente a todos los niveles de la sociedad Tokugawa. El Japón, en efecto, estaba entrando en un período de difusión de la cultura, gracias a una red de escuelas cada vez más amplia, y consumía grandes cantidades de publicaciones. Entre los centros de enseñanza, el Shōheiko del *bakufu* seguía siendo el colegio oficial más importante, añadiendo a sus facultades, en 1765, una escuela de medicina. Las escuelas *han* patrocinadas por los daimyō aumentaron rápidamente con posterioridad a 1700, y, a finales del régimen Tokugawa, sumaban más de 270. Además, se dice que el *han* sostenía

más de 375 academias, y que, en las grandes localidades y ciudades, habían hecho su aparición más de 1.400 escuelas privadas. Estos centros estaban dedicados, principalmente, a la educación de los samurai, pero no se descuidaba la educación de la gente común. Algunas escuelas *han* estaban abiertas para los hijos de los comerciantes y de los campesinos, sobre todo para los que pertenecían a las familias de los jefes, porque la lectura y la escritura eran conocimientos esenciales para desempeñar servicios administrativos. Además, la gente común contaba con las llamadas «escuelas del templo» *(terakoya)*, pequeñas escuelas elementales privadas, a menudo, pero no necesariamente, adscritas a los templos locales, de las que se registran más de 10.000 como existentes a mediados del siglo XIX. El resultado, de acuerdo con los cálculos de R. P. Dore, fue que, en los años 1860, los japoneses habían alcanzado un grado de instrucción del 40 al 50 por 100 entre los varones, y del 15 por 100, aproximadamente, entre las hembras. Desde luego, todos los samurai sabían leer y escribir, y los niveles superiores de las clases campesina y comerciante habían sido educados, en cierta medida. En cuanto a la instrucción, el Japón podía compararse, pues, favorablemente, con la Inglaterra de la misma época, lo que constituye un hecho sorprendente cuando se considera el aislamiento de los japoneses en relación con las corrientes intelectuales exteriores.

El carácter de la educación era, por sí solo, un elemento formativo primordial en la cultura Tokugawa. De base confuciana en su mayor parte, libresco y altamente moralista, era considerado muy seriamente, pues constituía un elemento necesario del éxito para los miembros de las clases samurai y *chōnin*. La mentalidad Tokugawa, por consiguiente, era escolástica, pero práctica. Su modo de investigación era rutinario, quizá, pero dentro de ciertos límites era también notablemente flexible y pragmático. El escolasticismo Tokugawa, aunque basado en el pensamiento confuciano chino, se desarrolló según líneas propias y condujo a los samurai a una diversidad de investigaciones intelectuales en los campos de la filosofía moral, de la economía política y de la historia. Sobre todo los samurai mantenían vivo el ideal de preparación tanto en las artes militares como en las civiles. Por eso permanecieron fieles a su vocación y a su sentido de identidad cultural como japoneses.

La cultura confuciana en el Japón dio origen, desde el principio, a amplias zonas de heterodoxia, ya porque los japoneses no podían comprender las sutilezas de la filosofía china, ya porque eran incapaces de prescindir de las realidades japonesas. Los primeros confucianos Tokugawa, desde luego, tendían a ser

dogmáticos y consideraban los textos neo-confucianos casi como escrituras reveladas. Y a lo largo de todo el período Tokugawa, la escuela Chu Hsi, presidida por la casa Hayashi, se mantuvo dentro de la ortodoxia. En 1790, Matsudaira Sadanobu intentó prohibir las enseñanzas heterodoxas en el colegio del *bakufu*. Pero si bien el shogunato podía tratar de controlar las doctrinas de sus propias instituciones educacionales, tenía menos posibilidades de vigilar las orientaciones en los dominios de los daimyō y en las escuelas privadas de Kyōto o de Osaka. A pesar de su influencia social, generalmente conservadora, la doctrina confuciana llevaba en su seno los gérmenes de la curiosidad intelectual e incluso del escepticismo. Los confucianos japoneses, una vez familiarizados con los principios básicos, comenzaron a aplicar sus conocimientos a los problemas japoneses, con el inevitable resultado de que se vieron orientados hacia nuevas y originales soluciones.

Ogyū Sorai (1666-1728), el defensor de la «cultura antigua» *(kogaku)*, proponía volver la mirada a las fuentes originales para justificar los personalísimos consejos que él había dado al shogunato en orden a la política del gobierno. Su obra, *Seidan (Ensayos políticos)*, apremiaba al shogunato para que pusiese en práctica verdaderas reformas y exigía una más decidida afirmación del absolutismo shogunal. La objetiva aproximación de Arai Hakuseki a la historia japonesa estaba de acuerdo con su fría valoración del cristianismo. Su *Seiyō kibun (Un informe sobre Occidente)*, escrito en 1715, tras algunas entrevistas con el sacerdote italiano Sidotti (1668-1715), que había sido hecho prisionero por el *bakufu* cuando intentaba entrar clandestinamente en el Japón, en 1708, revelaba una sincera admiración por la ciencia occidental, y proclamaba abiertamente que el cristianismo era demasiado irracional para poder causar daño alguno al Japón. Miura Baien (1723-1789), un estudioso que no era de origen samurai, dedicó toda su vida a la búsqueda racional de explicación a preguntas como ésta: «¿Por qué los ojos no oyen y los oídos no ven?» Incapaz de aceptar las explicaciones formales que encontraba en la doctrina confuciana, desarrolló una filosofía escéptica que no aceptaba más prueba que la evidencia empírica. Kaiho Seiryō (1755-1817) formuló teorías económicas que apremiaban al gobierno samurai a explotar el comercio como fuente de riqueza. ¿Por qué —se preguntaba— han de despreciar los samurai el comercio y la ganancia, cuando el rey de Holanda patrocina activamente las empresas comerciales? Honda Toshiaki (1744-1821) estudió cuanto pudo la geografía mundial y llegó a la conclusión de que la política aislacionista japonesa era errónea. Presentaba la vi-

sión de un Japón que se lanzaba más allá de los mares y ampliaba su frontera septentrional a fin de autoprotegerse. Satō Nobuhiro (1768-1850), muy versado en obras holandesas de astronomía, de botánica, de geografía y de historia, dedicó una activa existencia a viajar por el Japón, aconsejando a los daimyō acerca de las mejoras agrícolas y recomendando gratuitamente al *bakufu* que impusiese al país controles más rígidos.

En el siglo XIX es evidente que los autores japoneses en casi todos los campos estaban influidos, en alguna medida, o por el conocimiento de la ciencia y de la geografía occidentales, o por el temor a una intervención europea. Los últimos desarrollos del pensamiento confuciano no fueron, pues, totalmente espontáneos. La necesidad de enfrentarse con ideas nuevas y, a menudo, contradictorias, procedentes del exterior, impulsó a algunos japoneses a la repulsa y a la alarma, y a otros, a ecléctica acomodaciones con su herencia confuciana. Yamagata Bantō (1748-1821), por ejemplo, trató de integrar la teoría heliocéntrica occidental con la cosmología confuciana, e incluso formuló la equivalencia entre la ciencia occidental y el concepto confuciano de razón o principio fundamental *(ri)*. Pero el racionalismo confuciano carecía del impulso esencial para negar sus propias premisas sacrificándolas a la investigación científica, y la línea principal del pensamiento ortodoxo, con sus actitudes moralistas y de clase, siguió pesando intensamente sobre la mentalidad Tokugawa.

El elemento racionalista en el confucianismo Tokugawa no sólo provocó modificaciones en la tradición ortodoxa misma, sino que dio origen a nuevas líneas de investigación intelectual que excedían de la base confuciana japonesa. La importancia que el confucianismo concedía al pasado despertó, naturalmente, el interés por la propia herencia histórica del Japón y por su tradición literaria. Los estudiosos confucianos no podían menos de reconocer que las doctrinas que ellos admiraban eran de origen chino, pero la sociedad samurai sentía poco respeto por el sinófilo fanático. La mayor parte de los confucianos japoneses conservó una actitud profundamente nacionalista, aunque admitiendo de su admiración por las cosas chinas. Hayashi Razan, tras haber encontrado en el Shinto un aliado contra el budismo, inició la tarea de racionalizar los mitos imperiales, mediante el uso de la teoría confuciana. Para él, los tres tesoros sagrados se convirtieron en símbolos de ideales confucianos básicos. La doctrina del *bushidō* de Yamaga Sokō continuó esta tendencia ecléctica, que en Yamazaki Ansai (1618-1682) encontró su expresión en una nueva forma de pensamiento Shinto *(Suika-shintō)*, la cual interpretaba el «camino de los *kami*» como

el camino de los reyes sabios. Ansai descubrió virtudes confucianas en las leyendas del *Kojiki* y del *Nihon-shoki*, y vio en los antiguos *kami* un reflejo de la razón confuciana.

Era, sencillamente, cuestión de tiempo que este interés filosófico por el Shinto se combinase con el incremento de la cultura histórica y literaria para producir una escuela de estudios indígenas, basada en un supuesto grupo de «clásicos japoneses». El movimiento de «cultura nacional» *(kokugaku)* que de ello resultó y se inició en el siglo XVIII como un esfuerzo por recuperar para el Japón una herencia literaria e histórica. Con el tiempo, se convirtió en un movimiento autónomo que preconizaba un retorno intelectual a los orígenes del Japón.

Los estudios del *kokugaku* alcanzaron un reconocimiento nacional cuando, en 1728, Kada Azumamaro (1668-1736) presentó una petición al *bakufu* en favor del establecimiento de una «escuela de cultura nacional». Sacerdote shintoísta de la zona de Kyōto, Kada había sido influido por la reciente tendencia de la cultura confuciana que trataba de volver al «antiguo camino» original. El discípulo de Kada, Kamo Mabuchi (1697-1769), prosiguió el estudio de *Man'yōshū* e incluyó «la primera nota anti-confuciana en sus escritos. En los antiguos poemas del período de Nara, él afirmaba que oía «la voz de nuestra divina tierra».

La figura sobresaliente del movimiento *kokugaku* fue Motoori Norinaga (1730-1801), el hombre que dedicó treinta años a recuperar el significado del *Kojiki*. Norinaga se convenció de que el *Kojiki* revelaba un único «camino antiguo» japonés, un estado de bondad natural y utópica, cuyo ejemplo se encuentra en la época de los *kami*, y que había sufrido la contaminación del budismo y del confucianismo. La extraordinaria influencia de Motoori se debía a su dedicación a la enseñanza. Se dice que, en sus cuarenta años de actividad docente, tuvo cerca de 500 discípulos.

Con posterioridad a 1800, el *kokugaku* se difundió ampliamente como una rama de la investigación científica acerca de la literatura japonesa, pero también estimuló una reanimación de la curiosidad por los aspectos teológicos del Shinto. Hirata Atsutane (1776-1843), un pensador violentamente nacionalista y xenófobo, escribió sobre la impar política del Japón *(kokutai;* es decir, el Japón como tierra de los *kami* y regido por una dinastía imperial única). La conclusión lógica de su argumento consistía en que el Japón debía dar nueva vida al Shinto como a su religión única, y al emperador como a su único gobernante. Sus ideas resultaban bastante subversivas

para el shogunato, de modo que, en 1841, fue sometido a arresto domiciliario.

Aunque gran parte de lo que escribieron los partidarios de la reanimación del Shinto parece irracional y altamente emotivo, no por ello dejaron de dar paso al desarrollo de nuevas ideas sobre la identidad histórica y el destino del Japón. Conservando cuidadosamente un nuevo conjunto de clásicos japoneses, y señalando al emperador como nuevo centro de lealtad, dieron impulso a la acción política en defensa de su nación. Su desprecio de China inició el proceso que apartó al Japón de su excesiva confianza en un mentor cultural durante tanto tiempo admirado, precisamente cuando el Japón iba a experimentar nuevas influencias llegadas de Occidente.

El conocimiento de la acechante presencia de barcos occidentales en aguas apartadas de la costa del Japón, a comienzos del siglo XIX, no era el único indicio que los japoneses tenían de la existencia de un mundo exterior, profundamente diferente del suyo propio. La información acerca de Occidente y el estudio de idiomas y de cuestiones científicas occidentales se habían mantenido vivos, aunque sólo por un pequeño grupo de investigadores individuales, durante todo el período Tokugawa. Los estudios sobre el exterior *(yōgaku)* o sobre temas holandeses *(Rangaku)* alcanzaron así otra línea de investigación no ortodoxa, seguida por determinados estudiosos japoneses, a veces con gran dificultad y sacrificio personal. La fuente de estos estudios era, naturalmente, Nagasaki, donde el único contacto con Europa se mantenía a través de la factoría holandesa de Deshima.

Tras la adopción de la política aislacionista, durante cerca de ochenta años las autoridades del *bakufu* restringieron, cada vez más severamente, los contactos japoneses con los occidentales. Se prohibió la importación de libros occidentales, o de las traducciones chinas de aquellos libros, y el conocimiento del idioma holandés se limitó a unos pocos «intérpretes» oficiales, adscritos al departamento del Comisario de Nagasaki. Se atribuye a Arai Hakuseki el mérito de haber hecho posible la atenuación de la extremada vigilancia de los funcionarios de Nagasaki, cuando la publicación de su *Seiyō kibun*, en 1715, reveló que en la ciencia occidental había mucho que el Japón podía aprender. El Shōgun Yoshimune, en 1720, levantó la prohibición de importar libros extranjeros y traducciones chinas (excepto los que hiciesen directa referencia al cristianismo), y estimuló el estudio privado del idioma holandés y el de temas como la astronomía y la táctica militar.

A través de aquella estrecha grieta abierta en el muro del

aislacionismo, comenzó la escuela de estudios holandeses que había de absorber, con ansiosa y a menudo equivocada avidez, el conocimiento de los temas occidentales. Aoki Konyō, en 1745, confeccionó un diccionario holandés-japonés. Sugita Genpaku (1733-1817) y otros tradujeron la *Tavel Anatomia*, en 1774, con el título de *Kaitai shinsho*, y con ello introdujeron las técnicas médicas occidentales en el Japón. Otsuki Gentaku (1757-1827) estableció abiertamente una escuela para el estudio de materias holandesas y occidentales. Su *Explicación de Estudios Holandeses (Rangaku kaitei)*, publicada en 1786, fue la primera explicación del idioma holandés utilizable para todo el pueblo, para cualquier lector.

Durante el período del predominio de Tanuma dentro del *bakufu*, el recelo del Japón respecto a los extranjeros disminuyó considerablemente. El contacto con los miembros de la factoría holandesa se hizo mucho más libre, y la importación de curiosidades occidentales llegó a alcanzar las proporciones de una manía. Los daimyō coleccionaban relojes y anteojos de campaña, bebían en copas de cristal e incluso observaban experimentos de electricidad. Entre 1769 y 1786, el médico sueco Thunberg y el capitán de la marina mercante holandesa Titsingh facilitaron una gran cantidad de información científica de primera mano a los japoneses que se apelotonaban en sus residencias. El *rōnin* Hiraga Gennai (1726-1779), patrocinado durante breve tiempo por Tanuma, conquistó la fama con su estudio de la botánica y por sus experimentos con el amianto y la electricidad. Ingenio excéntrico, escribió novelas satíricas y piezas teatrales cómicas, ensayando también técnicas de pintura al óleo aprendidas de Occidente.

Gran parte de este abierto entusiasmo por las cosas occidentales se vio frenado por Matsudaira Sadanobu cuando llegó al poder, en 1787. Las obras de Hayashi Shihei fueron prohibidas en 1792, y se impusieron restricciones a los contactos con los occidentales en el Japón y a la compra de libros de Occidente. Sin embargo, en 1811, el propio *bakufu* reconoció la necesidad de estar al corriente de los progresos occidentales, estableciendo una corporación de traductores oficiales de libros de Occidente *(Bansho wage goyōkata)*, dentro del observatorio astronómico shogunal. Uno de ellos era Otsuki Gentaku.

Así pues, los estudios holandeses se convirtieron en un tema de interés sólidamente arraigado, a comienzos del siglo XIX, aunque es difícil determinar la influencia de las ideas y de las técnicas que pudieron ser útiles a los japoneses. Los estudiantes de holandés y de la ciencia occidental nunca constituyeron un grupo numeroso, ni llegaron a ser nunca una

fuerza disidente en la sociedad Tokugawa. Las implicaciones políticas y sociales de su estudio eran especialmente débiles, porque pocos o quizá ninguno de aquellos hombres había roto con la estructura ética confuciana ni se había salido de los límites de la política oficial Tokugawa. Pero, en el transcurso del tiempo, la difusión de una disciplina heterodoxa procedente del Oeste había de tener importantes consecuencias. Aceptadas, primero, por su demostrada superioridad, las técnicas occidentales de medicina, de astronomía, de agricultura y de ciencia militar fueron estudiadas bajo el patrocinio oficial del *bakufu* y de los daimyō. Una vez afirmados, los nuevos métodos socavaron la supremacía de las técnicas chinas establecidas, y, con ellas, de la teoría confuciana.

El clima intelectual de las postrimerías del régimen Tokugawa estaba, pues, lejos de hallarse estancado o dominado por una inflexible ortodoxia. El mundo de los samurai, que ofrecía una gran variedad de opiniones pragmáticas y de líneas de investigación, estaba abierto a muchas corrientes. Todavía fuertemente confuciano en su orientación ética fundamental, había hecho sitio, sin embargo, al estudio independiente de la historia japonesa y de la ciencia y de la medicina occidentales.

VI. LA CULTURA DE LOS CHŌNIN

Aunque a finales del siglo XVIII había grandes zonas de vida urbana en las que resultaba difícil distinguir las diferentes aportaciones de la clase samurai y de las no samurai, es lícito hablar todavía de un estilo distinto, propio de la cultura chōnin, que tenía sus orígenes en Osaka, en Kyōto y en Edo. Fue la población urbana de la época Tokugawa la que primero conquistó los medios y el ocio necesarios para fomentar una cultura de participación de masas, en contraste con la tradición «noble» de las artes y de las letras. En sus nueve distritos urbanos, los *chōnin* patrocinaban sus propias artes y sus pasatiempos, añadiendo así un nuevo y vital elemento a la totalidad de la vida cultural de la nación. Era la suya una creación claramente burguesa, limitada a su situación y a su posición relativa dentro del ambiente social. Sin acceso a la administración superior, sin voz en los consejos de los samurai, al margen de toda aspiración a la categoría noble, los *chōnin* no podían mostrar interés alguno por las cuestiones del estado. Su cultura se nutría principalmente de la búsqueda del placer. Evitaba lo que era «noble» por lo que era humano y divertido. Hacía hincapié en lo personal, en lo inmediato y en lo erótico. Su

ideal llegó a ser el «mundo flotante» *(ukiyo)*, el mundo de la elegancia y de la diversión popular.

Pero no debemos deducir de esto que los *chōnin* viviesen sin ideales imperativos ni que careciesen de sentido moral. Los comerciantes y los artesanos vivían en un mundo de deberes y aspiraciones tan exigente, a su modo, como el de los samurai. El comerciante tenía que hacer que su negocio prosperase, honrando así el nombre de su familia. El artesano estaba obligado a mantener la calidad de su arte específico. Existía un «Camino del *chōnin*» que estimulaba al comerciante a trabajar diligentemente en busca de beneficios honestos, a dedicar sus afanes a su profesión y al enriquecimiento de su negocio. El camino del comerciante, quizá a imitación de los samurai, intensificaba no menos severamente las exigencias de lealtad (a los negocios) y de frugalidad (para no derrochar las ganancias). La vida del *chōnin* podía ser exigente y limitada, y suponía largos años de aprendizaje y de trabajo vigilado.

Así, pues, mientras lo que nosotros llamamos la cultura *chōnin* era, en gran parte, un producto del deseo de los comerciantes de disfrutar de solaces y diversiones, la vida misma del *chōnin* no carecía de sus serias exigencias y de sus zonas de realización práctica. En primer lugar, los *chōnin* aceptaban valores e incluso creencias religiosas que añadían dignidad y significado a su profesión. Las grandes casas comerciales, como la de los Mitsui, se regían por códigos de conducta tan estrictos como cualquiera de los aplicados a los samurai. Ishida Baigan (1685-1744), el comerciante-filósofo de Kyōto, confeccionó una mezcla de máximas shintoístas, confucianas y budistas, de donde resultó una nueva religión que hablaba directamente de las necesidades cotidianas de la gente común. La «Ciencia del Corazón» *(Shingaku)*, como el nuevo sistema ecléctico se llamaba, insistía sobre la aceptación del orden social natural (es decir, el de las cuatro clases) y exhortaba a cada individuo a vivir según el destino que le había sido asignado con diligencia, compasión y honestidad. Esta doctrina señalaba que los comerciantes eran tan importantes en el esquema de la naturaleza como las otras clases y que para ellos era importante vivir según su «camino», a fin de hacer honor a su profesión.

La iniciativa comercial tuvo también mucha importancia en el notable desarrollo de algunas de las líneas prácticas de investigación y de tecnología. La matemática, aplicada en las oficinas de contabilidad y a los problemas de astronomía y de ingeniería, alcanzó tal nivel que revela en matemáticos japoneses como Seki Takakazu (1642-1708) unas aptitudes comparables a las de sus contemporáneos europeos. Inō Chūkei (1745-1818) preparó

un mapa notablemente exacto del Japón, después de diecisiete años de mediciones topográficas. En los campos de la astronomía, de la agronomía, de la botánica, de la medicina y de la ingeniería civil, hombres que no eran de origen samurai abrieron frecuentemente el camino a métodos de perfeccionamiento. Lo que el historiador japonés Nishida Naojirō ha llamado «el espíritu de cálculo y de medida», el sentido práctico de la mente en su enfrentamiento con los problemas reales, todo esto debía su temprana difusión a las actividades de los *chōnin* o a las de otros residentes en las ciudades y no pertenecientes a la clase samurai.

Pero la cultura de los comerciantes, en cuantro tradición distinta, fue en gran medida un producto del *ukiyo*, del mundo de la diversión. Sus elementos eran las bailarinas, la música del *shamisen*, los relatos populares, el drama nuevo y la silografía, que tuvo una gran difusión. Entre todos estos elementos, la *geisha* era de una importancia fundamental, porque ella era el centro del mundo urbano de la diversión y también un producto perfectamente característico de la tradición social japonesa. Como acompañante profesional, la *geisha* («gei» se refiere a las artes de la representación) de la época Tokugawa descendía de una larga línea de cortesanas y de bailarinas que, en general, habían formado parte del mundo aristocrático de la diversión. Pero fue durante el período Tokugawa cuando se consagró como una institución accesible a una nueva y más amplia población urbana. En una sociedad en que la vida de familia, tanto para los samurai como para la gente común, estaba tan institucionalizada que excluía la libre diversión, en la que no había actos sociales mixtos, como bailes, danzas y banquetes, en la que los matrimonios arreglados eliminaban los noviazgos, la acompañante de profesión tenía una función esencial. La *geisha* y el ambiente que ella creaba facilitaban la única oportunidad de libre relación entre hombres y mujeres, distinta de la simplemente rutinaria del burdel.

Las *geisha* se congregaban en determinados distritos especiales de las nuevas ciudades, las «ciudades sin noche», como Shimabara y Gion en Kyōto, Shinbashi en Osaka o Yoshihara en Edo. Allí, las *geisha* se convirtieron en el elemento fundamental del mundo de los restaurantes, de los teatros, de los baños y de los burdeles. Creado principalmente por los comerciantes ricos, el mundo de las *geisha* no estaba permitido a los samurai, aunque éstos también tomaban parte, cada vez en mayor medida, de las diversiones de los distritos alegres, prescindiendo de sus largas espadas para poder hacerlo. Así, tanto para el samurai como para el sobrio comerciante preocupado por sus negocios, la ciudad sin noche constituía un lugar de distensión de los rigores del cargo o de la contabilidad. Y resultó también una importante fuente de tentaciones, porque las *geisha* se convirtieron a menudo en la figura central del conflicto entre deberes *(giri)* y pasiones *(ninjō)*, tal como aparece recogido en muchas obras populares de la época, tanto de teatro como de novela.

Alrededor de un siglo después de la fundación de las nuevas ciudades-castillo y de la expansión de las nuevas sociedades urbanas de Kyōto y de Osaka, el ambiente ciudadano comenzó a producir su literatura y su arte propias. Los historiadores de la cultura identifican dos períodos principales de florecimiento, la época Genroku (1688-1705) y el período Bunka Bunsei (1804-1829). Durante el primero, los centros predominantes eran Kyōto y Osaka. Durante el segundo, Edo se convirtió en el centro de una fase de vida urbana más refinada, aunque algo menos vigorosa. Como la mayor parte del género *ukiyo* alcanzó su máxima altura creadora durante la época Genroku, suele atribuirse a este período una importancia que, en cierto modo, supone la exclusión del segundo. Pero debe señalarse que el desarrollo del *chōnin-bunka* fue continuo y que la fase ulterior que asistió a una creciente fusión entre las realizaciones *chōnin* y *samurai* es, históricamente, de gran importancia.

Relatos breves y obras narrativas de mayor extensión, con destino al consumo popular, alcanzaron un notable desarrollo durante los primeros tiempos del período Tokugawa, reflejando la nueva riqueza y el ocio de los *chōnin*, así como la difusión de la cultura entre todas las clases. En el siglo XVIII, las principales ciudades habían desarrollado negocios editoriales lucrativos. Las casas editoriales consiguieron grupos de escritores y de ilustradores, y lanzaron, con una hábil propaganda, historias de amor o guías ilustradas de los barrios de diversión, ideando frecuentemente los más ingeniosos modos de burlar los esfuerzos de la censura de los moralistas del *bakufu*. Como el mercado moderno de ediciones en rústica, aquel género de literatura trataba principalmente de los barrios alegres y de las cuestiones sentimentales, y prefería las historias cuyos protagonistas eran *chōnin* elegantes que conocían bien los barrios de las *geisha*, o a las bellas *geisha* mismas. Aquellas obras eran, a menudo, audaces y frecuentemente prohibidas.

Ihara Saikaku (1641-1693), un comerciante de Osaka, fue la primera gran figura en el campo de los *ukiyo-zōshi* (relatos del *ukiyo)*. Un genio en la escritura de versos encadenados, se dedicó, en las últimas épocas de su vida, al tema del sexo *(kōshoku)*. Su *Hombre enamorado (Kōshoku ichidai otoko)*

apareció en 1682 y contaba la historia de un joven precoz que, tras haber agotado las posibilidades de amor en el Japón, se embarcó para la «isla de las mujeres» a la edad de sesenta años. Su *Mujer enamorada (Kōshoku ichidai onna)* habla de una mujer que, a la manera de Moll Flanders, camina, paso a paso, hasta su degradación como prostituta en un monasterio budista. Saikaku se dedicó a temas de homosexuales de la sociedad samurai en 1687 y, tras haberle sido prohibidas estas obras, comenzó en 1688 a escribir historias edificantes acerca del camino que conduce al éxito comercial. Su obra *Los almacenes eternos del Japón (Nihon eitaigura)* hablaba de comerciantes que habían triunfado y de cómo habían hecho su dinero. La contribución de Saikaku a la literatura japonesa consistió principalmente en su realismo y en la jovialidad con que trataba sus temas. Era la suya una auténtica literatura de la clase mercantil que describía la vida y las virtudes de los *chōnin,* así como sus debilidades. Otro escritor de la primera época, extraordinariamente popular, fue Ejima Kiseki (1667-1736), que siguió el estilo de Saikaku, pero aun con mayor realismo, al que añadió una dimensión crítica, casi satírica. Sus obras sobre los caracteres personales *(katagi mono)* describían las vidas de diversos tipos de *geisha,* de hijos e hijas de comerciantes, de dependientes de comercio, etc., comentando especialmente la debilidad de carácter de la segunda generación. Una vez iniciado, el flujo de la literatura popular continuó encontrando un mercado bien dispuesto entre la nueva clase urbana. Una gran parte de los libros cómicos, de las reducciones divulgadoras de relatos clásicos, historias de amor, guías de teatros, restaurantes o lugares famosos, resultó absolutamente efímera. Pero de cuando en cuando surgían obras notables, como, por ejemplo, la de Jippensha Ikku (1775-1831), que era el relato cómico de un viaje al Tōkaidō *(Tōkaidō chū hizakurige).* En una moderna traducción inglesa, ha llamado la atención por sus cualidades picarescas.

El desarrollo de una literatura popular y de una gran variedad de lugares nocturnos en el mundo *ukiyo* que necesitaban propaganda estimuló la producción de los ilustradores populares. Como los japoneses encontraban que la xilografía todavía era el sistema más eficaz para la impresión de libros, era natural que constituyese la base de aquel género pictórico popular. Con el tiempo, la xilografía *(ukiyo-e)* se convirtió en una importante forma artística. Al principio apareció en la forma de estampas sencillamente lineales, a las que se agregó el color mediante el empleo de nuevas técnicas aprendidas de los chinos a través de Nagasaki. A finales del siglo XVII se había

perfeccionado una técnica de muchos bloques, con la que podían realizarse cuadros de gran refinamiento. Las xilografías se producían con fines utilitarios y para el consumo masivo, como ilustraciones, carteles hechos a mano para los teatros o para las casas de las *geisha,* o recuerdos de lugares famosos. Por eso eran trabajos considerados efímeros y vulgares, y su reconocimiento como obras de arte dignas de estimación no se produjo hasta finales del período Tokugawa. Hay cierta ironía en el hecho de que fuese en Europa donde el *ukiyo-e* llamó la atención seriamente por primera vez. Entre los artistas de la xilografía, el primero que se hizo famoso fue Hishikawa Moronobu (1618-1694). Suzuki Harunobu (1725-1770) desarrolló el empleo del color refinado hasta su punto culminante. Kitagawa Utamaro (1753-1806) se especializó en tipos femeninos idealizados. Katsushika Hokusai (1760-1849) y Andō Hiroshige (1797-1858) pintaron con gran vigor y efectos visuales paisajes y lugares famosos.

El drama de la gente común comenzó con juglares y bailarines ambulantes, pero durante el período Tokugawa evolucionó hacia un importante teatro de marionetas *(ningyō jōruri)* y hacia un refinado teatro escénico *(kabuki).* Como en la Inglaterra isabelina, el teatro sufrió en manos del censor oficial. La escasa moralidad de las primeras mujeres que actuaban como intérpretes era tal, que las representaciones escénicas estaban sometidas a muchas prescripciones. De ahí que la representación teatral alcanzase, primero, su apogeo en el teatro de marionetas, en el que grandes muñecos, de dos tercios del tamaño natural, eran manejados por varios titiriteros sumamente hábiles. Cuando la representación teatral alcanzó su apogeo como *kabuki,* no podía ser interpretado más que por actores varones. Este hecho, unido a la fuerte influencia del drama *nō* y al de marionetas y baladas, dio origen a una tradición teatral verdaderamente única, de una gran diversidad, que abarcaba desde los dramas de danza, altamente estilizados, hasta la realista tragedia familiar. El escritor más importante de los teatros *jōruri* y *kabuki* fue Chikamatsu Monzaemon (1653-1724), cuyo interés comprendía desde las piezas históricas de los samurai hasta las obras relativas a la vida de los *chōnin.* Muchas de estas últimas eran sacadas de hechos reales, como los frecuentes dobles suicidios de amantes, *chōnin* y *geisha.* La vida emocional de los *chōnin* y de los samurai no ha sido descrita, en parte alguna, de un modo más vigoroso que en las piezas de Chikamatsu, que se apoyaba en las trágicas tensiones entre lealtad y sentimiento humano, o entre el deber familiar y la inclinación pasional (el conflicto *giri-ninjō).* Chikamatsu fue

imitado por otros dramaturgos, entre los que figura Kawatake Mokuami (1816-1893), que sirvió de puente entre los mundos dramáticos Tokugawa y Meiji.

Aunque el samurai, generalmente, no era más que un participante clandestino en el mundo *ukiyo,* el campo de la poesía aglutinaba a todas las capas de la sociedad Tokugawa. La forma poética más importante de este período era el breve *haiku,* que constaba de tres versos de 5-7-5 sílabas. El *haiku* se convirtió en el vehículo poético de la máxima popularidad en el Japón, porque podía ser cultivado por los altos y por los humildes, con fines serios o cómicos. En efecto, durante el período Tokugawa, se desarrollaron diversos estilos de composición de *haiku,* como un género cómico llamado *kyōka,* versos locos, poemas satíricos e incluso poemas de protesta social. Pero es la forma seria de la composición *haiku* (o *haikai)* la que ha merecido la máxima atención, por haber producido una forma de expresión poética sencilla, pero profundamente significativa. Durante el período Tokugawa, los poetas *haiku* serios procedían de numerosas clases sociales, tanto samurai como *chōnin,* pero los más famosos vivían dentro del marco de la vida sacerdotal o del mundo del saber samurai. Matsuo Bashō (1644-1694), el primero y más grande de los escritores *haiku* serios, había nacido samurai y había recibido una buena educación antes de abrazar la vida de asceta vagabundo. Se ganaba la vida instruyendo a discípulos, viajó frecuentemente por el país, y escribió acerca de su amor a la naturaleza y de su búsqueda del significado de la vida. Sus poemas están velados por la característica melancolía budista a causa de la condición efímera y mudable de la naturaleza y del hombre. Su obra, *El estrecho camino de Oku (Oku no hosomichi),* un relato profundamente poético de su viaje por el Japón septentrional, contiene algunos de sus más bellos escritos. Los seguidores de Bashō perpetuaron su estilo y lo desarrollaron de un modo más sistemático. Entre ellos figuran Yosa Buson (1716-1784) y Kobayashi Issa (1763-1828), que han escrito algunos de los *haiku* más perfectos.

El estudio de las «comunidades haiku» de las grandes ciudades facilita el mejor ejemplo que puede encontrarse del modo en que la vida comenzaba a cambiar en el Japón, para la gran mayoría de los residentes en las ciudades. Allí, en el ambiente urbano, que abarcaba, por una parte, desde la vida del servicio administrativo de los daimyō hasta los barrios alegres de los comerciantes, por otra, estaba desarrollándose una nueva fusión de valores e intereses que correspondían a ambos sectores. La nueva forma laica y racionalista de enfocar la vida,

que caracterizó la actitud de los samurai y de los *chōnin,* estaba comenzando a convertirse en algo totalmente nuevo, a lo que incluso podría llamarse moderno. La cultura urbana Tokugawa se había hecho mucho menos religiosa y mucho menos socialmente estratificada que cualquier otra que la hubiera precedido en el Japón.

11. La época Tempō (1830-1844) y la creciente crisis interna

En 1830, el Japón se había transformado en un país muy diferente del que era en 1600. Durante los años de la «gran paz» Tokugawa, el país había aumentado notablemente en población y en riqueza; los valores en que se basaba la vida de sus clases dirigentes habían sido reelaborados por los maestros confucianos, y en los hormigueantes ambientes urbanos de Edo y de Osaka, tanto dentro como fuera de los límites de los castillos de los daimyō, los japoneses encontraban ahora el ocio necesario para instruirse, para dedicarse a los estudios científicos y para divertirse ampliamente. Pero la paz había traído también sus problemas, en forma de administraciones superpobladas y excesivamente rígidas, y de desajustes económicos que originaban sufrimientos a muchos sectores del país. ¿Cómo valorar, entonces, las circunstancias generales de la nación? ¿Padecía el Japón, como algunos historiadores asegurarían, a causa del excesivamente largo aislamiento del mundo exterior? ¿Era un país tecnológicamente atrasado, económicamente subdesarrollado, e irremediablemente condenado a un sistema político anacrónico? ¿Qué habría ocurrido si la expedición Perry no hubiese abierto de par en par las puertas del Japón, en 1854, forzando así al país a una no deseada rivalidad con Occidente? ¿Podría el Japón haber seguido aislado, o revitalizar incluso sus instituciones políticas? ¿O estaba condenado a hundirse lentamente en el estancamiento o en la guerra civil?

Preguntas de esta clase no pueden tener, naturalmente, ninguna respuesta definitiva, y, en todo caso, es imposible imaginar al Japón, después de 1800, avanzando solamente gracias a su propio impulso, sin tener en cuenta, en absoluto, el mundo exterior. A comienzos del siglo, y, desde luego, en 1830, el país tenía clara conciencia de una nueva amenaza exterior que procedía de Occidente. Pero es verdad también que el Japón, en 1830, no estaba satisfecho ni dormido, y que el problema exterior no fue el único motivo de la alarma japonesa. La época Tempō (1830-1844) ha dado su nombre a un período fundamental, dentro de los últimos años del régimen Tokugawa, cuando un sentimiento general de crisis se apoderó de la nación e impuso a sus jefes la necesidad de reformas. Las causas de la alarma eran, en principio, más internas que externas.

En 1830 pocos japoneses podían escapar al doloroso sentimiento de una «consunción dinástica» que hubiera hecho presa en las instituciones del shogunato y de los daimyō. Tal vez era el samurai el que más motivos tenía para sentirse inquieto ante el futuro, porque, en cuanto clase, se enfrentaba con las condiciones económicas más desalentadoras. Las medidas financieras del *bakufu*, especialmente la devaluación de la moneda, habían continuado socavando la posición económica de los que tenían estipendios fijos en arroz. Entre 1819 y 1837 se habían producido 19 devaluaciones. Las sumas eran grandes, dejando un beneficio suficiente para cubrir de un tercio a la mitad de los gastos anuales del *bakufu*, y las presiones inflacionarias eran fuertes. Las subidas de precios venían a sumarse a los ya graves problemas de subsistencia de los samurai, pues la mayor parte de ellos, en aquella época, tenían salarios bajos, tras haberse visto obligados a aceptar reducciones «voluntarias» en sus estipendios para ayudar a las finanzas del dominio. Que muchos samurai se encontraban en terribles estrecheces económicas se demuestra por el número de casos en que los seguidores shogunales tomaron como esposas a mujeres de ricas dotes, pertenecientes a familias de comerciantes, o incluso vendieron sus derechos de primogenitura. En muchos *han*, los samurai de categorías inferiores iban a trabajar para los comerciantes en la producción artesanal, con un convenio de pago a destajo, fabricando linternas, sombrillas, abanicos, cepillos, etc. En los años 1830, los samurai sufrían el agobio de unas ganancias excesivamente bajas y de un trabajo excesivamente escaso. Sencillamente, eran demasiado numerosos para hacer lo que se esperaba de ellos como clase. Pero estaban obligados a vivir bajo una severa disciplina, atentos a su condición social, que les impedía cambiar de ocupaciones. La economía de la clase samurai Tokugawa estaba, simplemente, resultando inadecuada.

Pero los samurai no estaban, individualmente, peor que las instituciones públicas financieras bajo las cuales vivían. Los dominios de los daimyō habían comenzado a endeudarse, a principios del siglo XVIII. Obligados a mantener un nivel oficial de gastos que incluía la constante pérdida originada por el viaje *sankinkōtai*, abrumados por burocracias superpobladas y por ejércitos innecesarios, llamados periódicamente a reconstruir sus capitales y sus residencias de Edo, destruidas por el fuego o por las inundaciones, y acosados por los gastos rutinarios en constante aumento, la mayor parte de los dominios de los daimyō se hundieron en una maraña de deudas contraídas con las casas financieras comerciales, sin perspectiva alguna de invertir aquella tendencia económica. Veamos solamente dos

ejemplos: el dominio de Owari, con una producción anual de arroz de unos 250.000 *koku* se vio obligado, en 1801, a tomar un préstamo de 127.000 *ryō*. (Si suponemos una equivalencia aproximada entre el *koku* de arroz y el *ryō* de oro, veremos que la deuda superaba a la mitad de la producción anual del dominio). Entre 1849 y 1853, Owari tomó a préstamo 1,8 millones de *koku,* asegurados con hipotecas sobre los impuestos anuales de arroz del dominio. El dominio Satsuma se encontraba en circunstancias aún más graves. Un dominio calculado en 770.000 *koku,* tenía una deuda de 1,3 millones de *ryō,* en 1807, y, en 1830, la deuda había subido a cerca de 5 millones de *ryō*. La suma total era equivalente a veinte años de impuestos del dominio. Estas circunstancias eran endémicas, y se calcula que, en 1840, los comerciantes de Osaka eran acreedores de los daimyō por un total de deudas que sumaban los 60 millones de *ryō* de oro; sólo el interés anual, si se pagase en plazos regulares, habría absorbido, teóricamente, una cuarta parte de la renta normal fiscal del país.

La mayor parte de los *han,* en cierto modo, habían aprendido a salir del paso con las finanzas abrumadas de deudas, valiéndose de un cierto número de recursos, como la emisión de papel-moneda, o comprometiéndose en diversos proyectos monopolísticos en colaboración con los comerciantes. En realidad, es posible que la dicotomía deudor-acreedor no fuese tan radical ni peligrosa como entonces se creía, porque las finanzas de los *han,* así como sus operaciones fiscales, habían llegado a depender de los agentes financieros hasta tal punto, que muchos de los recursos empleados por el dominio podrían aparecer a los ojos modernos como una forma de financiación de un déficit. Pero en modo alguno podía interpretarse así, en aquella época. Por eso en los años 1830 la mayor parte de los *han* se hallaban, como el *bakufu,* en un estado de desfallecimiento, intentando varias medidas, pero confiando muy poco en la posibilidad de liberarse de las deudas. No se les había presentado ninguna clara alternativa a la política tradicional de restricción y de frugalidad, a no ser la de hundirse cada vez más en sus compromisos con los comerciantes.

En los tensos años de 1830 los que mejor estaban económicamente eran, desde luego, los comerciantes afortunados y los empresarios de las aldeas. Pero en contraposición a los pocos ricos de las capas altas de las comunidades urbanas y campesinas, existían las grandes masas de pobres campesinos y urbanos que vivían al borde de la miseria. Atrapados dentro de un orden económico altamente sistematizado, entre las presiones de la inflación y la expansión de la economía monetaria, se encontraban con que cada vez era mayor la cantidad de artículos de primera necesidad que tenían que comprar con sus insuficientes salarios. En una economía fundamentalmente agraria, las circunstancias naturales de una epidemia o de una mala cosecha tenían consecuencias inmediatas. Y las malas cosechas fueron numerosas entre 1824 y 1832. Una fuerte carestía azotó al Japón septentrional en 1833, y, en 1836, hubo otra de alcance nacional. A mediados de los años 1830 el país era un hervidero de campesinos desplazados, y las ciudades estaban abarrotadas de gentes que acudían desde el campo, en busca de un trabajo servil. Los gobiernos *bakufu* y *han* abrieron puestos de socorro. Pero los pobres eran presa de la desesperación. Se hicieron frecuentes los estallidos de violencia y los asaltos a los almacenes de arroz. El intento de insurrección de Oshio Heihachirō en Osaka, en 1837, demuestra claramente la gravedad de la apurada situación de las masas. Oshio había incitado a los campesinos de las cuatro provincias que circundaban Osaka para que se levantasen y dieran muerte «a los funcionarios sin corazón y a los comerciantes que vivían en el lujo, los cuales obtenían beneficios mientras los pobres estaban a punto de morir de hambre». Sus ingenuos planes de apoderarse del castillo de Osaka y de adueñarse así de la metrópoli comercial del Japón fueron desbaratados en un día. Pero su revuelta causó una profunda impresión en el país, tanto sobre el *bakufu,* cuya autoridad había sido desafiada, como sobre el campesinado.

El estado general de inquietud rural se hallaba asociado a otro fenómeno de masas del campo, que preludiaba el final del régimen. A partir de 1814 surgieron, en el curso de varias décadas, diversos movimientos religiosos mesiánicos y populares, todos de origen campesino. Considerados hoy en conjunto, bajo la categoría de «Shinto sectario», la mayoría de estos movimientos daba especial importancia a la curación por la fe y a la felicidad material. Kurozumi Munetada (1780-1850), un sacerdote shintoísta del dominio Bizen, pretendía haber tenido visiones místicas como resultado de una grave enfermedad. Su secta Kurozumi, fundada en 1814, insistía sobre la fe en el poder de Amaterasu. El movimiento Tenri fue fundado en 1838 por Nakayama Miki (1798-1887), la mujer de un agricultor de la provincia de Yamato, que pretendía también la facultad de hacer curaciones mediante la fe. La secta Konkō fue fundada en 1859 por Kawade Bunjirō (1814-1883), un agricultor del Japón Central. Estos tres movimientos alcanzaron un gran número de seguidores entre las masas campesinas, y se dirigían a ellas prometiéndoles una vida ideal y protección contra las enfermedades.

Pero a pesar de toda la evidencia de miseria económica y de descontento, sorprende la ausencia de una protesta más abierta o más eficaz. Sin duda alguna, la época dio origen a claras pruebas de lo que podría llamarse una «deserción de los intelectuales». En casi todos los campos pueden encontrarse ejemplos de críticos y de gentes que no ocultaban su alarma, «Precursores del Movimiento de Restauración», como les ha llamado sir George Sansom. Andō Shōeki preconizaba la abolición de la clase samurai y un completo retorno a una estructura agraria de la sociedad. Honda Toshiaki exhortaba al Japón a lanzarse por la ruta del imperio, estableciendo su nueva capital mundial en Kamchatka. Takashi Shūhan (1798-1866) dedicó su vida entera a convencer al *bakufu* de la necesidad de modernizar sus defensas militares. Sakuma Shōzan (1811-1864) y Takano Chōei (1804-1850) apremiaban al *bakufu* en favor de armamentos de estilo occidental. Los filósofos del dominio Mito exigían una mayor atención a las necesidades del país, en nombre del emperador. Pero es significativo que estas voces de alarma procedían, sobre todo, de individuos aislados. Ninguno alcanzó seguidores dedicados a la acción revolucionaria, ni creó una organización política duradera. Lo mismo puede decirse también de los estallidos de violencia multitudinaria en las ciudades y en las aldeas. El descontento era profundo, pero no alimentó teorías políticas o sociales que exigiesen una acción contra el régimen. La revolución no estaba en el ambiente, ni puede encontrarse más que una vaguísima expresión de subversión frente al orden establecido. Por el contrario, la época Tempō fue testigo de un ciclo distinto, de diligentes reformas, llevadas a cabo por el *bakufu*, y por muchos de los *han*, dentro de los límites del sistema político existente.

Las reformas de la época Tempō trataron nuevamente de utilizar las armas tradicionales contra bien conocidos problemas, para los que hasta entonces no se había encontrado remedio. Si algo nuevo había en los intentos de reforma, era la condición desesperada y la creciente resolución, por parte de los funcionarios samurai, de fortalecer su autoridad para superar las dificultades con que se enfrentaban. Algunos historiadores han creído ver en este período como la iniciación de una tendencia hacia el absolutismo político que se produjo en los primeros años del período moderno. Pretenden descubrir, por ejemplo, una nueva fusión de intereses entre los samurai de las capas inferiores y los productores locales, que dio origen a una fase de compromiso entre feudalismo y capitalismo industrial. Pero, en este punto, las analogías con la historia europea son especialmente peligrosas.

Mizuno Tadakuni (1793-1851), el dirigente de la reforma Tempō del *bakufu*, tenía, indudablemente, una política más extremada que los dos reformadores que le habían precedido, y su fracaso fue aún más lamentable. Tras su intento de reforma, era también muy patente el sentimiento de crisis. Tadakuni, que había llegado a ser *rōjū* en 1834, era un hombre de notable experiencia administrativa, pues había prestado servicios como Defensor del castillo de Osaka y como Gobernador General de Kyōto. Estaba también en contacto con Tokugawa Nariaki (1800-1860), jefe del dominio de Mito, que estaba cada vez más alarmado a causa de la desorientada política del *bakufu*. Nariaki había presentado al Shōgun un memorial acerca de la necesidad de reformas, en 1838, a continuación de la insurrección de Oshio. Sus palabras hacían fuerte hincapié sobre los temas tradicionales: retorno al espíritu guerrero del pasado, restricción del comercio con el exterior y de los contactos con los extranjeros, supresión de los estudios holandeses, y eliminación del «lujo» en el gobierno y en las vidas privadas de los samurai. Había muchos que simpatizaban con Nariaki, pero mientras el viejo Shōgun Ienari viviese, no podía pensarse en ningún cambio político. En 1840 Nariaki, informado de la Guerra del Opio en China se decidió a la acción en su propio dominio. Inició un vigoroso programa de «fortalecimiento espiritual» entre sus adeptos, unido a una revisión catastral de todo el dominio para dar mayor eficacia al sistema de recaudación de impuestos agrícolas. Sus esfuerzos tuvieron efectos económicos de escasa duración, pero el dominio experimentó una conmoción de alta intensidad emocional.

Cuando, en 1841, Ienari murió, Mizuno fue hecho presidente de los *rōjū* y exhortado a actuar con firmeza. Comenzó con una drástica depuración interna, en la que fueron destituidos de sus cargos en el *bakufu* unos 1.000 funcionarios asalariados y personal de servicios. Promulgó la acostumbrada serie de leyes suntuarias y se esforzó por «corregir las clases». Su censura sobre la literatura obscena alcanzó a Tamenaga Shunsui (1790-1843), un escritor popular de historias cómicas, que murió en prisión tras haberle sido cortadas las manos. La política agrícola de Mizuno exigía los habituales esfuerzos de mejoras y el retorno de los campesinos a sus tierras. Esta vez el *bakufu* intentó el retorno obligatorio de los campesinos encontrados en las ciudades sin la necesaria documentación del traslado de residencia. La actitud de Mizuno respecto a las finanzas del *bakufu* no era diferente de la de sus predecesores. La acuñación de 1,7 millones de *ryō* en 1841-1842 fue seguida, en 1843, por una exigencia de unos 2 millones de *ryō* en préstamos

forzosos, recaudados de una relación de 700 comerciantes de Edo, Osaka y Kyōto, así como de otras ciudades. La empresa más extraordinariamente anacrónica de Mizuno fue una costosa marcha a Nikkō, como medio —según él esperaba— de elevar la moral y el prestigio del *bakufu*.

También insólita y discutida fue la inesperada abolición, por parte de Mizuno, de todos los monopolios *(kabu-nakama)* autorizados por el *bakufu* y de las organizaciones de ventas al por mayor *(tonya)* Sus razones parecen haber sido bastante sinceras, pues él confiaba en que, de aquel modo, bajarían los precios que, a su parecer, eran mantenidos artificialmente altos, y su decreto de abolición fue seguido por otros que ordenaban el 20 por 100 de reducción en los precios, en los salarios y en los arrendamientos. Pero a este acto siguió un desbarajuste total. La circulación de mercancías se hundió en la confusión, y, como consecuencia de ello, los precios subieron todavía más. La última y más sorprendente operación de Mizuno fue el intento de crear una sólida base geográfica para la economía del *bakufu*, trasladando físicamente a los «hombres de las banderas» y a los daimyō, fuera de los inmediatos alrededores de Edo y de Osaka. Su plan, que nunca fue realizado, se proponía limpiar una zona de 65 kilómetros cuadrados alrededor de Edo, y de unos 30 alrededor de Osaka.

Las reformas Tempō del *bakufu* fracasaron miserablemente y produjeron un difuso resentimiento. Tokugawa Nariaki se opuso enérgicamente a la marcha a Nikkō. El señor de Kii se opuso al traslado de territorio. La abolición de las asociaciones comerciales sembró tal confusión en el mundo mercantil, que fueron restablecidas en 1848. Es decir, que, en resumen, las reformas no sirvieron más que para poner de manifiesto la ineptitud del *bakufu* y para abrir peligrosas brechas de conflictos internos dentro del campo Tokugawa. Las principales casas colaterales estaban ahora comenzando a preocuparse por la forma en que los *rōjū* administraban el *bakufu*. Y entre el *bakufu* y el país en general iba acumulándose también el recelo.

El *bakufu* no era el único en intentar la solución de la crisis de la época Tempō. El espíritu de reforma se había apoderado también de la mayor parte de los grandes *han*. Algunos habían iniciado sus esfuerzos con anterioridad. El dominio Yonezawa, por ejemplo, se había recobrado de una situación de bancarrota, mediante la aplicación de muy drásticas medidas de reducción en los gastos y de ayuda al sector agrícola. La reforma en Mito, basada también en las restricciones, había tenido, sin embargo, menos éxito. Las dos reformas más conocidas, y, en fin, las más importantes, fueron las de Chōshū y Satsuma.

Chōshū, abrumado por una deuda de unos 1,6 millones de *ryō*, había sido sacudido por una violenta insurrección campesina en la que habían participado alrededor de 2.000 personas (otros cálculos hablan de 60.000), en 1831, a causa de diversos motivos de descontento, entre ellos los elevados impuestos, los monopolios de productos y la mala administración. En 1837, bajo el mando de Murata Seifū (1783-1855), el *han* fue sometido a un severo programa de restricciones, y, tras un completo y nuevo amillaramiento de la tierra, se adoptó un procedimiento fiscal más equitativo que apaciguó a los inquietos campesinos. Los monopolios *han* improductivos se convirtieron en empresas comerciales protegidas. Una reorganización financiera había establecido ya un fondo rotatorio para el reembolso de las deudas privadas (principalmente, de los samurai), y la deuda más importante del *han* se convirtió en un pago a largo plazo. Mientras tanto, los navíos que prestaban servicios y los artículos en tránsito a través de los Estrechos de Shimonoseki producían importantes beneficios que podían dedicarse al mejoramiento de la organización militar de Chōshū y a la compra de armamento occidental. Satsuma inició su reforma en 1840, bajo la dirección de Zusho Hirosato (1776-1848), un samurai con capacidad administrativa que ascendió hasta convertirse en *karō*, al servicio de los Shimazu. Zusho empezó por convertir la asombrosa deuda del *han* en un préstamo a doscientos cincuenta años, sin intereses, y luego procedió a reforzar los beneficios comerciales del *han*, por medio del comercio con el Ryūkyū y de la producción de azúcar de la región. Un monopolio del azúcar obligaba a los agricultores a plantar determinadas cantidades de caña de azúcar, que eran acaparadas por las autoridades del *han*, a precios fijos y bajos. La caña era luego elaborada y vendida en Osaka por medio de una organización monopolística, con enormes beneficios.

Satsuma y Chōshū tuvieron un relativo éxito en sus reformas, y, en este sentido, representaron dos formas diferentes, pero semejantes en lo fundamental, de enfocar la crisis Tempō en el Japón. Chōshū tendía a operar sobre la base agraria, reforzándola y mejorando la administración general de las finanzas *han*. Satsuma utilizaba el sistema monopolístico del *han*. Ambas técnicas requerían una mano fuerte en el timón. Las dos necesitaban de la enérgica consolidación de la autoridad política sobre las fuentes comerciales del capital, y las dos concedían especial importancia al lema mercantilista: «enriquece el territorio y fortalece al ejército» *(fukoku-kyōhei)*. Así, a mediados de los años 1840, el ambiente de crisis del país era claramente perceptible. El fracaso de la reforma del *bakufu*

había causado resentimiento y frustración. Con la sombra de las potencias occidentales cayendo ahora sobre el Japón, se respiraba la urgencia de adoptar una fuerte acción autoritaria. Y mientras tanto, estaban intentándose nuevas políticas administrativas y económicas.

Sin embargo, una valoración definitiva de las circunstancias del Japón en 1844, el último año del Tempō, no puede ceñirse enteramente al sentimiento de crisis y a la frustración del fracaso. Lo que resta de esencial en nuestra apreciación debe ser que el Japón era un país en movimiento, que no estaba enfermo ni dormido. Los problemas internos eran reconocidos como lo que eran, y la amenaza de Occidente no se minimizaba. Es importante que surgiese una voluntad de reformas y el deseo de resistir a Occidente. Y si bien los esfuerzos eran frecuentemente mal dirigidos, la diversidad de soluciones que el sistema *baku-han* intentaba debía producir resultados positivos, aunque sólo fuese por casualidad. En lo que se refiere a 1844, la descentralización fue uno de los grandes aciertos nacionales del Japón, porque, en todas las partes del país, los daimyō y sus administradores samurai tuvieron conciencia de sus necesidades políticas y económicas, no sólo como elementos locales de una burocracia centralizada, sino también en el plano de su propio bienestar y de su seguridad territorial. Cuando la crisis empeoró, a partir de 1853, muchos miembros de la clase samurai intervinieron en las luchas políticas.

12. La agudización de la crisis frente al exterior

Desde las frustraciones internas de la época Tempo, el Japón se hundió en las inseguridades de la crisis frente al exterior. Diez años después del fracaso de la reforma shogunal de Mizuno, el Japón se encontraba en el umbral de lo que iba a ser el capítulo más traumático de toda su historia, cuando transcurrido escasamente un siglo, casi todos los aspectos de su vida —gobierno, economía, estructura social y formas de vivir— iban a ser radicalmente transformadas, bajo la influencia occidental. La confrontación del Japón con Occidente, al igual que el antiguo encuentro con la civilización china, impondría a su historia un giro decisivo. Pero la corriente afirmación de que el Japón fue, sencillamente, arrollado por la influencia extranjera no es más cierta respecto al siglo XIX que respecto al VII. El Japón no fue sólo el simple objeto pasivo de la «occidentalización», a partir de 1853. Porque en el proceso de absorción de la influencia occidental, el Japón iba también a adquirir los atributos más universales de modernismo, como estado y como sociedad.

Nuestro estudio de la transformación del Japón desde 1853 se verá, pues, favorecido, si hacemos la conveniente distinción entre dos procesos: occidentalización y modernización. Decir que el Japón fue occidentalizado a partir de 1853 supone una pasividad cultural demasiado grande por parte de los japoneses, un deseo de abandonar literalmente su cultura tradicional, por algo nuevo llegado de Occidente. Decir que el Japón «se hizo moderno» a partir de 1853 equivale a subrayar un proceso más universal, en el que los propios japoneses intervinieron como participantes activos y creadores. Porque, sin duda alguna, los últimos cien años de historia japonesa revelaron algo más que un ciego esfuerzo, por parte de los japoneses, de imitar los sistemas de la Europa occidental y de la América del Norte. En el Japón del siglo XX una tradición cultural establecida desde hacía mucho tiempo y unas profundas corrientes de cambio se mezclaron con las influencias procedentes del Oeste para producir una sociedad moderna que, de todos modos, conservaba su propia identidad.

Históricamente, desde luego, fue en Occidente donde las sociedades experimentaron por primera vez los muchos e interrela-

cionados cambios que crearon las condiciones modernas, y es difícil, ciertamente, imaginar que el Japón hubiera iniciado las reformas revolucionarias de los años 1860 y 1870, de no haber sido por el «impacto occidental». Es posible que el Japón, en los años de la crisis Tempō, hubiera estado buscando a tientas algunas de las condiciones sobre las que había de construirse la sociedad moderna, pero carecía del impulso necesario para romper las restricciones del sistema Tokugawa. Este impulso vino por primera vez de Occidente.

La situación moderna, que históricamente es el resultado de la evolución de la sociedad occidental, surgió de los cambios que se produjeron en Europa durante el siglo XVIII. Las nuevas sociedades europeas fueron, ante todo, el producto de las guerras de consolidación del siglo XVIII, que forjaron un nuevo tipo de estado nacional; fueron el producto de unas revoluciones sociales que llevaron al individuo a una más estrecha participación en la vida nacional, sobre la base de unas ideas de representación política, de educación para todos y de servicio militar general; fueron el producto de unas revoluciones espirituales que siguieron las huellas de la Reforma Protestante y del desarrollo del pensamiento racionalista y científico; y, por último, fueron el producto de una revolución económica caracterizada por el desarrollo de la ciencia y de la industria. En el momento del estallido de la Revolución Francesa, en 1789, los pueblos de Europa estaban al borde de una explosión que recorrería el globo en una nueva oleada de expansión y de colonización. A partir de 1800, primero los comerciantes, luego los diplomáticos y los soldados, después los misioneros, los educadores y los profesores, se esparcieron por el mundo, en número tan elevado y con tal tenacidad y superioridad de fuerzas, que dejaron su impronta en el mundo entero. Este fue el moderno «impacto occidental» que tan dramáticamente alcanzaría al Japón, en 1853.

Podemos suponer que ningún pueblo, ni siquiera los pioneros entre los modernizadores, fuese capaz de sufrir los profundos cambios implícitos en la modernización, sin las más perturbadoras consecuencias internas. Para los pueblos no europeos, como el japonés y el chino, la experiencia resultó aún más traumática, porque les era impuesta, en mayor o menor grado, por la influencia de una cultura extraña, radicalmente distinta. Como para ellos la modernización comenzó literalmente con la occidentalización, se agregó un elemento de choque cultural que hizo doblemente difícil y complejo el proceso de revolución de las instituciones. Todas las sociedades de Asia que se modernizaron posteriormente tuvieron que enfrentarse con una

serie de problemas notablemente similares, cuando experimentaron el impacto occidental. La «apertura» de China y del Japón supuso la violenta intromisión de la esencia occidental en estos países, toda vez que cada uno de ellos se vio obligado a abrir puertos comerciales a la actividad mercantil de Occidente, a abrir sus zonas interiores a los viajeros y misioneros de Occidente, y, por último, a reelaborar sus leyes y constituciones a imitación de las costumbres occidentales. Las opuestas reacciones del Japón y de China frente a aquellas intromisiones son especialmente interesantes, toda vez que el Japón se había adherido, durante largo tiempo, a muchas de las premisas fundamentales del modo de vida chino.

En el siglo XIX, China y Japón se enfrentaron, por primera vez, con lo que podría llamarse sus crisis de identidad. En otras palabras, ambos países se vieron obligados, en cierto modo, a conquistar una voluntad de supervivencia frente a la presión occidental y a rehacerse como entidades nacionales definibles. Además, cada nación tenía que defender su identidad, si quería mantener su seguridad en un ámbito hostil. Aquellas iniciales crisis de identidad y de seguridad no fueron fácilmente abordables, y sólo cuando nuevos y enérgicos dirigentes pasaron a primer plano y tomaron el mando de nuevos gobiernos, que tuvieron la virtud de unir los recursos humanos y materiales, antes diseminados, surgieron las nuevas naciones dotadas de la necesaria capacidad para competir en el mundo moderno. Pero la nueva dirección no apareció hasta que la vieja estructura política se derrumbó y hasta que se debilitaron los intereses creados que habían predominado durante tanto tiempo. Así pues, tanto en China como en el Japón, la modernización se hallaba estrechamente unida a la revolución política contra el viejo régimen.

Sin embargo, apenas habían logrado consolidarse, cuando las nuevas naciones se enfrentaron con nuevos problemas del desarrollo moderno. El cambio tecnológico y el crecimiento industrial eran esenciales para sobrevivir económicamente. Fue necesaria una constante evolución del sistema político para que los nuevos ciudadanos respaldasen al estado y su política. Cambios, al principio, rápidos y principalmente inspirados en los occidentales, y, luego, de ritmo más lento y determinados cada vez más por las condiciones nacionales propias, fueron necesarios para incorporar a aquellos pueblos al mundo moderno. En otras palabras, la occidentalización fue una fase de la modernización.

La velocidad con que el Japón resolvió estos problemas de modernización ha asombrado al mundo. Como resultado de

muchos y especiales factores —la situación y las dimensiones del Japón, el peculiar momento de la llegada de Perry, y, sobre todo, las particulares circunstancias en que se producía la intromisión occidental—, la reacción del Japón ante el impacto de Occidente fue, desde el principio, rápida y precavida. Las crisis iniciales de modernización se resolvieron, pues, con un mínimo de vacilaciones o de falta de decisión. Entre 1853 y 1877 el Japón superó su doble crisis de identidad y de seguridad interna. Entre 1868 y 1890 la adopción de reformas sociales, económicas y educativas de largo alcance permitió al Japón enfrentarse con las crisis del desarrollo económico y de la participación popular. En 1890 el Japón se hallaba en condiciones de lanzar su programa de industrialización pesada, y, al mismo tiempo, de comenzar a afirmar su independencia en los asuntos internacionales. Entre 1894 y 1905, tras haber derrotado en guerra a China y a Rusia, y de haber concluido un tratado de alianza con la Gran Bretaña, el Japón se había incorporado a las potencias occidentales, sobre un pie de igualdad con ellas.

Pero la historia de la modernización del Japón no terminó en aquel punto. Y es precisamente en ese momento en el que los historiadores se han preguntado si el modo práctico en que los japoneses se afirmaron como potencia moderna no ocultaba un cierto número de problemas irresueltos que habrían de impedir el ulterior desarrollo nacional del Japón. ¿Habían impedido los dirigentes del Japón una revolución social que, inevitablemente, se haría sentir en fecha posterior? Volviendo la vista atrás puede decirse que la característica más notable de la reacción del Japón ante el impacto occidental había sido su éxito al mantener la cohesión nacional en el momento crítico de la transición del orden político tradicional al moderno, en el momento en que tantos otros países habían caído en la guerra civil. La «revolución» política japonesa casi no había sido una revolución, en absoluto, pues se había mantenido limitada al interior del antiguo grupo que ejercía el poder, la clase samurai, y se basaba en la sólida permanencia de los símbolos de lealtad y de los valores políticos. El Japón había llevado a cabo lo que, esencialmente, era una reacción política controlada, y, como algunos han señalado, realizó la experiencia de su modernización «desde la cumbre». La reacción esencialmente conservadora y estatal de los años 1850 a los 1890, ¿dio origen después a las tensiones sociales de los años 1930 y 1940? El impulso hacia el militarismo y el totalitarismo durante el siglo xx, ¿era inevitable, como consecuencia de las orientaciones políticas de los años 1870 y 1880? En este punto no

podemos aventurar una respuesta. Sin embargo, una cosa es cierta: la segunda confrontación del Japón con Occidente, en los años siguientes a su derrota en 1945, se convirtió en el preludio de una segunda época de reformas fundamentales que aceleraron intensamente las ulteriores fases de la modernización del Japón.

Las mismas décadas que habían despertado el Japón a un sentimiento de crisis interna le habían revelado también la existencia de una nueva amenaza extranjera. La inicial política aislacionista de los Tokugawa había estado dirigida contra las antiguas potencias coloniales y se había mantenido, con pequeñas dificultades, durante más de un siglo. Pero a finales del XVIII, los japoneses tuvieron que darse cuenta de que el mundo que les rodeaba había cambiado; un nuevo grupo de potencias europeas había comenzado a adentrarse en aguas japonesas, con el propósito de derribar el muro de aislamiento del Japón. Aunque no se había visto obligado, hasta 1853, a enfrentarse directamente con la nueva crisis extranjera, había existido una creciente inquietud en el país durante más de medio siglo antes de la llegada de Perry, porque el ritmo de las intrusiones extranjeras en aguas japonesas había aumentado y la frecuencia de incidentes en que se hallaban implicadas potencias extranjeras había llegado a ser alarmante.

La primera de las nuevas potencias occidentales que provocó la alarma japonesa fue Rusia. Tras haber cruzado Siberia y llegado al Pacífico en 1638, los rusos habían colonizado el valle del Amur y habían iniciado un lucrativo comercio de pieles con China. El señuelo de las pieles empujaba a sus exploradores a lo largo de la costa septentrional del Pacífico y a descender por la cadena de islas de las Kuriles. El deseo de comerciar con el Japón llegó a ser apremiante en el siglo XVIII, especialmente porque los rusos andaban en busca de nuevos productos alimenticios. Al fin, japoneses y rusos se encontraron frente a frente en la isla septentrional de Ezo (Hokkaidō). Para los japoneses del período Tokugawa, Ezo era una frontera poco explorada. Permanentemente habitada por los japoneses sólo en su porción meridional, cuando el daimyō de Matsumae obtuvo una especial situación de frontera, siendo eximido del servicio *sankinkōtai*. Pero en el siglo XVIII Ezo había adquirido importancia para el shogunato como fuente de productos del mar, que constituían uno de los más importantes renglones del comercio exterior de Nagasaki. Por eso los comerciantes de Osaka que estaban autorizados a hacer expediciones a Nagasaki, con destino a la exportación, mantenían un comercio contractual de algas y orejas de mar secas.

Las noticias de la penetración rusa en las Kuriles se filtraron por varios conductos hasta llegar a oídos del shogunato y de unos pocos estudiosos, atentos al mundo exterior. La primera reacción, cuando no de indiferencia, fue de alarmismo, desembocando en fantásticos informes y recomendaciones. Kudō Heisuke (1734-1800), del *han* Sendai, presentó una petición al *bakufu* para que colonizase Ezo y desarrollase su «fabulosa riqueza mineral». Hayashi Shihei (1738-1793) escribió, alarmado, que el Japón debía prepararse para un ataque ruso desde el Norte. Honda Toshiaki (1744-1821) sugirió que el Japón trasladase su capital a Kamchatka como base para una dominación mundial.

El hecho que planteó el problema ruso abiertamente ocurrió en 1792. Un lugarteniente llamado Laxman, que actuaba como enviado de Catalina II, en un esfuerzo por iniciar relaciones comerciales con el Japón, penetró en el puerto de Nemuro. Fue recibido por las autoridades locales del *han* Matsumae. El daimyō de Matsumae se puso en comunicación con Edo, y, a su debido tiempo, llegó una respuesta negativa en relación con la pretensión de Laxman, sobre la base de que los contactos con el exterior se realizaban sólo a través de Nagasaki. Pero se le concedía una autorización para que pudiese entrar en Nagasaki un barco ruso. En este episodio tenemos el primer ejemplo de la suspicacia con que las autoridades japonesas encaraban sus relaciones con el exterior. A continuación de la visita de Laxman, el shogunato actuó rápidamente para remediar el abandono en que tenía su frontera septentrional. En 1798 el shogunato comenzó un mapa oficial de Ezo e inició un esfuerzo para colonizar la isla septentrional. En 1802 el *bakufu* había tomado posesión del *han* Matsumae, y se estableció en Hakodate un Comisario para Ezo *(Ezo bugyō)*, con la responsabilidad de la colonización y de la defensa.

El interés ruso por el Japón continuó en aumento, sobre todo cuando, a partir de 1799, la compañía ruso-americana recibió una carta de constitución. En 1804 el director de la nueva compañía, N. P. Rezanov (1776-1807), entró en el puerto de Nagasaki con la autorización otorgada a Laxman. Pero los japoneses se negaron decididamente a hacer concesiones comerciales, y, tras una espera de seis meses, Rezanov se marchó disgustado. En los años inmediatamente posteriores sus oficiales llevaron a cabo un cierto número de incursiones de represalia contra las vanguardias japonesas en Ezo y en Sajalin, cuyo resultado fue el de alarmar todavía más a los japoneses. En 1811 un puesto de defensa japonés capturó al oficial de marina ruso, V. M. Golovnin, en las Kuriles meridionales, y le mantuvo prisionero en Hakodate. Allí, él y sus compañeros fueron bien tratados, pero trató de sonsacárseles información acerca de todos los temas imaginables. Mientras tanto, los rusos habían capturado al comerciante del monopolio *bakufu* Takadaya Kahei (1769-1827), con lo que pudieron negociar el retorno de Golovnin en 1813. Pero este fue el último incidente importante ocurrido entre los japoneses y los rusos durante varias décadas. Rusia había sido invadida por Napoleón, y la presencia rusa en el Extremo Oriente iba a ser casi insignificante hasta después de la Guerra de Crimea.

Los ingleses, mientras tanto, habían comenzado a explorar las aguas costeras japonesas. Durante el siglo XVIII, tras haber dirigido su atención al Asia Oriental, los ingleses expulsaron rápidamente del comercio de Cantón a franceses y holandeses. Durante las guerras napoleónicas los ingleses ocuparon Java, por poco tiempo, e impidieron a los holandeses enviar sus barcos mercantes a Nagasaki. En 1908 la fragata inglesa «Phaeton» entró en Nagasaki con bandera holandesa en busca de barcos holandeses, y, aunque se retiró sin llevar a cabo su amenaza de bombardeo del puerto, el magistrado de Nagasaki, Matsudaira Yasufusa, se suicidó, asumiendo así la responsabilidad por haber permitido una violación de la política aislacionista del Japón. En los años 1820 los balleneros británicos habían entrado, en gran número, en el Pacífico septentrional, y sus esfuerzos por conseguir abastecimientos de los japoneses dieron origen a una serie de incidentes. Un barco inglés entró en la bahía de Uraga, en 1819, y otro fondeó en una isla, cerca de la costa de Satsuma, en 1824, provocando un encuentro armado con sus habitantes. En consecuencia, el shogunato dio la orden, en 1825, de que todas las autoridades locales japonesas «rechazasen los barcos extranjeros, sin la menor vacilación» *(muninin uchiharai rei)*.

La concentración del interés británico sobre China, durante los años 1830 y los 1840, y, en especial, tras el estallido de la Guerra del Opio (1839-1842), alivió, momentáneamente, la presión directa británica sobre el Japón. Así pues, ocurrió que fueron los Estados Unidos los que se convirtieron en la nación occidental más directamente responsable de la apertura del Japón. El interés americano por el Japón había ido aumentando, desde hacía algún tiempo. Sus barcos habían intervenido en el comercio con Cantón desde las últimas décadas del siglo XVIII, y sus balleneros habían entrado en el Pacífico septentrional, poco tiempo después. Con la apertura de los puertos francos chinos, se iniciaba una nueva era en el Extremo Oriente, no sólo para los ingleses, sino también para los americanos y

para los rusos. Tras la adquisición americana de California, en 1848, y tras el desarrollo de San Francisco como puerto de comercio directo con Cantón y con Shanghai, los intereses americanos se orientaban cada vez más intensamente hacia el Pacífico occidental. Esta era la razón de que el Japón apareciese sobre el horizonte americano, cada día con mayor claridad.

El interés de los Estados Unidos por el Japón se debía a un buen número de consideraciones. Había los problemas prácticos concernientes al comercio con China y a la industria de la pesca de la ballena: protección de los marineros que hubieran naufragado, la necesidad de abastecimiento, y, por último, el deseo de disponer de puertos para la carga del carbón. Había también la esperanza del comercio. Sin embargo, tras el esfuerzo por abrir el Japón, se encontraban dos factores, menos tangibles, pero que constituían la fuerza motriz fundamental. Uno era lo que podría llamarse el sentimiento del destino, la creencia de que lo ocurrido en China era inevitable y de que la luz de la civilización y del progreso occidentales tenía que brillar, al fin, sobre todos los pueblos. Por consiguiente, la obstinada negativa del Japón a tratar con el mundo civilizado y a compartir sus puertos con otros, parecía moralmente condenable. En segundo lugar, había las presiones de rivalidad nacional entre las potencias occidentales, que empujaban a los Estados Unidos a actuar en el Pacífico de acuerdo con las líneas de su «evidente destino».

Los americanos habían hecho algunos inútiles intentos de entablar relaciones con los japoneses. En 1837 el barco mercante *Morrison,* transportando náufragos japoneses, entró en la bahía de Edo, pero fue rechazado por las baterías de Uraga. En 1846 el comandante Biddle, con dos barcos de guerra americanos, se acercó a Uraga, pero, renunciando al empleo de la fuerza, se retiró sin obtener concesión alguna. Dentro de este contexto, el presidente Fillmore ordenó al comandante Matthew C. Perry, en 1852, que se pusiese al mando de una expedición, en un supremo esfuerzo encaminado a romper el aislamiento del Japón. El comandante Perry, con su escuadra de cuatro barcos, dos de los cuales eran fragatas a vapor, ancló frente a Uraga, el día 8 de julio de 1853, y exigió el derecho de presentar una carta del presidente Fillmore al «emperador» japonés (es decir, al Shōgun). Los «barcos negros», con su misteriosa dignidad y su evidente poder, enfrentándose a los japoneses con su irresistible fuerza, simbolizan la nueva capacidad de las potencias occidentales de violar, a su capricho, la tierra de los *kami.*

Cuando en Edo se recibió la noticia de la llegada de los

americanos, la ciudad sufrió una gran conmoción. Y en las residencias de los samurai y en las escuelas de esgrima, muchos se jactaron de que el enemigo sería expulsado de las puertas de Edo, por la fuerza. Pero los funcionarios del *bakufu* que estaban obligados a negociar con Perry sabían muy bien que el Japón había llegado a un momento de crisis. El *bakufu* no había permanecido ignorante de la amenazadora llegada de Perry, ni del cambio en las condiciones mundiales. En 1842 Mizuno Tadakuni había suavizado la orden de expulsar a todos los barcos extranjeros, reconociendo el temor del Japón en relación con las potencias occidentales. En 1844 el gobierno holandés había enviado un barco de guerra a Nagasaki, que llevaba una carta del rey de Holanda en que hablaba de la Guerra del Opio y exhortaba a los japoneses a abrir sus puertos, antes de verse obligados a ello, como en el caso de China. En 1852 los holandeses advirtieron al shogunato de la misión de Perry y le revelaron el contenido de las demandas que iba a plantear. Sin embargo, el gobierno Tokugawa no estaba preparado para enfrentarse con Perry, ni psicológica ni militarmente. La presencia de los barcos americanos en Uraga revelaba la inutilidad de las defensas costeras, apresuradamente dispuestas, y demostraba la total vulnerabilidad de la ciudad de Edo ante un ataque extranjero o ante la condena al hambre mediante un bloqueo. Abe Masahiro (1819-1857), que, como jefe de los Consejeros Ancianos, tenía la responsabilidad de tratar con Perry, se percató de que carecía de los medios necesarios para mantener incólume la política aislacionista. Cuando Perry abandonó Ugara, después de entregar la carta del presidente, con la promesa de volver pronto a recoger la respuesta, había puesto en movimiento una cadena de acontecimientos que pronto abrirían el Japón al mundo y provocarían el hundimiento del shogunato Tokugawa.

13. La apertura del Japón y el final del sistema Tokugawa

El «impacto occidental» del siglo XIX sobre el Japón originó, primero, la apertura del país al comercio exterior, y, después, en 1868, el final de la hegemonía Tokugawa. En 1871 los últimos restos del sistema Tokugawa desaparecieron, con la abolición de los dominios de los daimyō. La nueva dirección, que tomó el poder en 1868, procedió a crear un estado nacional unificado y a poner en práctica reformas fundamentales, con el propósito de encaminar al Japón por la ruta de una modernización rápida. Estos acontecimientos son conocidos con el nombre de Restauración Meiji.

Tal vez el rasgo característico del período que transcurre desde 1853 hasta 1871 sea la poderosa influencia que las presiones externas ejercían sobre todo el ciclo del comportamiento japonés. La presencia occidental era vivamente sentida, en primer lugar, como una amenaza a la seguridad nacional, y, en segundo lugar, como un estímulo para la reforma. El temor y la mortificación, así como el deseo de proteger al país contra una posible conquista por parte de los extranjeros, despertaron la alarma entre los japoneses y les apartaron de la forma de irresponsable rivalidad política que podría haberles conducido al caos interno e incluso a la guerra civil. Se percibe, a lo largo de todo el período, un notable elemento de control, porque los que luchan por el poder no pierden de vista, ni por un momento, la necesidad de preservar la identidad del Japón frente a la amenaza extranjera. De ahí que, desde el principio, la lucha interna política en el Japón revelase una fuerte contraposición, en el ámbito de los dirigentes, entre el deseo de defender al país y la ambición de alcanzar su control, de actuar como protectores del estado y de servir a sus intereses privados.

Sin embargo, tuvo lugar una decidida lucha por el poder. Entre los participantes en la lucha por la Restauración Meiji, una vez que el temor a Occidente se apoderó de ellos, hubo una precipitada carrera para fortalecer las defensas del país contra la amenaza extranjera. Pero los esfuerzos para afrontar la crisis mediante la estructura política existente fracasaron. El shogunato se mostró inadecuado para la tarea, y este fracaso creó un vacío de poder que dio origen a una dura lucha por

el control de la nación. El resultado fue que la atención se centró, de nuevo, en el emperador, como autoridad histórica trascendente. Bajo el símbolo imperial se realizó, primero, un desesperado intento de habilitar nuevas combinaciones de poder entre el Shōgun y los daimyō. El fracaso del compromiso acabó orientando el movimiento hacia la abolición del shogunato y la creación de un nuevo estado unificado en el nombre del emperador. El movimiento triunfó en 1868, y el esfuerzo del nuevo gobierno por mantenerse en el poder y por elevar al Japón a la categoría de las potencias occidentales desembocó en las radicales reformas que completaron la revolución moderna del Japón.

Sólo *a posteriori* podemos ver el shogunato como una institución condenada en 1853. Sin duda alguna, para los japoneses de aquella época era inconcebible que, en un plazo de quince años, el formidable edificio Tokugawa se derrumbaría, hecho pedazos. Sin embargo, la que en otro tiempo había sido orgullosa y omnipotente dictadura militar se había convertido, en 1853, en una burocracia engorrosa y terriblemente rutinaria. Y los esfuerzos de defensa costera y de preparación militar que se vio obligada a emprender a partir de 1853 eran no sólo tardíos e inadecuados, sino una sangría para un erario muy comprometido ya. Así pues, el *bakufu* se encontró incapaz de hacer frente, con firmeza, a la crisis exterior, ni de afirmar su acostumbrada autoridad en los asuntos nacionales. En 1853, además, los dirigentes Tokugawa estaban totalmente divididos entre sí respecto a lo que debía hacerse. Los *rōjū*, que tenían la responsabilidad rutinaria de la política, estaban inclinados al pragmatismo y a aceptar la necesidad de un compromiso con las potencias extranjeras. Pero había fuertes intereses que exigían el mantenimiento a toda costa de la política aislacionista. La crisis Tempō había situado ya en primer plano a algunos daimyō, como Tokugawa Nariaki de Mito, en su papel de críticos del *bakufu*. Sobre la cuestión extranjera, Nariaki era todavía más intransigente. Asegurando que la única esperanza para el Japón, en el futuro, consistía en prepararse inmediatamente para la guerra y en dedicar todas las energías de la nación a expulsar a los extranjeros de las costas japonesas, exigía al *bakufu* que capitanease un despertar espiritual en el país, para hacer frente al reto extranjero.

El hombre que pagó los platos rotos de la crisis de 1853 fue Abe Masahiro (1819-1857), jefe de los Consejeros Ancianos. Administrador verdaderamente culto y enérgico, comprendió que, si bien se esperaba que el Shōgun, como «generalísimo dominador de los bárbaros», mantendría la política aislacionista

y protegería al Japón contra la invasión extranjera, el *bakufu* no podía intentar, en aquel momento, expulsar a los americanos. Pero el shogunato ya no disponía de un aparato que le permitiese imponer una política arbitraria, de un modo dictatorial. El Shōgun se había convertido en una simple figura decorativa, y los Consejeros Ancianos intentaban, tímidamente, despertar un espíritu de consenso entre los daimyō de la casa Tokugawa. Así fue como Abe, enfrentado con un problema sin precedentes y careciendo del poder efectivo para tratarlo según su arbitrio, «consultó» amplia y detenidamente, al *bakufu* y a la nación. Envió cartas pidiendo sus opiniones a todos los daimyō, incluidos los *tozama,* y redactó un informe para la corte imperial. Esta acción, aunque razonable en aquellas circunstancias, no tenía precedentes en la historia Tokugawa, pues era la primera vez que la política del *bakufu* se constituía en materia de discusión pública. De las 50 respuestas, aproximadamente, de que tenemos noticia, 34 exigían que se rechazase la demanda de Perry; 14 eran ambiguas, pero aconsejaban la conciliación. Sólo dos defendían sin reservas la apertura del país al comercio exterior. Abe no había recibido un mandato para negociar con los americanos, pero solamente ocho de los daimyō —entre ellos Mito Nariaki— habían aconsejado que se recurriese a la acción militar. Y sobre esta base, Abe se propuso justificar una conducta de compromiso. Frente a Perry llevó a cabo todos los esfuerzos por minimizar las concesiones, mientras en el país ponía en práctica una enérgica política de preparación militar.

Casi todos los movimientos realizados por Abe tuvieron consecuencias desafortunadas. El Tratado de Kanagawa, de 1854, abrió Shimoda y Hakodate a los barcos americanos para abastecimientos (agua, víveres, carbón), garantizó un buen trato a los marineros americanos y adoptó las medidas necesarias para el nombramiento de un cónsul americano con residencia en Shimoda. Contenía también una cláusula de nación más favorecida. En la política aislacionista del Japón se había introducido una cuña inicial. Mientras tanto, el hecho de haber pedido opiniones a los daimyō había convertido en cuestión de dominio público el problema extranjero, y el *bakufu* estaba siendo criticado y aconsejado desde todas partes. Abe continuaba su esfuerzo sin precedentes para conquistar el apoyo de los poderosos daimyō, nombrando a Nariaki comisario al frente de la defensa nacional, e incluso consultó con otros daimyō colaterales y *tozama.* Estaba claro que el sistema *baku-han,* sencillamente, no había sido concebido para facilitar un esfuerzo nacional unido, a no ser bajo la coercitiva dirección del Shōgun.

El esfuerzo de Abe por conseguir que los daimyō apoyasen voluntariamente al *bakufu* sólo debilitó la posición del Shōgun. Su anulación de las tradicionales limitaciones sobre las instituciones militares *han* y sobre el tonelaje de los barcos que podían construirse, aunque calculada para mejorar las defensas de la nación, resultaron perjudiciales para la posición absoluta del *bakufu.* Abe comprendía muy bien que el *bakufu* debía esforzarse por conservar su mando militar. En 1854 se habían encargado barcos de guerra y armamentos a los holandeses, y se habían construido nuevas fortificaciones para proteger los puertos más importantes. Al año siguiente se fundó en Nagasaki una escuela de preparación naval con instructores holandeses, y, en Edo, un centro de adiestramiento militar, al estilo occidental. En 1856 se creó un nuevo departamento para la traducción de libros de Occidente. Pero la mayor parte de estos esfuerzos eran demasiado modestos y ya demasiado tardíos, y supusieron una pesada carga para las finanzas ya débiles del *bakufu.* En 1855 un terremoto destruyó algunos distritos de Edo, causando la muerte de un cierto número de personas importantes dentro del *bakufu* y causando nuevas dificultades para la tesorería de éste. Nariaki se hizo absolutamente impopular entre los *rōjū,* y una buena parte de los *fudai* formaron una facción cerrada, opuesta a que los consejos del *bakufu* se abriesen a la opinión exterior. En el otoño de 1855 Abe cedió la presidencia de los *rōjū* a Hotta Masayoshi (1810-1864), con la esperanza de resolver las disensiones en las filas de los Tokugawa.

Mientras tanto el problema extranjero no permanecía estacionario. Townsend Harris (1804-1878), el cónsul general americano en Shimoda, presionaba constantemente a los funcionarios del *bakufu* para que aceptasen un tratado comercial. En sus entrevistas con Hotta, Harris presentaba los positivos beneficios del comercio, apoyando sus argumentaciones en la evidencia de la historia. Según él explicaba, China se había abierto ante la fuerza de las armas, y los ingleses se hallaban comprometidos en una segunda guerra con China (la Guerra de la Lorcha de 1857-1858), que le arrancaría nuevas concesiones. Convencido de la inevitable necesidad de abrir el Japón al comercio, Hotta decidió firmar el tratado que Harris le proponía. Además, con una diligente labor por su parte, logró persuadir a la mayoría de los altos funcionarios del *bakufu* y de los daimyō *fudai* de la conveniencia de su decisión. Por segunda vez se enviaron cartas a los daimyō más importantes, y se puso de manifiesto que el estado de ánimo del país era decididamente más favorable. Y así, a comienzos de 1858, pro-

cedió a la redacción de un tratado aceptable. Los términos definitivos sobre los que se logró el acuerdo incluían 14 disposiciones, que estipulaban el intercambio de funcionarios diplomáticos, el comercio libre en Kanagawa (Yokohama), Nagasaki, Niigata e Hyōgo, así como en Shimoda y en Hakodate, la residencia de extranjeros en Osaka y en Edo, una tarifa convencional, y la extraterritorialidad.

Sin embargo, una vez que se anunciaron las cláusulas del tratado propuesto, surgió una oposición procedente de todas partes. Esta oposición se hallaba capitaneada nuevamente por Mito Nariaki. A la desesperada, Hotta se trasladó en persona a Kyōto para obtener la aprobación imperial a los tratados, pero allí tropezó con inesperados obstáculos. Los funcionarios de la corte, en otro tiempo dóciles, encontrándose, de pronto, en una posición influyente, adulados por dos facciones del *bakufu* y apartados aún profundamente de todo contacto con la situación mundial, rechazaron la petición de Hotta.

En 1858 Kyōto se había convertido, de repente, en el principal centro de la política interna. No solamente el *bakufu* había inducido al emperador a tomar parte en el proceso de formación de la política, sino que las escisiones en facciones en el seno del *bakufu* y entre los daimyō habían llegado hasta Kyōto y habían comenzado la lucha por la posesión de la aprobación imperial. Además, en aquel momento, el faccionalismo de los Tokugawa se había profundizado, inesperada y gravemente, a causa de una controversia interna. En 1858 el Shōgun Iesada había muerto sin herederos. Los *rōjū* y otros daimyō *fudai,* capitaneados por Ii Naosuke, el más importante de los *fudai,* favorecían como sucesor a Tokugawa Yoshitomi, señor de Kii. Los colaterales Tokugawa y otros daimyō ajenos a la familia preferían a Hitotsubashi Yoshinobu, hijo de Tokugawa Nariaki. Así pues, el problema de la sucesión polarizó aún más la controversia sobre la política exterior. Con la esperanza de desbaratar el trabajo de Hotta y de asegurar la sucesión para su hijo, Nariaki había apelado realmente a la corte en busca de apoyo, permitiendo así a ésta que interviniese en lo que, esencialmente, era un problema interno del *bakufu.* En otras palabras, Nariaki había comenzado un ataque contra el *bakufu,* en nombre del emperador.

El inesperado sesgo de los acontecimientos en 1858 impulsó a los *rōjū* a la acción. Ii Naosuke (1815-1860) fue precipitadamente puesto al mando de la política del *bakufu* como Gran Consejero *(Tairō),* con el mandato de imponer el orden entre las facciones. Naosuke había sido uno de los dos daimyō que

habían defendido el abandono de la política aislacionista en 1853. Ahora procedió a firmar el tratado comercial americano sin referencia a la sanción imperial y a resolver la disputa sobre la sucesión, arbitrariamente, en favor de Yoshitomi. En el curso de unos pocos meses se firmaron tratados comerciales con cinco naciones, poniendo fin, de este modo, a los doscientos años de la vieja política aislacionista del Japón. Con el fin de acabar con el faccionalismo en Edo y con las intrigas en Kyōto, Ii destituyó a numerosos funcionarios del *bakufu* que habían simpatizado con Keiki, ordenó arrestos domiciliarios contra Mito Nariaki, Hitotsubashi Keiki y otros daimyō, incluyendo los de Owari, Tosa y Satsuma, y ejecutó a algunos agitadores o a críticos declarados del *bakufu,* como Yoshida Shōin y Hashimoto Sanai. Con esta llamada Depuración Ansei, Ii reafirmó el tradicional predominio de la autoridad shogunal, y tanto los problemas internos como los externos parecieron haber sido momentáneamente resueltos.

Pero la calma era solo superficial. Las acciones de Ii no sirvieron más que para pasar a segundo plano los resentimientos de las facciones, y su arbitraria afirmación de la autoridad del *bakufu* provocaba un resentimiento latente. En los años siguientes cuando los extranjeros comenzaron a establecer sus residencias en Yokohama y los diplomáticos de los otros países entraron en Edo, fuertes sentimientos anti-*bakufu* se unieron a una actitud xenófoba a lo largo de todo el país. En marzo de 1860 un grupo de samurai de Mito, resentidos por el trato que Ii había dado a su señor y amargados por su política exterior, le asesinaron cuando se disponía a entrar en el castillo de Edo. La muerte de Ii asestó un duro golpe a la moral del *bakufu* y a su intento de consolidar una fuerte autoridad. Para el *bakufu* era el principio del fin, porque, desde entonces, todos sus esfuerzos se orientaron hacia la conciliación y el compromiso. Además, en todo el Japón, el asesinato constituyó la señal para pasar a la acción directa. La calma producida por la Depuración Ansei estalló, inesperadamente, en violencia.

Los años 1860-1863 se vieron perturbados por una actividad terrorista dirigida contra los nuevos extranjeros residentes en el Japón y contra los hombres que ostentaban una autoridad en el *bakufu* y en el *han.* Un nuevo elemento se había difundido ahora por todo el Japón, bajo la forma de agitadores extremistas dispuestos a utilizar la espada por una causa. Los japoneses llamaron a estos hombres *shishi* («hombres decididos»). Aunque procedentes de todas las partes del país, aquellos hombres, sin embargo, tenían antecedentes notablemente similares. Jóvenes que habían sido inquietados por las crisis internas de

los años 1840 y por la creciente amenaza desde el exterior, habían comenzado a adiestrarse militarmente o a realizar estudios nacionales en sus *han,* con un nuevo sentido de entrega y de misión. Los más capacitados de ellos eran enviados, o se trasladaban por su cuenta, a Edo para mejorar su preparación, y allí tendían a congregarse en determinadas escuelas de esgrima muy famosas. Muchos entraron allí en contacto con las enseñanzas de los pensadores Mito, como Fujita Tōkō (1806-1855), cuyo señor, Nariaki, se había adscrito firmemente a una política de honor nacional y de preparación militar, y cuya insistencia sobre el hecho de que el emperador era el símbolo de la identidad del Japón tomaba caracteres cada vez más enérgicos. De este modo, en el curso de su preparación, habían adquirido un fuerte elemento de conciencia política. La altanera violación, por parte de Perry, de la política japonesa actuó de un modo especialmente duro sobre aquellos hombres, que, en aquel momento, eran unánimemente contrarios al extranjero y cada vez más favorables al emperador. Así pues, en los años inmediatamente posteriores a 1853, aquellos hombres volvieron a sus *han,* llevando consigo lemas de *jōi* («expulsad a los bárbaros») y de *sonnō* («venerad al emperador»). Muchos de ellos se convirtieron en organizadores de nuevas fuerzas defensivas de los *han,* otros se hicieron consejeros de sus daimyō o fueron utilizados como oficiales de enlace para transmitir mensajes entre los *han.* Eran nuevos cargos creados por las cambiantes exigencias políticas y militares de la época, y que requerían juventud y vigor. Otros se convirtieron en descontentos y se dedicaron a acaudillar agitaciones, a menudo pidiendo autorización para abandonar el servicio de sus señores y convertirse en *rōnin,* a fin de ser libres para utilizar sus espadas sin comprometer a sus superiores. Por lo tanto, fueron *shishi* los que abatieron a Ii Naosuke, los que en 1862 dejaron moribundo a Ando Nobumasa, jefe de los *rōjū,* los que en 1861 dieron muerte al intérprete holandés de Townsend Harris, Heusken, y atacaron la legación británica en Edo. En 1862 el inglés Richardson fue muerto por la guardia de corps del daimyō de Satsuma, y, en Yokohama, los hombres de Chōshū volvieron sus espadas contra los extranjeros. A comienzos de 1863, los hombres de Chōshū, entre los que se encontraba Itō Hirobumi, que luego había de ser varias veces Primer Ministro, incendiaron la legación británica, y, posteriormente, en el mismo año, las baterías costeras de Chōshū dispararon contra los barcos americanos, franceses y holandeses en los estrechos de Shimonoseki.

Estos actos de terrorismo tuvieron inmediatas repercusiones, tanto entre las potencias occidentales como sobre la política

interna. Las potencias, decididas a asegurar el estricto cumplimiento de los tratados y a tomar represalias por los actos de violencia contra sus ciudadanos, recurrieron al empleo de la fuerza. Además, como resultaba ya evidente que el shogunato no tenía autoridad para hacer cumplir los tratados (en efecto, el *bakufu* había comenzado a hablar de la necesidad de cerrar Yokohama), los representantes occidentales decidieron hacer llegar sus mensajes a los diversos *han* y a la corte imperial, directamente. En 1863, en represalia por la muerte de Richardson, una flota británica bombardeó Kagoshima e incendió la ciudad. Al año siguiente una flota aliada, fundamentalmente británica, puso fuera de combate las baterías costeras de Chōshū y volvió a abrir los estrechos de Shimonoseki. Después, decidida a obtener una ratificación imperial de los tratados comerciales y a acelerar la apertura de Hyōgo, una flota aliada se adentró en la bahía de Hyōgo, en 1865, en una nueva demostración de poderío naval. Tras haberse reunido con los funcionarios del *bakufu* en Osaka, los representantes aliados pudieron ya obligar al emperador a firmar los tratados.

Durante aquellos mismos años la situación política interna del Japón había experimentado un profundo cambio. En el ambiente de actividad terrorista y de presión occidental, las autoridades, incluidos los funcionarios del *bakufu* y los daimyō, se vieron obligadas a hacer causa común para preservar el *status quo.* A partir de 1860 los jefes del *bakufu,* reconociendo su pérdida del apoyo nacional, trataron de hacer público uso del respaldo del emperador y de trabajar por una coalición de intereses con los daimyō. El Shōgun estaba cada vez más obligado a actuar por medio del emperador. En 1862, como una concesión a los daimyō, Hitotsubashi Yoshinobu fue nombrado regente del Shōgun del que en otro tiempo había sido rival, y el *sankinkōtai* experimentaba grandes modificaciones. Casi de un día para otro, todo el centro de la actividad política se trasladó a Kyōto. En 1863 el Shōgun se fue a Kyōto, respondiendo a una exigencia imperial, lo que suponía un nuevo reconocimiento del renovado prestigio de la corte. La llamada política *kōbu-gattai* («coalición de la corte con los daimyō») alcanzó su forma más prometedora mediante un acuerdo alcanzado a comienzos del año 1864, según el cual el Shōgun dirigiría los asuntos del estado en nombre del emperador. Un grupo consultivo de daimyō debía participar en las decisiones políticas; entre estos daimyō se encontraban los de Satsuma, Tosa, Uwajima, Aizu, Fukui e Hitotsubashi Yoshinobu. Pero este conjunto, más bien heterogéneo, de daimyō externos y colaterales

carecía de la unidad necesaria para funcionar como tal grupo, y se disolvió antes del transcurso de un año.

En 1864 los esfuerzos de coalición habían fracasado y la crisis de la dirección interna entró en una nueva y crítica fase. Era ya evidente que, en el equilibrio de poder, resultaban inevitables ciertos cambios sustanciales, y que el shogunato Tokugawa estaba encontrando en el país una creciente oposición. Algunos *han,* en virtud de recientes reformas financieras, o a causa de la fuerte autoridad de sus daimyō, habían podido emprender reformas militares básicas, aumentando así su poder efectivo en el equilibrio del *baku-han.* Satsuma y Chōshū, especialmente, mediante sus contactos con las potencias occidentales, habían comenzado a superar el shogunato en la modernización de sus fuerzas armadas. En estos y en otros *han* aparecía una nueva y vigorosa jefatura para mandar las nuevas fuerzas o para actuar como agentes del *han* en la rivalidad, cada vez más compleja e intensa, que había comenzado a desarrollarse entre los *han.* Muchos de estos nuevos agentes *han* eran hombres de carácter *shishi,* que pretendían arrastrar a sus *han* a la posición anti-*bakufu* y al movimiento favorable al emperador que estaba fomentando en torno a la corte. En efecto, durante el período que se inicia en 1860, algunos habían dirigido movimientos favorables al emperador dentro de sus *han.* Así, en 1864, con el fracaso del intento conservador de coalición, el país se vio literalmente arrastrado a una libre competencia política. Y mientras los daimyō continuaban siendo claramente conservadores en sus concepciones acerca del futuro, sus agentes y funcionarios activistas estaban avanzando hacia la abolición del shogunato y la creación de un nuevo gobierno a las órdenes del emperador.

Desde 1864 hasta todo el 1866, varios grupos del Japón estaban, evidentemente, tratando de descubrir sus respectivos puntos débiles. Kyōto se convirtió en un foco de agitación leal, pues jóvenes miembros de la nobleza cortesana, como Iwakura y Sanjō, conspiraban secretamente contra el *bakufu.* El shogunato, perdida su iniciativa en favor de las casas colaterales más importantes, hizo todo lo que pudo por mantener el orden, tarea que requirió el envío de dos expediciones armadas contra Chōshū, por haber intentado un golpe militar en la capital. La primera de ellas tuvo un éxito limitado, pero su único resultado fue el de establecer un mando revolucionario en Chōshū. Se consideró necesaria otra «corrección». Pero antes de que una segunda expedición pudiera ser enviada, en marzo de 1866, los agentes de los daimyō de Satsuma y de Chōshū (Saigō y Okubo por Satsuma, y Kido y Takasugi por Chōshū), que

hasta entonces habían estado enfrentados entre sí, firmaron un pacto secreto de mutua ayuda. La segunda expedición contra Chōshū resultó desastrosa para el *bakufu,* cuyas unidades, mal dispuestas, fueron derrotadas por las tropas recientemente adiestradas de Chōshū, equipadas, además, con armas adquiridas a los ingleses. La en otro tiempo formidable superioridad militar del shogunato había sido destruida por un solo *han.* Era evidente que el *bakufu* tenía que hacer un último esfuerzo por recuperar su hegemonía, o, en otro caso, disponerse a desaparecer.

A comienzos de 1867 dos hechos casi simultáneos llevaron la situación política a su punto culminante. El conservador emperador Kōmei murió y fue sucedido, en febrero, por su hijo Mitsuhito, de catorce años. En enero Yoshinobu (Tokugawa Keiki) había ocupado, al fin, el cargo de Shōgun. Estos cambios decisivos en el mando contribuyeron a poner fin a la agitación política. Durante los restantes meses de 1867, a través de las nieblas de la lucha política, se perciben tres líneas de febril actividad: un desesperado esfuerzo del *bakufu* para conservar el mando mediante una reforma interna, una continuada tentativa de alcanzar una coalición de daimyō, y la cada vez más fuerte agitación anti-Tokugawa, tendente a una restauración del gobierno imperial.

Yoshinohu había aceptado el puesto de Shōgun de mala gana. Pero, una vez al mando, dio su apoyo a un enérgico programa de reformas, destinado al fortalecimiento del *bakufu,* bajo la dirección de los franceses. Estos, que parecían entonces los principales rivales de los ingleses, habían estado respaldando al *bakufu,* en oposición a los ingleses, que apoyaban a Satsuma y a Chōshū. Léon Roches, el representante francés, había trabajado intensamente en Edo, desde 1864, con la esperanza de apuntalar al poder del *bakufu.* El nuevo plan *bakufu* proveía tanto la expansión de la base militar del Shōgun como una completa reorganización administrativa, utilizando el sistema francés de gabinete, ministerios y prefecturas. Pero, una vez más, las reformas llegaban demasiado tarde.

Mientras tanto, Yoshinobu se afanaba en Kyōto por una reestructuración del equilibrio del poder bajo el emperador, con la esperanza de salvar una posición de mando para el Shōgun. Por eso continuaba luchando por la idea de una coalición de daimyō, pero sin éxito. En aquel momento el daimyō de Tosa, temiendo el creciente poder de Satsuma y de Chōshū, propuso una solución de compromiso para el problema de la organización política. El llamado Memorial Tosa exigía que el Shōgun dimitiese en favor de un consejo de daimyō que

actuaría a las órdenes del emperador. La autoridad política del Shōgun volvería al emperador, pero el jefe de la casa Tokugawa conservaría sus tierras, y, como máximo poder del país, seguiría actuando como primer ministro. Yoshinobu aceptó esta propuesta en noviembre de 1867, con lo que dio paso a una «restauración imperial» en nombre del shogunato.

Esta solución no era aceptable ni para los miembros más radicales de la nobleza cortesana, ni para los jefes activistas de Satsuma y de Chōshū, ni para algunos otros de determinados *han*. El 3 de enero de 1868 (según el calendario japonés, el noveno día del duodécimo mes de 1867), las tropas de Satsuma y de Chōshū, juntamente con las de Echizen, Owari, Tosa y Aki, se apoderaron del palacio, enfrentándose con los Tokugawa, y proclamaron una nueva restauración. Se convocó un consejo, del que fueron excluidos los partidarios de los Tokugawa, y se anunció una formal devolución de la administración al emperador. Se instauró una estructura de gobierno que, significativamente, volvía a «la época del emperador Jimmu», el shogunato fue abolido, y sus tierras confiscadas, a la vez que Yoshinobu quedaba reducido al nivel de un daimyō común. Esta fue la Restauración Meiji de 1868.

Una guerra civil siguió al golpe de estado Meiji, pero fue de corta duración y esencialmente poco encarnizada. Yoshinobu, que había aceptado la tercera declaración de enero y había retirado sus tropas a Osaka, no logró contener a algunos de sus comandantes. El 27 de enero, un intento de las fuerzas Tokugawa de recuperar Kyōto fue desbaratado por las armas superiores de los contingentes de Satsuma, de Chōshū y de Tosa. Esta batalla, librada en Toba-Fushimi, puso fin a la hegemonía Tokugawa, exactamente igual que el gran encuentro de Sekigahara la había creado, doscientos sesenta y ocho años antes. El gobierno revolucionario anatematizaba ahora a los Tokugawa como a «enemigos del trono». Saigō, al mando de un «ejército imperial», marchó sobre Edo, donde Yoshinobu se rindió pacíficamente. Al norte de Edo, el *han* Aizu, uno de los colaterales Tokugawa, resistió durante algunos meses de sangrienta lucha, pero capituló en noviembre. La armada shogunal, retirándose a Hokkaidō, resistió hasta mayo de 1869. Con su rendición, terminó la resistencia Tokugawa, y el nuevo gobierno logró el control de todo el país. Los nuevos dirigentes habían comenzado a avanzar ya por el camino de los cambios políticos e institucionales de gran alcance.

14. La restauración Meiji y su significado

Los acontecimientos de enero de 1868 provocaron la súbita desaparición del shogunato Tokugawa y crearon, en su lugar, un nuevo centro de autoridad bajo el símbolo del emperador. El Japón había realizado una nueva unidad nacional, destruyendo el doble sistema de gobierno que había existido desde los tiempos del shogunato de Kamakura. En un momento decisivo, el emperador había sido restaurado en el centro del gobierno. La larga separación histórica entre un soberano reinante y una autoridad que gobernaba había resultado, en la práctica, muy ventajosa. Porque, en el momento de crisis, cuando el Japón se enfrentaba con la amenaza occidental, el emperador constituyó un nuevo centro aglutinante para la nación. El antiguo orden era atacado en nombre de una autoridad trascendente y aún más antigua, que era, además, sumamente «japonesa». La reacción inicial del Japón frente al impacto occidental fue adoptada en nombre de un «retorno al pasado» *(fukko)*. En este sentido, también había tenido lugar una «restauración». El nuevo gobierno volvió a depender, directa y públicamente, de la suprema autoridad del emperador *(ōsei)*, aunque, como en él era característico, el emperador continuaba permaneciendo por encima del aparato del gobierno y de la lucha por el poder.

La Restauración demostró ser algo más que un simple reajuste de influencias políticas. Mientras el acuerdo político inicial de enero de 1868 había dado como resultado una coalición claramente conservadora, compuesta de príncipes imperiales, nobles de la corte, daimyō y sus agentes, el impulso del cambio político, y más aún de las reformas sociales y económicas, acabó sobrepasando el simple hecho de la destrucción del shogunato. Para los hombres que habían hecho posible la Restauración, era de fundamental importancia el objetivo de fortalecer el país para enfrentarse con la amenaza procedente del exterior, y a este fin adoptaron el lema: *fukoku-kyōhei* («hacer prosperar al estado y fortalecer sus fuerzas armadas»). En 1871, en nombre de este lema, los daimyō habían sido desposeídos, la clase samurai había sido abolida, se habían proclamado la igualdad social y la libertad de movimiento individual, y se había iniciado un enorme esfuerzo por reconstruir el Japón de acuerdo con los esquemas occidentales. La Restau-

ración marcó, pues, el paso del Japón a una situación moderna, y, en este aspecto, constituyó uno de los acontecimientos fundamentales de la historia japonesa.

Los historiadores han discutido, larga y acaloradamente, acerca del significado de la Restauración en este amplio sentido. La pregunta de si la Restauración debe ser considerada como una «revolución» es formulada, por lo general, en el contexto de la comparación con la historia europea. Pero aunque el Japón experimentó los más dramáticos cambios políticos y culturales durante los años 1860 y los 1870, el marco de las acciones y de las motivaciones diferia, en muchos aspectos fundamentales, de aquel en que se desarrollaron las revoluciones modernas de Europa. En el Japón apenas existían los antagonismos sociales o las ideologías políticas que encendieron las revoluciones Francesa o Rusa. Allí no hubo multitudes en las calles, ni rodaron cabezas. Que en los acontecimientos de la Restauración tuvieron gran importancia los factores económicos y sociales es innegable. Pero las insurrecciones campesinas, aunque habían aumentado en número y violencia, continuaron siendo, hasta el fin, fenómenos locales y no políticos. No dieron origen a lemas universales de protesta social o política. Los comerciantes, además, aunque tal vez insatisfechos a causa de su inferior posición social, habían encontrado, en general, un amplio campo para sus ambiciones económicas. La Restauración Meiji no fue una revolución, ni burguesa ni campesina, aunque, entre los individuos que atacaron al shogunato, se encontrasen campesinos y comerciantes. Los jefes del movimiento reformador procedían, principalmente, de otro origen, es decir, de la propia clase samurai. Así, aunque es posible establecer comparaciones restringidas entre el movimiento anti-Tokugawa y las primeras fases del movimiento revolucionario en Rusia, sería difícil encontrar comparaciones válidas entre la Restauración y las últimas fases de la Revolución Rusa o de la Revolución Francesa. Los dos rasgos sobresalientes de todo el período de la Restauración fueron el abrumador sentimiento de la crisis exterior que se había adueñado del país y el modo en que un nuevo grupo dirigente pasó a primer plano, procedente de la clase samurai.

Los momentos de crisis también tienen la peculiaridad de situar a grandes hombres en el escenario de la historia. El Japón rara vez o nunca había producido un número tan alto de jefes capacitados, como durante el período que va desde los años 1850 hasta los años 1880. Fueron estos hombres los que dieron su gran fuerza al movimiento de Restauración y a las reformas subsiguientes. Qué fue lo que les impulsó y por qué

aparecieron precisamente en aquel momento es tal vez la pregunta más importante que puede formularse acerca de la época de la Restauración. Las explicaciones de que aquellos hombres estaban, sencillamente, dominados por un profundo sentimiento de lealtad al emperador, o de que obedecían, sobre todo, al deseo de emular a Occidente, son, a todas luces, demasiado simplistas. Estudios recientes han desechado la teoría, que E. H. Norman había divulgado, de que tales nombres constituían una derivación de las filas de los desafectos samurai de los niveles inferiores y de que representaban, indirectamente, el impulso de una revolución burguesa. Los jefes de la Restauración procedían de varios niveles de la clase samurai, y sus acciones mostraban muy poco sentido de clase o de motivaciones de grupo; ni se consideraban a sí mismos como utilizando recursos de su propia clase con fines revolucionarios. La teoría predominante entre los estudiosos japoneses de la post-guerra de que la Restauración representó una reafirmación de la clase samurai en un esfuerzo por conservar el control del país frente a las fuerzas revolucionarias del campesinado inquieto y del capital mercantil en expansión, o en otras palabras, que fue un impulso contra-revolucionario hacia el absolutismo político, constituye también, evidentemente, un esfuerzo por situar la historia japonesa dentro de un inadecuado esquema europeo.

Debemos ver las motivaciones que dieron lugar a la Restauración como la actividad de un grupo de individuos de heterogénea procedencia y de ambiciones personales diferentes. Aunque, en total, pasan del centenar los individuos que han sido identificados como jefes del movimiento de Restauración, nosotros, en realidad, no necesitamos tener en cuenta más que a un pequeño grupo de dirigentes principales:

Procedentes de la corte:
Sanjō Sanetomo (1837-1891).
Iwakura Tomomi (1825-1883).

Procedentes de Satsuma:
Okubo Toshimichi (1830-1878).
Terashima Munenori (1833-1893).
Godai Tomoatsu (1835-1885).
Saigō Takamori (1828-1877).
Kuroda Kiyotaka (1840-1900).
Matsukata Masayoshi (1837-1924).

Procedentes de Chōshū:
Takasugi Shinsaku (1839-1867).
Kido Kōin (1833-1877).

Omura Masujirō (1824-1869).
Itō Hirobumi (1841-1909).
Inoue Kaoru (1835-1915).
Yamagata Aritomo (1838-1922).
Hirosawa Saneomi (1833-1871).

Procedentes de Tosa:
Itagaki Taisuke (1837-1919).
Gotō Shōjirō (1837-1897).
Fukuoka Kōtei (1835-1919).
Sakamoto Ryōma (1835-1867).

Procedentes de Hizen:
Etō Shimpei (1834-1874).
Okuma Shigenobu (1838-1922).
Soejima Taneomi (1828-1905).
Oki Takatō (1832-1899).

Otros:
Yokoi Shōnan (1809-1869, Kumamoto).
Katsu Kaishū (1823-1899, del *bakufu).*
Yuri Kimimasa (1829-1909, Fukui).
Inoue Kowashi (1844-1895, Kumamoto).

Lo primero que este grupo sugiere es un buen número de generalizaciones elementales. La mayor parte de ellos procedían de cuatro grandes *tozama-han* del Japón Occidental, por lo que compartían un tradicional antagonismo frente a la casa Tokugawa. Constituían un grupo notablemente joven, cuyo promedio de edad sobrepasaba ligeramente los treinta años, en 1868. Casi todos pertenecían a familias de la clase inferior de los samurai, aunque algunos, como Kido, eran de alta posición. Como jóvenes, eran enérgicos y ambiciosos, y la mayoría de ellos comenzaron sus carreras a la manera tradicional, recorriendo la escala de ascensos en sus *han,* especialmente en el servicio militar. Como no pertenecían a una aristocracia de la tierra, sus ambiciones sólo podían satisfacerse mediante el servicio gubernativo. Y a causa de la descentralización del sistema *bakufu* encontraron un gran número de ámbitos políticos en que experimentarse. Al igual que en la América prerevolucionaria, los «founding fathers» (padres fundadores) japoneses aprendieron a ser jefes de hombres en sus territorios nativos, antes de convertirse en jefes de la nación.

Una característica de los jefes de la Restauración era su nivel de instrucción uniformemente alto y una considerable

preparación especializada. La mayor parte de ellos habían destacado en sus *han,* por sus capacidades militares o por su saber. En consecuencia, todos habían recorrido una rápida carrera actuando como consejeros de sus daimyō, como agentes diplomáticos o como organizadores de nuevas unidades militares. La carrera militar era tal vez la más común. Saigō, Omura, Etō, Hirosawa, Itagaki y muchos otros eran comandantes en jefe de unidades *han.* Itō era utilizado como intérprete, y Kido era consejero de un importante daimyō. El tipo de educación que aquellos hombres habían recibido era significativo también. Instruidos como samurai para soportar una rigurosa disciplina militar (muchos de los componentes del grupo fueron excelentes espadachines), eran adiestrados para llegar a ser hombres de acción y para cultivar una inclinación marcial. El contenido intelectual de su cultura era predominantemente confuciano, y hacía hincapié en la lealtad y en la dedicación a la sociedad. Por eso, aunque sus ambiciones personales fuesen grandes, eran también profundamente sensibles a los problemas nacionales y tenían bien arraigada la idea de servicio a una autoridad superior. Por su condición de *shishi,* la mayor parte de ellos habían sido impulsados por el deseo de salvar a su país o de servir a su daimyō. Sin embargo, pocos podían ser considerados fanáticos o ciegos en sus concepciones políticas. Algunos habían estado en el extranjero en 1868 (Godai, Itō e Inoue habían estado en Inglaterra; Katsu había cruzado el Pacífico en un barco japonés), otros habían tenido contactos con occidentales en el Japón (Okubo, Saigō y Okuma habían tenido largas conversaciones con Satow, el intérprete inglés). Aunque la mayor parte de los *shishi* habían comenzado, en 1853, siendo violentamente xenófobos (Itō había tomado parte en el ataque a la legación británica en 1863), los más fanáticos habían sido muertos anteriormente, y los que aún vivían en 1868 habían sido convencidos de la superioridad de la civilización occidental. Este cambio de actitud, que se produjo en casi todos los jefes Meiji, fue, en muchos casos, el acontecimiento que les transformó, de estrictamente restauradores, en reformadores.

En cuanto a 1867 es difícil generalizar acerca de los propósitos globales de los jefes de la Restauración. En realidad, eran todavía un grupo diverso de individuos que actuaban dentro de sus *han* o como agitadores independientes. Muchos se conocían entre sí desde los tiempos de la escuela de esgrima o por haber tenido negocios los unos con los otros en representación de sus dominios, pero no estaban unidos por un plan de acción concertada. Individualmente, no eran poderosos todavía, y

sólo podían influir en los acontecimientos manejando los recursos de sus *han* y utilizando el prestigio de sus superiores. Muchos de ellos, en efecto, actuaban todavía como comandantes designados de las unidades militares *han* o como agentes políticos de sus daimyō. Por eso, su primera acción fue la de eliminar el *bakufu* y obtener el control del emperador en nombre de sus daimyō. Hecho esto, sus dos objetivos inmediatos fueron, como hemos señalado, el de salvar el estado y fortalecerlo contra Occidente. En el proceso encaminado al logro de estos objetivos, la ambición personal se unía a la habilidad política para situar a agentes capacitados en posiciones de mando, desde las cuales pudiesen dirigir a su nación hacia una reforma fundamental.

En los primeros meses de 1868 el nuevo gobierno era poco más que una nueva coalición de *han,* que se mantenía unida, principalmente, gracias a la fuerza superior de Satsuma y de Chōshū y al prestigio de la corte. Tosa e Hizen le dieron una mayor estabilidad. (De ahí la frase *Satchō-dohi,* que se refiere a los cuatro *han* fundamentales). Pero el equilibrio del poder era inestable todavía. Gradualmente, tras la fachada de los daimyō y de los altos cortesanos que representaban el aspecto público de la nueva coalición de poder, los activistas samurai, en quienes se había delegado la mayor parte de los asuntos prácticos del gobierno, se aglutinaron en una oligarquía consciente y comenzaron a idear una forma trascendente de gobierno, superior a los *han.* Pero procedieron cautelosamente.

En 1868 el territorio confiscado a la casa Tokugawa fue organizado en prefecturas *(ken)* y municipalidades *(fu),* y jóvenes jefes de los *han* occidentales fueron nombrados gobernadores. Al mismo tiempo eran enviados agentes del gobierno central a los 273 *han,* para lograr una uniformidad administrativa y una conformidad con las directrices centrales. Durante 1868, por medio de una serie de reorganizaciones del gobierno central, los cortesanos y los daimyō que ya no eran más que elementos decorativos, fueron depuestos de sus cargos de prestigio, pasando los jefes activos a ocupar sus puestos. Entre ellos Okubo de Satsuma comenzaba a sobresalir como elemento dirigente. En marzo de 1869 Okubo se convenció de la necesidad de una ulterior centralización. Tras comprobar que los regimientos sacados de Satsuma y de Chōshū para formar un ejército imperial eran suficientemente fuertes, él y Kido convencieron a los daimyō de los cuatro principales *han* —Satsuma, Chōshū, Tosa e Hizen— de restituir los títulos de sus dominios al emperador. Otros daimyō hicieron lo mismo, y así se dio el primer paso hacia la abolición de los *han.* Aunque los

han, nominalmente, continuaban existiendo, ahora eran considerados como subdivisiones de un estado unificado, y, si bien los daimyō seguían como «gobernadores», teóricamente eran nombrados por el gobierno central.

Pero resultaba necesaria una ulterior centralización, y, en la primavera de 1871, Okubo y Kido estaban trabajando con ese propósito. En una reunión secreta a la que asistían Kido, Inoue, Yamagata, Okubo, Saigō, Oyama, Sanjō e Iwakura, se adoptó, finalmente, la decisión de abolir los *han.* Una vez más la operación fue preparada mediante un pacto de aquiescencia de los ex-daimyō más importantes, y después de reforzar las unidades militares centrales con fuerzas procedentes de la principal coalición *han.* En agosto de 1871, los ex-daimyō fueron llamados a presencia del emperador y publicaron el decreto de abolición de los *han,* que fueron transformados en prefecturas, mandadas por gobernadores de nuevo nombramiento. A los antiguos daimyō se les concedió el retiro y una pensión. Los ejércitos y las guardias *han* existentes fueron abolidos, y los antiguos castillos y cuarteles generales de los daimyō fueron confiscados por el gobierno central. En total se crearon 305 nuevas unidades de administración local. Pero a finales de año quedaron reducidas a 75, todas bajo gobernadores nombrados por el gobierno central también. Si hubo algunos contrarios a esta acción no tuvieron posibilidad alguna de manifestarse; los daimyō aceptaron dócilmente su retiro para vivir como nobles pensionados en la nueva capital. De este modo, el Japón se había convertido en un estado plenamente centralizado. A partir de entonces los nuevos jefes ejercían el mando total, y se habían convertido en una oligarquía capaz de emprender ulteriores reformas con una pequeña oposición.

Como en el caso de la Reforma Taika, los japoneses habían realizado un cambio revolucionario en la estructura política y en la distribución del poder, sin llevar a cabo una revolución. ¿Por qué los daimyō, especialmente los cuatro más poderosos, colaboraron tan gustosamente a la abolición de sus propias posiciones? No carecían de fuerza para resistir, ni eran tan estúpidos que no supiesen lo que estaba sucediendo. La explicación japonesa corriente, y la única que ellos mismos ofrecían, consistía en que estaban impulsados por su lealtad al emperador. Pero aceptar esto como una respuesta suficiente sería, por nuestra parte, una ingenuidad. Es más probable que, como en el siglo VII, se tratase de una combinación de presiones y de halagos. Ante todo, los pasos hacia la abolición de los *han* fueron lentos, y, al principio, no estaban claros. Cada paso se preparaba mediante el fortalecimiento de poder militar del

centro, y por eso era difícil oponerse a cada uno de aquellos avances. Pero, además, las alternativas ofrecidas a los daimyō eran fácilmente aceptables. No había guillotinas esperando a los señores desposeídos, sino que, más bien, recibían generosas asignaciones financieras, a la vez que eran liberados de las cargas de sus puestos. Incluso las antiguas deudas de los *han* y los valores en papel circulante fueron absorbidos por el nuevo gobierno. El hecho de que el cambio político no fuese muy drástico (incluso Tokugawa Keiki recibió una aceptable asignación, y fue proclamado príncipe en 1903), juntamente con el sentimiento de crisis nacional creado por la presencia de las potencias occidentales, dio origen a un ambiente en que las actividades de un puñado de hombres decididos podían reconstruir el estado japonés.

15. La creación de un Estado moderno

La relativa moderación del cambio político que acompañó a la Restauración significaba que la tarea de crear nuevas instituciones de gobierno no requería la completa reelaboración del aparato administrativo. Aunque el shogunato y los *han* habían sido abolidos, era posible, de todos modos, utilizar muchos de los antiguos canales de autoridad y una buena parte del mecanismo administrativo existente, satisfaciendo así las necesidades modernas con pequeños cambios adicionales. Los jefes de la Restauración, en 1868, al enfrentarse con la necesidad de levantar una estructura de estado moderno, eran conscientes de dos exigencias fundamentales: en primer lugar, la exigencia práctica de conservar el poder y de alcanzar una adhesión nacional, y, en segundo lugar, la exigencia, a largo plazo, de dar al gobierno una forma duradera y eficaz.

Una vez más las presiones ejercidas sobre el gobierno, así como las opiniones mantenidas entre sus jefes, eran diferentes, y, en cierta medida, contradictorias. Los nuevos tipos de gobierno basados en principios representativos eran defendidos por los que habían estado en el extranjero, mientras el deseo de conservar un fuerte control sobre los asuntos internos reforzaba la tradicional inclinación al autoritarismo. Los nuevos jefes trataron estos problemas pragmáticamente, avanzando con extraordinaria habilidad entre tradición e innovación, entre autoridad centralizada y representación nacional.

Como su posición dominante sobre el país era aún precaria, de igual modo que el resultado de las operaciones militares contra los Tokugawa era todavía incierto, el nuevo gobierno, a comienzos de 1868, decidió dos acciones reveladoras para alcanzar una más amplia adhesión dentro del país. En marzo convocó a los delegados de todos los *han* para formar una asamblea consultiva, y, en abril, promulgó la llamada Cédula de Juramento, una declaración de cinco artículos en nombre del emperador, en la que se exponía una nueva filosofía de gobierno que los dirigentes de la Restauración se proponían adoptar. Aunque extremadamente impreciso, y, en algunos momentos, de expresión ambigua, este documento, que había sido redactado por Yuri y por Fukuoka (dos hombres influidos por el pensamiento político occidental) y luego modificado por Kido, prestaba especial atención a cuatro puntos principales:

que la política del gobierno se basaría en una amplia consulta (probablemente, entre las personas interesadas de los *han),* que los individuos serían libres de perseguir la realización de sus aspiraciones personales, que los intereses nacionales se antepondrían a todos los demás, y que «las despreciables costumbres del pasado» serían abolidas y reemplazadas por las prácticas modernas llegadas de Occidente.

Dos meses después se hizo el primer esfuerzo experimental de redactar una constitución nacional y un código administrativo. El *Seitaisho,* preparado por Fukuoka y por Soejima, resultó una extraña mezcla de formas burocráticas tradicionales y de nuevas ideas occidentales de representación y de división de poderes. De acuerdo con él se constituyó un nuevo órgano central de gobierno, el *Daijōkan* (reviviendo así el nombre del Gran Consejo de Estado de Nara), que fue investido de plenos poderes administrativos. La función del gobierno se dividió en siete departamentos. De éstos, el Departamento Legislativo estaba compuesto, a su vez, de dos cámaras: la alta, formada por un Consejo de funcionarios gubernativos, y la baja, consistente en una Asamblea *(Kōgosho)* de representantes de los *han.* Los otros departamentos eran: Ejecutivo, Shinto, Finanzas, Guerra, Negocios Extranjeros y Negocios Civiles. Se instituyó, separadamente, un Departamento de Justicia. Por lo tanto, se llevó a cabo un esfuerzo encaminado a poner en práctica una triple separación de poderes.

Con la conquista de Edo el nuevo gobierno tomó como base principal de administración directa el antiguo *tenryō* de los Tokugawa. A causa de ello, y también por la sencilla razón de que Edo era la auténtica capital política del país, el nuevo gobierno, a finales de 1868, trasladó sus actividades a Edo, a la que dio el nuevo nombre de Tōkyō («capital oriental»), y a comienzos de 1869, acomodó con gran pompa al emperador en el antiguo castillo shogunal. En agosto de 1869 una revisión de la estructura gubernamental ajustó más todavía los órganos de la administración central a las líneas tradicionales. Abandonando la idea de la división de poderes, los jefes adoptaron una estructura todavía más estrechamente adscrita al sistema de gobierno de Nara. Al lado del Consejo de Estado se constituyó un Departamento de Asuntos del Shinto. Se conservó la Asamblea, aunque sólo se reunió una vez antes de la disolución. Y las principales actividades del gobierno se centralizaron en un Consejo Consultivo *(sangi)* y en seis (después, ocho) Ministerios (Negocios Civiles, Finanzas, Guerra, Negocios Extranjeros, Casa Imperial, Justicia, Obras Públicas y Educación). Por entonces, la mayor parte de los miembros del gobierno cuya

función era simplemente decorativa habían sido eliminados ya, y los verdaderos dirigentes que habían respaldado la Restauración aparecían públicamente como miembros del Consejo o como jefes y subjefes de los Ministerios. Estaba comenzando a tomar forma una oligarquía, compuesta entonces por una veintena escasa de hombres, procedentes, en número casi igual, de la corte y de los cuatro *han* más importantes, aunque detrás de ellos, en los escalones inferiores del gobierno central, había un gran predominio de hombres de Satsuma y de Chōshū. Por eso los japoneses le llamaban el gobierno del «corrillo de los *han» (hambatsu).* El sistema *Daijōkan perduró* hasta la adopción de la Constitución Meiji, en 1889. Se introdujeron algunos cambios menores como, por ejemplo, en 1871, tras la abolición de los *han,* y en 1873, con la conversión del Ministerio de Negocios Civiles en Ministerio del Interior *(Naimushō).* La importancia del Ministerio del Interior se demuestra por el hecho de que Okubo, que entonces era el miembro más poderoso del gobierno, abandonó el Ministerio de Finanzas, pasando a ser titular del nuevo. Dada su autoridad sobre los gobernadores de las prefecturas y sobre la policía nacional, el Ministerio del Interior se convirtió en el departamento principal, a través del cual se mantenía la seguridad interna y se llevaban a cabo algunas de las más discutidas reformas.

Estos cambios dentro de los órganos centrales del gobierno no habrían tenido mucha importancia, si los jefes Meiji no hubieran podido ampliar su sistema de control al nivel local, en todo el Japón. Mientras el nuevo gobierno imperial parecía enfrentarse, en 1868, con la casi sobrehumana tarea de edificar la unidad con los dispersos dominios de los daimyō, con los territorios Tokugawa y con las numerosas propiedades especiales de la corte y de los monasterios, en realidad se había desarrollado ya una suficiente uniformidad de práctica administrativa, de tal modo que la asimilación en un sistema nacional de prefecturas resultaba relativamente fácil. Ya hemos seguido el procedimiento mediante el cual los *han* se convirtieron en *ken,* a través de cómodas etapas. Por primera vez, en 1868, el gobierno central se infiltró en los *han* y los preparó para aceptar la autoridad central. En 1869 los daimyō restituyeron sus dominios al trono, pero continuaron como «gobernadores» de los *han.* Luego, en 1871, los *han* se transformaron en prefecturas, y, unos meses después, se reunieron en 72 prefecturas y en tres municipalidades. (Estas prefecturas fueron nuevamente reducidas a 43, en 1888.) En 1873, con la creación del Ministerio del Interior, la mayor parte de los nuevos gobernadores eran nombrados directamente desde Tōkyō (un gran número de

ellos eran hombres de Satsuma o de Chōshū), y la administración local estaba plenamente controlada.

Dentro de las prefecturas, en el nivel inferior de la administración de las ciudades y de las aldeas, se llevó a cabo una prudente fusión de un tipo semejante. Durante todo el período de reajuste político que acompañó a la abolición de los *han*, la autoridad superior logró mantenerse fuerte, hasta el punto de que ni siquiera se interrumpió la recaudación de impuestos. En 1871 se llevó a cabo un esfuerzo por racionalizar la administración local dividiendo todo el país en grandes cuadrados, de tamaño uniforme, llamados *ku*, que, principalmente, sirvieron como unidades para un censo nuevo y exacto, así como para la información catastral. Pero durante breve tiempo el gobierno central intentó crear un sistema de administración local, basado en estas unidades arbitrarias. La idea, sin embargo, fracasó, y, con posterioridad a 1877, el gobierno volvió a una ordenación más familiar y más adecuada. Así, pues, las prefecturas se dividieron en unidades de tamaño medio, rehabilitando la antigua división en *gun* (distritos) del Período de Nara y éstas, a su vez, fueron divididas en las habituales unidades de ciudades *(machi)* y aldeas *(mura)*. Pero las nuevas aldeas eran más extensas que las comunidades Tokugawa, y fueron creadas por la unión de varias de las antiguas *mura*. Las aldeas Tokugawa, por lo general, conservaron su identidad como subaldeas *(aza)*, dentro del nuevo sistema.

Es lícito preguntarse por qué la gradual estructuración administrativa en prefecturas y localidades no encontró una mayor resistencia de los antiguos administradores de los *han* y de los jefes de las aldeas. Tal vez una de las razones consista en que la situación política, rápidamente cambiante a partir de 1868, a la vez que desbarataba los antiguos sistemas de los *han* y de las aldeas, creaba, simultáneamente, una gran variedad de nuevas posibilidades para los más ambiciosos de los antiguos samurai y de los funcionarios de la aldea. Tōkyō se convirtió en una importante atracción para los más capacitados de los administradores *han*, y los gobiernos de las prefecturas facilitaban empleo a los antiguos samurai de los *han* y a los jefes de las aldeas mejor dotados. Pero además de esto los nuevos jefes actuaron hábilmente, disponiendo una serie de válvulas de seguridad, bajo la forma de nuevas asambleas locales —en su mayor parte, carentes de poder— que hacían posible la absorción de un gran número de individuos políticamente ambiciosos, sin mermar la fuerza de la autoridad central. La Asamblea *han*, creada según el *Seitaisho*, daba hasta al más insignificante de los *han* la sensación de estar participando en el nuevo gobierno.

En 1871 el gobierno estimuló la constitución de Asambleas Consultivas *(Kaigi)* en los niveles inferiores de la administración, en el seno de las nuevas prefecturas. En casi todas partes estas asambleas surgieron rápidamente en la aldea, en el distrito, en la prefectura. Las asambleas de aldea se convirtieron así en un sustitutivo para los hombres de influencia local (generalmente antiguos jefes de aldea), que, de otro modo, podrían sentirse despojados de todo rango. Las asambleas de distrito estaban formadas por miembros de las asambleas de aldea, y las asambleas de prefectura se constituían mediante representantes de los distritos. Estos grupos servían no sólo como corporaciones para la expresión de ideas políticas, sino también como entidades a través de las cuales el gobierno podía asegurarse el apoyo a algunas de sus más discutidas reformas acerca de la propiedad de la tierra y de los impuestos. Como las asambleas tenían solamente facultades de discusión, poco podían hacer por impedir el curso de la política decidida desde Tōkyō.

Una de las más importantes consecuencias de la habilidad del nuevo gobierno para mantener su sólido y continuado dominio del campo se revela en el tiempo relativamente breve en que fue capaz de resolver sus más críticos problemas fiscales. En realidad, las medidas financieras del gobierno Meiji, aunque menos espectaculares que las adoptadas en la esfera política, contribuyeron igualmente a la definitiva estabilidad del nuevo régimen. Es de recordar que, a comienzos de 1868, el gobierno central carecía de toda fuente de ingresos independiente. En sus primeros meses de vida se vio obligado a contar con el apoyo de determinados *han* y con préstamos forzosos de agentes fiscales nacionales. En 1869 el nuevo gobierno había obtenido los ingresos de las antiguas tierras de los Tokugawa, pero esto escasamente cubría la mitad de sus gastos generales. Nuevas emisiones de papel-moneda enjugaron la diferencia inmediata. Con la abolición de los *han*, la situación mejoró, en cierto modo, pero el gobierno había absorbido también las antiguas deudas de los *han* (unos 78.130.000) y había echado sobre sí mismo una asombrosa carga al asignar pensiones a los daimyō y a los samurai (190 millones en obligaciones, 200 millones en dinero contante). Las reformas financieras llevadas a cabo por Itō y por Okuma, en 1871 y 1872, reorganizaron la circulación monetaria nacional sobre un sistema decimal tipo, utilizando el *yen* como moneda básica. Un sistema bancario, según el modelo de la American Federal Reserve adoptado en aquella época, constituyó el mecanismo de absorción de las obligaciones del gobierno como base para nuevas emi-

siones de papel-moneda. Uno de los pocos préstamos del extranjero recibidos por el Japón (concretamente, 2,4 millones de libras facilitados por Inglaterra) fue también un decisivo elemento de estabilidad. En 1873 la reforma del impuesto sobre las tierras colocó al gobierno en el camino de una estabilidad financiera de larga duración.

La organización de la tierra, en 1873, está generalmente considerada como una medida similar a la emancipación de los siervos en Rusia. Ningún acontecimiento revela mejor la diferencia entre las condiciones de la propiedad de la tierra a mediados del siglo XIX en el Japón y en la Europa feudal, que la historia de la primera «reforma agraria» moderna japonesa. En el Japón las razones de la reforma eran mucho más económicas que sociales. La centralización y la racionalización del «sistema de impuesto agrícola» era el incentivo más importante. A este fin se adoptaron tres nuevos procedimientos que suponían una total revisión de las normas del período Tokugawa. Los impuestos debían ser pagados por el individuo, no por la *mura,* sobre la base del valor amillarado de la tierra, y no según la cosecha. Y no debían abonarse a los daimyō, sino al gobierno central. Para llevar a cabo esta revisión era necesaria una verificación de la «propiedad» de la tierra, y se entregaron nuevos títulos de posesión a los individuos que habían sido responsables del pago de los impuestos bajo el sistema Tokugawa. Como la clase samurai, desde hacía mucho tiempo, ya no ejercía derecho alguno sobre las tierras cultivadas, la nueva organización no dejó ninguna propiedad feudal, y sólo algunas porciones de tierra de bosque o de montaña continuaron en posesión de las familias de los daimyō, de instituciones budistas y de unos pocos samurai de alto rango. Las antiguas «tierras comunes» fueron confiscadas por el gobierno.

Así entró el Japón en su nuevo desarrollo nacional, con una base agraria especialmente moderna, en que los factores económicos eran, sin duda alguna, los decisivos. Pero el nuevo sistema introducía en el período Meiji ciertas condiciones de arrendamiento que se habían iniciado a finales del período Tokugawa. Porque en lugar de dar origen a un movimiento de reagrupación o a la difusión de grandes fincas bajo los efectos de una administración empresarial de los grandes capitales, el sistema de cultivo intensivo, con su alto nivel de arrendamientos, continuó hasta los tiempos modernos. Con la eliminación de las restricciones sobre la enajenación de las tierras y con el nuevo sistema de impuestos recientemente organizado, la afluencia de las plantaciones de arroz a las manos de los ricos terratenientes, en realidad, aumentó. Se calcula que,

hacia 1873, más de la cuarta parte de la tierra estaba ya cultivada por arrendatarios; en los años 1890 esta cifra se había elevado hasta el 40 por 100. En estas circunstancias una gran parte de los agricultores japoneses continuaba pagando sus rentas en especie, sin contratos formales de arrendamiento.

En último análisis, naturalmente, fue la capacidad del nuevo gobierno Meiji de adueñarse del poder militar lo que dio fuerza a sus medidas reformistas y a su pretensión de hablar en nombre de la nación y de su seguridad. Como los jefes samurai de la Restauración eran oficiales militares o individuos con una notable preparación militar, su habilidad en la utilización de la fuerza militar y su sensibilidad en relación con las necesidades militares nacionales se hallaban altamente desarrolladas. En gran parte, la caída del shogunato se había producido como resultado de la derrota militar que le había sido infligida por grupos del país que habían llegado a dominar las últimas técnicas de guerra llegadas de Occidente. La derrota causada por Chōshū a las fuerzas del *bakufu* en 1866, en parte gracias al vigor de las unidades de ejército voluntarias *(Kiheitai),* que incluían tanto a gentes comunes como a samurai, y la derrota de las fuerzas Tokugawa en Toba-Fushimi, en 1868, fueron debidas a los mejores pertrechos y a la moderna preparación de las unidades anti-Tokugawa. Una vez impuesta la Restauración los nuevos jefes Meiji se vieron obligados a velar por su poder militar desde el principio, primero para completar la sumisión de los Tokugawa, y, además, para mantener una fuerza suficiente que les permitiese ejercer una autoridad dominante sobre un país en el que continuaban existiendo ejércitos *han* independientes.

En 1868 y 1869 la mayoría de los combatientes a favor del gobierno imperial Meiji estaba formada por fuerzas *han* bajo un mando central.

En 1869 se creó un Departamento de la Guerra, cuya dirección asumió Ōmura Masujirō, el genio militar Chōshū. Ōmura estableció la base de un ejército nacional moderno fundando escuelas militares y organizando arsenales, pero no pudo lograr la aprobación para un ejército de reclutamiento nacional. Sin embargo, a comienzos de 1871, una Guardia Imperial *(Goshimpei),* de unos 10.000 hombres, formada por los ejércitos *han* de Satsuma, de Chōshū y de Tosa, había sido puesta bajo las órdenes de Saigō Takamori. Mientras tanto, Ōmura había sido asesinado en 1869, y fue sucedido por Yamagata Aritomo, también de Chōshū. Después de un viaje de observación por Europa, Yamagata propugnó un sistema militar basado en el de Prusia. Con la abolición de los *han* en el verano de 1871, las

antiguas guardias *han* fueron puestas bajo un control central, y se creó un ejército nacional sin vínculos locales. A finales de 1872 estaban completos los planes para la ejecución de un sistema de reclutamiento obligatorio, y. en enero de 1873, se promulgó la ley correspondiente, que tuvo un alcance verdaderamente histórico, pues abolía, al mismo tiempo, la diferencia entre los samurai y la gente común. De acuerdo con aquella ley todos los varones de veintiún años eran inscritos en los registros de reclutamiento, y estaban obligados a tres años de servicio activo, así como a un servicio adicional de seis años en la reserva. Se establecían excepciones para los jefes de familia, para los herederos, para los funcionarios y para determinadas profesiones, y el servicio podía ser conmutado mediante el pago de 270 *yen*. Se dividió el país en seis distritos militares, y se proyectó inmediatamente un ejército para tiempo de paz, de unos 46.000 hombres. En pocos años Yamagata había creado un ejército nacional, de reclutamiento forzoso, enteramente basado en la técnica militar europea.

Las repercusiones sociales de la ley de reclutamiento fueron tan profundas como las de cualquiera de las primeras reformas Meiji, porque uno de sus efectos fue el de eliminar los últimos privilegios de la clase samurai, que, desde la abolición de los *han*, habían perdido ya su singular posición política. Desde la Restauración, las consecuencias de determinadas acciones del Gobierno Meiji habían consistido en imponer una revolución social, aunque es lícito suponer que sin habérsela propuesto. Es difícil determinar si los jefes de la Restauración actuaban impulsados por una bien definida política social. Ciertamente, en la época de la Restauración, no hubo ninguna decidida expresión de principios igualitarios. Los jóvenes samurai se sentían, indudablemente, contrariados por las restricciones sociales que habían entorpecido su libertad de movimientos, y en la Carta del Juramento incluyeron una frase acerca de la libertad de empleo. Pero, evidentemente, más importante que los principios abstractos de igualdad era para ellos el concepto de servicio al estado. La idea predominante de fortalecimiento del estado *(fukoku-kyōhei)*, por lo tanto, sólo incidentalmente repercutía en la política social. Los avances hacia la igualdad social eran, pues, muy frecuentemente, el resultado de medidas tomadas por otras razones más prácticas. Las barreras de clase fueron abolidas a consecuencia del deseo de asegurar la libertad de empleo, la supresión de las restricciones Tokugawa sobre la clase campesina fue la secuela de una nueva ley de impuestos, y la abolición de la clase samurai constituyó el efecto secundario de la creación de un ejército de reclutamiento obligatorio. Por

otra parte, perduró, por algún tiempo, el especial tratamiento de los ex-samurai y de los ex-daimyō, y se constituyó, incluso, una nueva aristocracia. El Japón moderno seguía aceptando una concepción jerárquica de la sociedad, siempre que le parecía conveniente.

Pero el estado japonés moderno adoptaba también, conscientemente, algunos cambios sociales revolucionarios. El sistema de las cuatro clases fue abolido. Una sociedad económica libre hizo de la riqueza, de la instrucción o de la influencia política la nueva medida del prestigio. Y a consecuencia de estos cambios, el Japón iba a experimentar una enorme liberación de energía humana. Las medidas que explicaban la abolición de las restricciones de clase fueron, al principio, en 1869, una simplificación del sistema de clases. Los cortesanos y los daimyō fueron nombrados nobles *(kazoku)*, los samurai fueron clasificados como pequeña nobleza *(shizoku)* o soldados *(sotsuzoku)*, y todas las demás clases, incluidos los *eta* y los *hinin*, formaron un conglomerado de ciudadanos comunes *(heimin)*. No pasó mucho tiempo sin que los soldados entrasen también en el *status* de gente común. En 1870 los ciudadanos fueron autorizados a utilizar apellidos y se les concedió libertad de ocupación y de residencia. A los ex-samurai se les permitió casarse con mujeres nobles. En 1871 el uso de la espada fue declarado discrecional. Con la abolición de los *han*, los ex-samurai perdieron, evidentemente, sus empleos, pero, como clase, conservaron los ingresos hereditarios bajo la forma de pensiones gubernativas, calculadas según las nuevas cuotas, que iban desde una mitad a una décima parte de sus antiguos estipendios.

Como puede imaginarse, la carga financiera impuesta al gobierno por esta nueva situación de los samurai era tremenda. La pequeña nobleza y la nobleza ascendían a cerca de dos millones de individuos (458.000 familias), y sus pensiones solas absorbían, aproximadamente, un tercio de los gastos anuales del gobierno. Por lo tanto, el gobierno redujo, paulatinamente, aquellas pensiones a unos pagos de cifras globales, completando la operación en 1876, mediante una conversión forzosa en obligaciones del estado con pago de intereses por una cifra global, en una escala gradual de cuatro a catorce años. Se emitió un total de 170 millones de *yen* en obligaciones, lo que, como término medio, ascendía a unos 550 *yen* por familia. No era suficiente, en modo alguno, para que la mayoría de las familias viviese sólo de los intereses. Una gran parte de los ex-samurai se vieron, por ello, desalojados de sus antiguas posiciones y obligados a ganarse la vida en un mundo nuevo. La ley de reclutamiento de 1873, en efecto, había socavado su situación

social hereditaria en cuanto clase de oficiales, y, en 1876, se les prohibió llevar espadas. Habían dejado de utilizar ya sus ropas especiales y sus modos de peinarse. En el tiempo transcurrido desde la Restauración, algunos, naturalmente, habían encontrado el modo de introducirse en la nueva administración central y local. Otros se habían hecho oficiales del ejército o policías. Otros, en fin, se dedicaron al ejercicio de determinadas profesiones, o a los negocios y a la industria, pero la mayoría de ellos descendió en la escala económica (y social), acabando como simples jornaleros o incluso como mendigos. Los ex-samurai que ejecutaban, implacablemente, las medidas que desposeían a sus colegas no dejaban de tener en cuenta los sufrimientos de su clase. Tanto a través del gobierno central como de los diversos departamentos de las prefecturas, se llevaron a cabo esfuerzos para ayudar a los ex-samurai, mediante generosas subvenciones para que pudiesen tomar parte en los negocios, o mediante mejoras de la tierra y el apoyo gubernamental a las nuevas industrias. La apertura de Hokkaidō fue proyectada, en parte, como una forma de ayudar a los samurai.

La política que abolió la clase samurai y que, con anterioridad, implantó otros muchos cambios fundamentales no podía contar con el unánime apoyo de todos los dirigentes que formaban parte del gobierno. Aunque el gobierno estaba perfectamente unido en cuanto al objetivo de construir un estado fuerte, había diferentes opiniones acerca de cómo lograrlo. Además, en todo el país, grupos de individuos descontentos se unían entre sí para expresar su insatisfacción por medio de los únicos procedimientos que conocían, es decir, el asesinato o la insurrección armada. La ley de reclutamiento y las revisiones de impuestos habían suscitado entre los agricultores una ciega oposición al gobierno. Una declaración en el sentido de que el reclutamiento era un «impuesto de sangre» aterraba muy especialmente a la clase que hasta entonces había estado exenta del servicio militar. Las insurrecciones campesinas alcanzaron un promedio aproximado de 30 cada año, en el período de 1869 a 1874. Pero lo que preocupaba, sobre todo, al gobierno era la oposición de la clase de los ex-samurai. El resentimiento había ido incubándose, en especial, a partir de 1871, cuando, con la abolición de los *han,* la amplitud del monopolio Satsuma-Chōshū sobre el gobierno central y sobre sus ministerios fue haciéndose cada vez más evidente. Las exigencias en favor de un gobierno más representativo, de un mayor número de debates públicos acerca de la política y de un mantenimiento del sistema *han* y de la situación social de los samurai eran más numerosas cada día. Estos problemas generales se concretaron

en el seno del gobierno, con motivo de la política a seguir respecto a Corea. La posibilidad de una guerra con este país seducía a algunos miembros del gobierno, especialmente a Saigō y a Itagaki. En 1873, mientras Iwakura, Okubo y otros importantes funcionarios estaban de viajes por Occidente, los restantes dirigentes llegaron a la decisión de provocar una guerra con Corea. A su regreso del extranjero, Okubo, más convencido que nunca de la necesidad que el Japón tenía de llevar a cabo reformas interiores y un desarrollo económico, logró revocar la decisión belicista adoptada. Como consecuencia de ello, Saigō, Itagaki, Etō, Gotō y Soejima, disgustados, abandonaron el gobierno, al que, poco después Etō atacaba con unos 2.500 antiguos samurai de Hizen. Aquella sublevación fue dominada fácilmente, pero en Kumamoto, en Hagi y en otras partes estallaron nuevas insurrecciones. Saigō había regresado a Satsuma y había creado una serie de escuelas militares privadas, de modo que pronto se encontró en el centro de un grupo de unos 30.000 ex-samurai que adoptaban una actitud de oposición al gobierno. En 1877 Saigō se encontraba al mando de una importante sublevación. El gobierno de Tōkyō invirtió unos seis meses de duros combates, mediante un ejército de 40.000 hombres, en dominar la rebelión de Satsuma (llamada por los japoneses «el conflicto de Seinan»). Saigō, derrotado, se suicidó, y la mayor parte de sus partidarios fueron muertos. El nuevo ejército organizado mediante el reclutamiento había demostrado su eficacia contra la última resistencia de los samurai.

16. Las reformas modernas y la influencia occidental

En 1877 el nuevo estado Meiji había superado su crisis de seguridad nacional. Había emprendido ya importantes cambios sociales y económicos que habían situado al país en la ruta de una rápida modernización bajo la influencia occidental. El proceso de occidentalización iba ahora a cobrar un ritmo acelerado. Pero la interacción de la tradición japonesa y de la influencia de Occidente no era enteramente unilateral. Desde el principio se había establecido un proceso dialéctico en las relaciones entre el impacto occidental y la reacción japonesa, que había de proseguirse durante los años sucesivos.

Dentro del estricto marco político ya hemos señalado la extremada ambivalencia de actitud con que la mayoría de los grupos del país consideraban el problema exterior a partir de 1853. Algunos defendían la terminación temporal de la política aislacionista, sólo para aprender las técnicas adecuadas a una moderna potencia nacional. Otros propugnaban públicamente la expulsión de los extranjeros, sabiendo muy bien que esto sería imposible. En 1868, naturalmente, los hombres de Satsuma y de Chōshū estaban profundamente convencidos de la necesidad de aprender de Occidente (por lo menos, en cuestiones militares) y de que si el Japón quería evitar el destino de China, la comunicación voluntaria y de carácter pacífico era preferible a la sumisión involuntaria en las condiciones dictadas por Occidente. En los años siguientes, los dirigentes del Japón estuvieron constantemente obligados a aceptar nuevas concesiones, o bien porque eran convenientes, o bien porque toda resistencia habría sido inútil. Por ejemplo, para evitar una intervención extranjera, se autorizó la reanudación del proselitismo por parte de los cristianos. Se adoptaron los sistemas legales y jurídicos occidentales, en gran parte para inducir a las potencias de Occidente a renunciar a sus privilegios de extraterritorialidad.

Pero el temor o el sentimiento de debilidad no fueron las únicas razones de la rápida aceptación de las costumbres occidentales por el Japón. De todos los pueblos de Asia los japoneses fueron los que mostraron la admiración más franca y sin reservas por la civilización occidental y por sus realizaciones, y la más decidida inclinación a lograr un mejor conocimiento

de Occidente. La Carta del Juramento había situado, públicamente, la occidentalización al lado de la creación de un estado poderoso, como los dos objetivos primordiales del nuevo régimen. En efecto, los dos se hallaban estrechamente relacionados en las mentes de quienes redactaron el juramento.

El proceso de occidentalización comenzó en seguida. Una vez que se abrieron las puertas del Japón, apenas hubo dudas acerca de la conveniencia de hacer viajes al extranjero. En 1860 el *bakufu* había enviado una misión de 80 funcionarios samurai a los Estados Unidos para ratificar el tratado comercial. El grupo fue acompañado por el barco *Kanin Maru,* un buque de guerra de construcción holandesa, que hizo el viaje de ida y vuelta a San Francisco, con capitán y tripulación japoneses. Uno de sus pasajeros era Fukuzawa Yukichi, que luego sería uno de los principales defensores de la modernización del Japón. Una segunda embajada del *bakufu* se trasladó a Inglaterra, a Holanda y a Francia, en 1862 y 1863. En 1864 Chōshū había enviado, secretamente, a cinco de sus jóvenes samurai a Inglaterra. En el grupo figuraban Itō Hirobumi e Inoue Kaoru. En 1865 Satsuma envió al extranjero a 19 hombres, entre ellos Terashima Muneori y Godai Tomoatsu. El resultado de estas operaciones del *bakufu* y de los *han* fue la adopción del armamento de estilo occidental y la creación de astilleros y de escuelas militares y de idiomas. El más importante de los viajes oficiales al extranjero emprendidos por el gobierno Meiji fue la Misión Iwakura, de 1872-1873, cuando Iwakura, Okubo, Kido, Itō y más de otros 40 jefes de la administración se trasladaron a los Estados Unidos y a Europa, al parecer para tratar de la revisión de los «injustos tratados» de 1858. El largo informe preparado por la misión subrayaba el retraso del Japón y la necesidad de aprender de Occidente, pero señalaba también los aspectos positivos del Japón (como la liberación del fanatismo religioso) y el hecho de que las naciones occidentales habían alcanzado su poderío sólo en los últimos cincuenta o cien años. Los japoneses se lanzaron a la tarea de la modernización con la confianza y la convicción de aspirar a un objetivo bien definido.

Después de la Misión Iwakura el gobierno comenzó sistemáticamente a procurarse consejeros extranjeros, anticipándose a las necesarias reformas. Esta costumbre había empezado a ser adoptada por el *bakufu* y por algunos *han* antes de la Restauración, y, finalmente, hacia 1875, había unos 500 ó 600 expertos extranjeros utilizados por el gobierno japonés. En total serían tal vez unos 3.000 los consejeros extranjeros del gobierno que llegaron al Japón, hasta 1890. Los expertos alemanes se em-

pleaban para organizar nuevas universidades y escuelas de medicina, y, poco después, hombres como Hermann Roesler (1834-1894) y Albert Mosse (1846-1925) colaboraron en la redacción de una constitución, y Ludwig Reiss (1861-1928) establecía una escuela de estudios históricos en la Universidad de Tōkyō. Los consejeros americanos contribuyeron a crear centros agrícolas y un servicio nacional de correos. Horace Capron llegó a ser un importante consejero para el desarrollo de Hokkaidō. David Murray, de Rutgers, invitado al Japón en 1873, colaboró en la creación de un nuevo sistema de escuelas elementales. Erasmus P. Smith, como consejero del Ministerio de Negocios Extranjeros, enseñó a los japoneses una nueva técnica diplomática. Los consejeros británicos se dedicaban al desarrollo de los ferrocarriles, del telégrafo y de las obras públicas. La marina estaba casi totalmente basada en el sistema inglés. El ejército, en cambio, contaba con instructores militares franceses. El jurista francés Gustave Boissonade actuó como consejero en la adaptación de los códigos legales franceses a las necesidades japonesas. Se empleó a pintores y escultores italianos para que revelasen los secretos del arte occidental. El celoso interés, característico del Japón, por su propia identidad, se pone de manifiesto en el hecho de que ninguno de todos esos consejeros fue colocado nunca en el vértice de los órganos administrativos japoneses. Sus servicios, además, se dieron por terminados tan pronto como los japoneses se consideraron capacitados para desenvolverse solos.

El Occidente era conocido por los japoneses también por medio de otros procedimientos. Los puertos francos, especialmente Yokohama y Kōbe, se convirtieron en cabezas de puente de la influencia occidental, en los que se desarrollaron comunidades extranjeras que daban origen a la creación de sus propias instituciones culturales. Además de las numerosas firmas comerciales y almacenes, las comunidades occidentales construían residencias, iglesias, escuelas y hospitales. Los puertos se convirtieron también en los centros desde los cuales los educadores y los misioneros partían hacia los pueblos y ciudades del Japón. Las incursiones de la civilización occidental a través del país se realizaron con gran rapidez y con enorme amplitud. Y mientras tanto, centenares de japoneses viajaban, particularmente, más allá de los mares, para observar e instruirse.

Es conveniente reflexionar, por un momento, acerca del carácter del mundo occidental que de tal modo fascinó a los japoneses. En cierto modo presentaba al Japón un frente más hostil que el del mundo occidental del siglo XX. No se acercaba con ninguna clase de ofertas de ayuda exterior, porque

era aquella la época de la expansión imperialista competitiva. Pero una vez que los japoneses llegaron a afirmarse frente a las potencias occidentales, se introdujo otro elemento. El Occidente, orgulloso de su religión y de su progreso, atento a su acervo cultural y a su misión, ofreció consejo y ayuda con apresurada solicitud. En una época de abierto *laissez-faire* en los negocios internacionales, el mundo también se abría a la curiosidad japonesa. El Occidente estaba orgulloso de compartir sus secretos. En este sentido presentaba al Japón una fachada más unificada que la de hoy, en que una gran fractura lo divide en dos campos opuestos. En 1870 Occidente quería decir progreso, cristianismo y ciencia.

Pero el Occidente presentaba también al Japón numerosas normas contradictorias, que planteaban distintos modelos para un verdadero desarrollo. En cuanto a la organización política, había los ejemplos opuestos del liberalismo británico o francés y el autoritarismo monárquico prusiano. Respecto a los valores esenciales las demandas espirituales de los misioneros contrastaban con los puntos de vista profanos de científicos darwinistas sociales. De modo que los japoneses de los años 1870 y de los 1880 se encontraron no sólo con el trauma de la modernización a través de la imitación de una cultura extranjera, sino también con la necesidad de decidir qué rasgos de la vida occidental eran más dignos de ser emulados.

Como en todos los casos de adopción de una cultura, lo que se ha llamado la «reacción japonesa» era un conjunto de numerosas actitudes diferentes e incluso contradictorias, en cuanto a comportamientos individuales. De una parte, estaban los que defendían la total aceptación de todo lo extranjero, los que literalmente habían llegado a detestar su propio pasado y sus valores. «El Japón debe volver a nacer» —decían—, con «América como su nueva madre y Francia como su nuevo padre». Había sugerencias, fruto de las predominantes teorías del darwinismo social, en el sentido de que los japoneses harían bien introduciendo en sus venas sangre occidental superior, por medio de matrimonios mixtos, y estas sugerencias llegaron incluso a contar con el momentáneo apoyo de hombres como Inoue e Itō. Se consideró esencial para el «progreso» japonés la modificación e incluso el abandono de su propio idioma. Fanáticos convertidos a los modos de vida occidentales dirigieron sus iconoclastas ataques contra todo el pasado del Japón, contra su gobierno, su arte, su literatura, su filosofía, como productos de una cultura tenebrosa y bárbara. Las formas occidentales se convirtieron para muchos en una manía absorbente, de modo que hubo japoneses que adoptaron con entusiasmo el

estilo occidental en los trajes y en los sombreros, que se dejaron crecer los cabellos, que lucían relojes y paraguas y aprendieron a comer carne. El país, en su conjunto, aceptó rápidamente la cultura material occidental, a veces con imprudente entusiasmo. Líneas férreas y telegráficas cruzaron los campos, se adoptaron nuevos estilos de arquitectura para los edificios del gobierno y para las fábricas, y las ideas políticas y sociales alemanas, francesas y anglo-americanas fueron introducidas en la educación y debatidas en grupos numerosos.

En realidad, desde comienzos de los años 1870, se mantenía un acalorado debate acerca de las cuestiones fundamentales de la occidentalización. Numerosos grupos de discusión constituidos en Tōkyō debatían las últimas ideas llegadas del extranjero y su aplicación al país. De todos estos grupos, el Meirokusha, fundado en 1873 por Mori Arinori, era el más importante, pues muchos de sus miembros llegaron a alcanzar gran influencia en el mundo del pensamiento y de la cultura. Entre ellos figuraban Fukuzawa Yukichi, fundador de la Universidad de Keiō, Katō Hiroyuki, que luego fue presidente de la Universidad de Tōkyō, Nishimura Shigeki, preceptor del emperador, Nishi Amane, luego presidente del Colegio Normal de Tōkyō, y Nakamura Masanao, fundador de la Escuela Normal Femenina de la misma ciudad. Aunque la organización tuvo una vida corta publicó una revista que divulgó las ideas occidentales y discutió también las diferencias esenciales entre los valores de las culturas japonesa y occidental.

El espíritu de los comienzos de la modernización Meiji se revela con la máxima claridad en el lema que inspiró a tantos intelectuales del grupo Meirokusha. «Civilización e ilustración» *(bunmei-kaika)* se convirtió en la consigna de quienes veían al Japón surgir de la barbarie. El Occidente ofrecía a estas personas la esperanza de progreso, gracias a su ejemplo de civilización ilustrada, a su ciencia y a sus valores sociales de igualdad y de individualismo. Entre los defensores de la consigna de «civilización e ilustración», sobresalía Fukuzawa Yukichi, cuyas *Condiciones del Mundo Occidental (Seiyō-djō)*, publicadas en 1866, se hicieron inmensamente populares como una descripción del maravilloso nuevo mundo de parlamentos, ferrocarriles, barcos de vapor, bancos, museos y universidades que él había descubierto en sus viajes por Occidente. Durante los años 1870 Fukuzawa surgió como un auténtico dirigente intelectual, interpretando las ideas occidentales para uso de los japoneses y aleccionando al país acerca de la necesidad de reformas. Su principal aversión se dirigía contra los valores sociales «feudales» y contra los dogmas confucianos que les servían de base. Su *Exhortación al Estudio (Gakumon no susume)*, publicada en 1892, contenía las famosas palabras iniciales: «El Cielo no ha creado a ningún hombre superior ni inferior a otro.» Su *Esbozo de la Civilización (Bunmeiron no gairyaku)*, que apareció en 1895, trataba de interpretar el significado de la civilización moderna para los japoneses. El autor incitaba a los japoneses a emanciparse del pasado, porque, una vez adquirida la libertad, «no hay nada en el mundo que pueda oponerse a la audacia y a la inteligencia del hombre».

Para Fukuzawa las luminosas cualidades del progreso y del individualismo se ponían de manifiesto en el campo de la política y en el de la instrucción. Pero la inquisitiva mente japonesa trató de profundizar más aún en la investigación del secreto del éxito occidental. Para convertirse en totalmente civilizados, ¿no tendrían los japoneses que vivir como los europeos e incluso creer lo mismo que ellos? Para muchos el verdadero problema había llegado a ser el del cristianismo. Nakamura Masanao, uno de los Meirokusha, había asegurado, en 1872, que el arte y la técnica occidentales eran una concha vacía, sin alma. Niijima Jō (1843-1890), a su regreso después de varios años de educación cristiana en los Estados Unidos, fundó la Dōshisha, en 1875, como un colegio para la inculcación de los principios cristianos en el Japón. Con el levantamiento de la prohibición de la actividad misionera cristiana en 1873, los misioneros comenzaron a captar la imaginación de los japoneses. Durante algún tiempo tuvieron un enorme éxito entre los exsamurai, muchos de los cuales transfirieron sus profundas lealtades personales, de sus daimyō, al nuevo Dios del Occidente ilustrado. Hacia 1880 se habían convertido quizá unos 30.000 japoneses, triplicándose el número hacia 1890.

El cristianismo suscitó la cuestión definitiva de la identidad y de la nacionalidad para los japoneses. ¿Era necesario hacerse cristiano para ser moderno y progresivo? ¿Y para ser cristianos tenían los japoneses que abandonar a sus *kami* y a su emperador? Bajo la superficie de la exuberancia inicial, continuaba la lucha por los valores fundamentales. Tampoco los occidentales residentes en el Japón estaban de acuerdo en sus opiniones. Los hombres de negocios y los profesores científicos se apresuraban a trazar una línea divisoria entre ciencia y religión. Las ideas de Herbert Spencer socavaron el mensaje de los misioneros. La corriente contraria al cristianismo se había consolidado, de nuevo, en 1890, cuando Uchimura Kanzō, profesor de la Primera Escuela Superior de Tōkyō, se negó, a causa de sus creencias cristianas, a inclinarse ante el retrato del emperador. La tempestad de protestas que desembocó en su destitu-

ción no hizo más que sacar a la superficie la hostilidad general a la aceptación, por parte del país, de una «religión extranjera».

El movimiento pendular no sólo se apartó del cristianismo, sino también del ideal liberal y de una occidentalización excesivamente entusiasta. Porque como no podía menos de suceder, el inicial entusiasmo por la vida occidental provocó contracorrientes de reacción etnocéntrica. La reacción tradicionalista, próxima siempre a la superficie, emergió durante los años 1880, apremiando a los japoneses a conservar su sentimiento de identidad cultural frente a la influencia extranjera. De nuevo se hizo oír la afirmación de que la civilización occidental era útil a causa de su técnica, pero que los valores espirituales y éticos japoneses eran superiores a los de Occidente y debían ser preservados; la esencia del Japón, su «constitución política nacional» *(kokutai)*, no debía perderse nunca. La reacción siguió dos direcciones, una que encontraba justificación en el mismo pensamiento occidental, y otra que abogaba por un retorno a las tradiciones espirituales del Shinto y del confucianismo.

No todos los intelectuales, ni siquiera los más convencidos del grupo Meirokusha, se habían sentido cómodos con el evangelio liberal, y se habían suscitado muchas reconsideraciones acerca de si la libertad conduciría a la depravación o el individualismo a la anarquía. Para estas personas resultaban especialmente atractivas las ideas del darwinismo social y las de la orientación alemana del estado. La teoría política alemana se convirtió en el fundamento lógico primordial de la nueva constitución de 1889.

Los más influyentes defensores de la resurrección de los valores japoneses se encontraban en el seno del gobierno, especialmente en el Ministerio de la Casa Imperial. Los tradicionalistas centraban su atención en el campo de la instrucción y en el esfuerzo por influir en los principios básicos sobre los que debe apoyarse la educación. En ningún otro campo de reformas habían actuado los japoneses con más rapidez ni con más decisión que en el desarrollo de un nuevo sistema educativo, porque los jefes Meiji comprobaron la importancia de la educación como factor primordial de la modernización. Sin embargo, ya desde el principio, la cuestión de los valores fundamentales se había convertido en un problema. ¿Debía basarse la educación en la búsqueda de conocimiento «por el mundo entero» o debería esforzarse por inculcar los valores de la lealtad y de la entrega al estado? En 1868 el espíritu de la restauración situó en primer plano a un grupo de estudiosos del Shinto que reclamaban la eliminación de la educación basada en el confu-

cianismo, en nombre de los valores imperiales japoneses. Su influencia fue victoriosamente combatida por los defensores de la preparación científica occidental. La Ordenanza sobre la Educación, de 1872, exigía un sistema de educación elemental totalmente occidentalizado, pero las posibilidades de una coalición de intereses que unificase un fuerte apoyo de base shintoísta al emperador con los principios confucianos de moral personal y pública permanecían latentes en el impulso del Japón tendente a la reconstrucción nacional. La solución definitiva de estas ideas opuestas se alcanzó con la promulgación del Edicto Imperial sobre Educación, en 1890, un documento que fundía elementos de la teoría shintoísta del estado, con principios éticos confucianos y con actitudes modernas respecto a la educación de los súbditos para el servicio del estado.

Así pues, la búsqueda japonesa de la identidad nacional había recorrido diversas fases. Desde una entusiasta y total defensa de la occidentalización hasta la asimilación y la modificación, para retornar a ciertos aspectos de la tradición japonesa. La amalgama de pensamiento resultante caracterizó el «conservadurismo ilustrado» del intelectual del último período Meiji. Todavía interesado por los elementos de progreso occidentales, aquel intelectual había comenzado a transformar una parte de su sentimiento de vergüenza a causa del retraso de su país, en un nuevo orgullo nacionalista que se nutría tanto de la evidencia del éxito japonés en la modernización, como de la adhesión, profundamente sentida, a los valores tradicionales. Los valores sociales del confucianismo y las ideas políticas del Shinto eran, pues, utilizados en apoyo del sentimiento de prestigio nacional del Japón.

17. La Constitución Meiji y la aparición del Japón Imperial

El sistema Dajōkan había establecido, en 1873, un gobierno altamente centralizado, de un estilo especialmente adecuado a la forma de organización política japonesa. En 1877 este gobierno había emprendido profundas reformas sociales y económicas, e incluso se había defendido contra una rebelión armada. Sin embargo, se enfrentaba todavía con una oposición procedente de diversas regiones, y no había resuelto aún dos problemas fundamentales, el de satisfacer las esperanzas de las potencias occidentales por medio de la adopción de alguna forma de estructura constitucional, y el de ganar el apoyo popular de la nación como conjunto. En 1878 Okubo, el ministro del Interior, había sido asesinado, según declaración de su asesino, por haber «impedido la discusión pública, suprimido los derechos populares..., errado en la gestión de los negocios extranjeros y causado una decadencia en el poder y en el prestigio nacionales». Estas palabras eran como resonancias de las quejas anti-gubernamentales de los llamados derechos populares *(minken)*, movimiento que venía cobrando cada vez mayor impulso desde 1873.

A finales de los años 1880 la oposición al gobierno central procedía, en primer lugar, de aquellos jefes de la Restauración que, por una u otra razón, se encontraban marginados del grupo dirigente, así como de diversos grupos de ex-samurai que deseaban una mayor participación en las decisiones gubernamentales. La convicción de que el gobierno Meiji se había convertido en una oligarquía dominada por los hombres de Satsuma y de Chōshū había conducido ya a algunos a la rebelión, y a otros, a pedir unos cauces más amplios de participación política. La presión en favor de la creación de una asamblea elegida comenzó con los primeros esfuerzos de algunos samurai encaminados a conseguir una representación *han*, pero no tardaron en convertirse en un movimiento político de mayor fuerza y amplitud. Los intereses políticos regionales o privados se nutrían de las ideas de libertad, de soberanía y de representación populares, tomadas de las obras traducidas de Mill o de Rousseau.

En 1874 un grupo de dirigentes políticos que habían abandonado el gobierno a causa de la guerra con Corea, al que

pertenecían Itagaki, Fukushima, Etō y Gotō, publicó un memorial en favor de una asamblea electiva. A continuación Itagaki levantó la bandera de la causa de la acción política popular, estimulando la formación de grupos de intereses políticos por todo el país. En 1875, en una reunión celebrada en Osaka, capitaneó una fusión de un buen número de grupos locales, formando una organización nacional llamada la *Aikokusha* (Sociedad patriótica). Aunque no era suficientemente amplia para poder ser calificada de partido político, esta sociedad utilizaba una diversidad de medios, tales como la discusión pública y el periodismo, para ejercer presión sobre el gobierno, con el fin de constituir una asamblea nacional, de rebajar los impuestos sobre la tierra y de revisar los convenios injustos.

En 1875 los jefes del gobierno Meiji se vieron obligados a tener en cuenta aquellas presiones. En realidad, no se oponían, fundamentalmente, a la posible adopción de alguna forma de representación en el gobierno japonés. Hacía ya tiempo que Kido abogaba por la preparación de una constitución en la que figurase la formación de un parlamento y la limitación de la responsabilidad ministerial. Pero otros —especialmente Okubo— se habían negado a seguirle. Sin embargo, en 1875, Okubo cambió de opinión, y, comprometiéndose con Kido y con Itagaki, permitió la publicación de un edicto imperial que anunciaba la instauración de un gobierno constitucional, a través de sucesivas etapas. Así nacía un nuevo organismo de funcionarios nombrados por el emperador y llamado Senado *(Genrōin)*, con el encargo de redactar una constitución.

Entre 1876 y 1878 el Senado preparó cuatro proyectos de constitución, todos ellos de concepción muy liberal, y, por lo tanto, inaceptables para Iwakura y Okubo. Para aclarar el ambiente, Iwakura, en 1879, requirió a los principales miembros de la oligarquía para que formulasen sus opiniones acerca del gobierno constitucional. Todos respondieron con declaraciones prudentes, excepto Okuma, que se abstuvo por motivos políticos. Cuando, al fin, Okuma presentó su contestación, abogaba por un sistema de responsabilidad del gabinete, semejante al británico. Okuma rompía así con el grupo más importante de los miembros directivos del gobierno, quienes le acusaron de pretender utilizar el movimiento *minken* en favor de sus intereses políticos. En 1881 fue expulsado del gobierno, y los dirigentes que permanecieron en él aprovecharon la ocasión para publicar una declaración imperial en la que se prometía una constitución para 1890. Iwakura ya había redactado un conjunto de principios fundamentales que habían de servir de orientación a Itō, a quien se había encargado la tarea de confec-

cionar la constitución, la cual debía emanar del emperador, ante quien serían responsables los ministros, y la legislación correspondería al gobierno. Estaba claro que el modelo que el Japón se proponía imitar era el prusiano.

Entre 1881 y 1889, tanto los dirigentes del gobierno como los del movimiento *minken* trabajaron con vistas al día en que se estableciese el gobierno constitucional. Itō hizo su viaje a Europa y volvió con un grupo de teóricos políticos alemanes que le servirían de consejeros. Cuando la forma de la constitución comenzó a perfilarse, el gobierno se adelantó a poner en funcionamiento los más importantes órganos de gobierno no representativos, que habían de servir como pilares de la nueva institución. En 1884 se estableció una nueva nobleza sobre el modelo prusiano de cinco clases, creando así la base para una Cámara de los Pares. Quinientas patentes fueron expedidas a antiguos cortesanos, a ex-daimyō y a un selecto número de jefes ex-samurai de la Restauración, que por aquel tiempo habían sido ya reconocidos como miembros de la oligarquía. En 1885 se formó un nuevo gabinete en el que los ministros continuaban siendo responsables ante el emperador. En 1888 se creó un Consejo Privado, con carácter vitalicio, nombrado por el emperador, con el propósito inmediato de aprobar la constitución. Este grupo continuaría existiendo con posterioridad a 1890, como alto organismo consultivo de asistencia al emperador. Así pues, en 1888, la mayor parte del aparato de gobierno que surgiría con la constitución estaba dispuesto ya. El único elemento que faltaba era la Dieta, que se convertiría en la más importante concesión de la oligarquía al concepto de representación.

Mientras tanto, los que se hallaban fuera del gobierno comenzaron a organizar a sus seguidores, anticipándose a las nuevas funciones políticas que alcanzarían a través del proceso electivo. Itagaki y Gotō organizaron el *Jiyūtō* (Partido Liberal), mientras Okuma y Ozaki Yukio formaban el *Kaishintō* (Partido de la Reforma). Estos grupos, con el apoyo de otros intelectuales, editores de periódicos, nuevos y diversos intereses financieros y terratenientes locales de ciertas zonas del país lograron organizar una considerable agitación política, con anticipación al establecimiento de la Dieta. Su actividad fue suficientemente perturbadora para el gobierno, hasta el punto de que intentó calmarla. En 1882 el gobierno organizó un partido político que se sometía a sus propias directrices, el *Teiseitō* (Partido Gubernativo Imperial), y, al mismo tiempo, concedió nuevos poderes a la policía para disolver las reuniones políticas y para censurar los periódicos. Itagaki y Okuma no pudieron conservar la

armonía en el seno de sus organizadores, y, en 1884, el *Jiyūtō* había sido disuelto, y Okuma había abandonado el *Kaishintō*.

La Constitución Meiji, promulgada en 1889, fue una notable combinación de técnica política occidental y de ideas políticas japonesas tradicionales. Su filosofía de gobierno, sobre todo en lo referente a la cuestión de la soberanía y a la relación del emperador con el gobierno y con el pueblo, se basaba en principios que los japoneses, durante siglos, habían considerado como su forma de gobierno heredada *(kokutai)*. El emperador fue legitimado como un monarca absoluto y sagrado, superior al gobierno, a la vez que era la personificación del estado. Todos los japoneses eran súbditos suyos y debían servirle lealmente.

El mecanismo de gobierno previsto por la Constitución seguía siendo altamente burocrático y centralizado. El emperador estaba servido por un Ministerio de la Casa Imperial y por una Ley de la Casa Imperial, que existían al margen de la Constitución y de los cauces normales de gobierno. El emperador consultaba a su Consejo Privado y se hallaba por encima del primer ministro y de su gabinete, que era responsable sólo ante él. Los ministros del ejército y de la marina estaban también situados bajo el emperador, que ejercía las funciones de Comandantes en jefe, independiente del control civil. La administración local estaba directamente adscrita al Ministerio del Interior, y los gobernadores eran nombrados por el gobierno central.

El pequeño acceso de participación popular facilitado por la Constitución se encontraba en la Dieta y en las asambleas locales, en general carentes de todo poder. La Dieta estaba compuesta por una Cámara de los Pares y por una Cámara Baja, formadas mediante un procedimiento electoral cuidadosamente limitado. Las personas con derecho a voto en la primera elección fueron, aproximadamente, unas 450.000, es decir, alrededor del 1 por 100 de la población. Concebida primordialmente como una institución para el debate de las medidas de gobierno, la Cámara Baja no tenía verdaderos poderes de iniciativa. Sin embargo, no tardó en explotar su capacidad de obstrucción y de crítica. De hecho, el único poder efectivo otorgado a la Cámara Baja era el de negar su voto al presupuesto nacional, e incluso este poder se vio debilitado cuando se decidió que, si se rechazaba el presupuesto para un año determinado, automáticamente se aplicaba el del año anterior.

Sin embargo, definir la Constitución Meiji como un documento ciegamente reaccionario, como algunos han hecho, no es totalmente justo. Aunque salvaguardaba los privilegios de la clase dirigente y reforzaba los valores políticos y sociales con-

servadores, no por ello dejaba de ser un documento moderno, especialmente si se tiene en cuenta la época en que fue redactada. Ciertamente, en el marco de la historia política japonesa, el documento era una importante innovación, pues constituía la base de un moderno estado de derecho, y establecía unas instituciones a través de las cuales se llevaría a cabo el ulterior desarrollo político del pueblo japonés. La instauración de la Dieta no había sido una simple concesión forzada por una oposición ruidosa. Itō había trabajado duramente contra una fuerte resistencia en el seno del gobierno, para conseguir su aceptación, y estaba convencido de haber facilitado el organismo que permitiría un verdadero sondeo de la opinión pública y la posible expansión de la participación popular en las decisiones del gobierno. La Constitución fue cuidadosamente proyectada para mantener el *status quo* político, desde luego, pero resultó mucho menos autoritaria de lo que algunos miembros de la alta burocracia habrían deseado. Y una vez promulgada, obtuvo la aprobación de la prensa japonesa, así como de los especialistas en constituciones y de los juristas del mundo entero, incluidos hombres como Herbert Spencer y Oliver Wendell Holmes.

Sobre todo dos disposiciones constitucionales contribuyeron a ampliar el proceso político en el Japón. El artículo IV, que disponía que el gobierno debería actuar «de acuerdo con la constitución», abría el camino a los teóricos para afirmar que podía existir una ley por encima del emperador, y que, por lo tanto, el gobierno debía ser responsable ante la voluntad popular. En segundo lugar, la Dieta y el proceso electoral facilitaban el marco adecuado para la actividad política de los partidos, lo que acabaría obligando al gobierno a responder a las presiones de los partidos y a suavizar el régimen oligárquico que predominó durante el último período Meiji. La Constitución, por lo tanto, fue el vehículo de un proceso estrictamente controlado de modernización política.

Pero la Constitución Meiji también tenía graves defectos. No sólo institucionalizó la soberanía en la persona de un «emperador divino», sino que dio un ropaje de credibilidad a los mitos y a los dogmas de santificación que a lo largo de la historia habían servido de soporte a la monarquía japonesa. Desde el punto de vista simbólico y emotivo, el emperador seguía siendo la más entrañable representación de la identidad nacional. La Constitución perpetuaba también aquella forma especial de la adopción de las decisiones políticas japonesas que dejaba en la sombra el marco de responsabilidad, detrás de un «soberano irresponsable», que hablaba en nombre del consenso de sus

consejeros políticos. Fue esta combinación de absolutismo imperial y de vaga responsabilidad asumida por una burocracia centralizada lo que resultó tan difícil de abrir al proceso representativo, en los años siguientes.

Sin embargo, a pesar de sus defectos, la Constitución de 1889 situó al Japón entre las «naciones civilizadas», a los ojos de los autores políticos occidentales, y esto había de reflejarse muy pronto en las relaciones del Japón con las potencias mismas de Occidente. Uno de los más importantes objetivos de los dirigentes Meiji había sido el de conseguir que su nación ocupase un lugar entre los países adelantados, eliminando así la vergüenza de los tratados injustos. Que el Japón haya alcanzado este objetivo, ampliamente, a comienzos del presente siglo suele considerarse como uno de los más grandes éxitos de la Historia moderna. Porque en un breve período de cincuenta años el Japón iba a dejar de ser un indefenso conjunto de islas apenas conocidas, para convertirse en un imperio moderno, victorioso en las guerras contra China y contra Rusia.

Si no se hubiera producido la subsiguiente invasión del continente chino, ni Pearl Harbou, ni el bombardeo atómico de Hiroshima en 1945, esta opinión se mantendría, sin duda, indiscutible. Pero tales acontecimientos han inducido a muchos historiadores a una interpretación más escéptica del surgimiento del Japón como potencia imperialista. ¿Fue una ventaja para el pueblo japonés como conjunto —se preguntan— que su país intentase competir tan decididamente en la «era del imperialismo»? ¿El carácter autoritario de la Constitución Meiji y la política internacional de la oligarquía Meiji no situaron intencionadamente al Japón en el camino que conduciría su política nacional a la guerra y a la expansión, en perjuicio del bienestar general? ¿Eligió el Japón, deliberadamente, el imperialismo como su estilo nacional propio, y, de este modo, condujo a su pueblo al desastre de 1945?

Como respuesta sólo cabe preguntarse qué alternativas se ofrecían al Japón en los años 1890. Evidentemente, no podemos aceptar la idea de que un plan trazado en los años 1880 situase al Japón en un camino que inevitablemente le conduciría a la ruina de 1945. El comportamiento internacional del Japón fue el resultado de muchas presiones e intereses. Y si hay algún factor consistente que perdura a lo largo de los años transcurridos entre 1853 y 1945, no es tanto el apetito territorial como el deseo de alcanzar una consideración y una seguridad. Desde los comienzos de la fase moderna de contactos con Occidente, el Japón se mostró decidido a «no ser segundo» entre las nacio-

nes mundiales, y esto, necesariamente, planteaba ciertas exigencias a sus dirigentes.

Por ejemplo, en 1853, si el Japón no se hubiera propuesto más que seguir siendo una nación independiente, habría tenido que edificar un sistema diplomático respaldado por su potencia nacional, para proteger su propia seguridad internacional. Además de esto la obtención de una cierta libertad de acción requería que el Japón se dotase de las formas institucionales por las que el Occidente se consideraba «civilizado», que estableciese unas leyes internas aceptables, y que desarrollase el juego de tratados y de acuerdos con el exterior. Y si además trataba de «no ser segundo», es decir, de introducirse en el campo de la competición imperialista, necesitaba una mayor capacidad de afirmación. Necesitaba una voluntad y una posibilidad de llegar hasta el límite de su potencia nacional, una diplomacia inteligente y la decisión de correr el riesgo de la guerra. El Japón entraba en el campo de la competición internacional con ciertas ventajas. Sus jefes tomaban muy en serio las relaciones exteriores. Estaban dispuestos a destinar a los mejores talentos nacionales al campo de la diplomacia internacional y a apoyarlos con todos los recursos nacionales necesarios: un ejército y una armada modernos, y una fuerte corriente de opinión pública.

La historia diplomática de la ascensión del Japón como potencia mundial moderna se desarrolló a través de diversas fases, hasta el dramático momento en que el país surgió victorioso sobre Rusia, en 1905. Desde 1853 a 1871 los dirigentes japoneses se vieron obligados a negociar tiempo y concesiones, mientras adquirían el dominio de la nueva diplomacia y las nuevas exigencias de la negociación internacional y de la defensa nacional. A veces se olvida todo lo que los japoneses aprendieron, incluso antes de 1868. Porque en los dos bandos de la rivalidad interior los funcionarios japoneses, tanto del shogunato como de los *han*, habían comenzado a tratar con los diplomáticos extranjeros, directamente, y, a menudo, con enorme eficacia. Ya habían aprendido de sir Harry Parkes, de la Gran Bretaña, o de Léon Roches, de Francia, algunas de las sutiles agudezas de la política internacional occidental. Así, después de 1868, el gobierno maniobró rápidamente para satisfacer las demandas de las potencias occidentales respecto a la protección de los ciudadanos extranjeros en el Japón, y, por diversos procedimientos, trató de reducir la presión que Occidente estaba ejerciendo sobre el país. Sin embargo, hasta 1871, con el nombramiento de Soejima como ministro de Negocios Extranjeros, y, poco después, con la utilización de Erasmus P. Smith, de

los Estados Unidos, como consejero de Soejima, los japoneses no pudieron iniciar una fase de diplomacia positiva.

Entre 1871 y 1894 los dirigentes japoneses se concentraron en dos objetivos principales: primero, el de definir y asegurar la posición internacional del Japón en términos del lenguaje diplomático moderno, y, segundo, alcanzar la revisión de los llamados tratados injustos. El primer objetivo fue llevado a cabo resueltamente y con sorprendente facilidad por la nueva dirección en el Ministerio de Negocios Extranjeros. En 1871 el Japón concluía un tratado comercial con China, que reconocía también la igualdad de las dos naciones en los términos del nuevo lenguaje de la diplomacia internacional. En 1872 los japoneses aseguraron el control administrativo de las islas Ryūkyū, y, al año siguiente, colocaron las islas Bonin bajo el control de la armada japonesa. En 1875 arrebataron a Rusia las Kuriles mediante un tratado, y fijaron claramente la frontera entre Japón y Rusia en Siberia. La primera y auténtica crisis en las relaciones exteriores sobrevino a causa de Corea. Había sido la negativa de Corea a reconocer inmediatamente al Gobierno Meiji lo que incitó a algunos miembros del gobierno a proponer que el Japón declarase la guerra a Corea. La anulación de esta política por parte de Iwakura y de Okubo dio origen, como hemos señalado, a una importante escisión en el seno del gobierno. En 1874, en parte para apaciguar a la facción vencida en la controversia acerca de Corea, el gobierno envió una expedición naval a Taiwan, como represalia directa por un incidente en el que unos indígenas de Formosa habían dado muerte a algunos marineros de las islas Ryūkyū. La expedición fue costosa y no muy afortunadamente dirigida, pero constituyó otra victoria diplomática para el Japón. Mediante una hábil diplomacia los japoneses lograron superar a China suscitando dudas legales acerca de las pretensiones de este país acerca de Formosa, y asegurando un absoluto reconocimiento de la soberanía japonesa sobre las islas Ryūkyū.

En 1876 los japoneses se abrieron paso en Corea, utilizando la misma técnica cañonera que los occidentales habían utilizado contra el Japón en 1853. El tratado de Kanghwa resultante de esta operación no sólo abrió Corea el comercio japonés, sino que incluía también una cláusula acerca de la independencia coreana, que constituía la cuña inicial para la ulterior separación de Corea de la soberanía china. Tras haber emplazado una potente guardia armada en Seúl los japoneses comenzaban ahora a participar directamente en el juego del imperialismo, rivalizando con Rusia y con China por la influencia en el continente.

Los mismos años 1870 y los 1880 que asistieron a estos avan-

ces diplomáticos resultaron extremadamente decepcionantes en cuanto al deseo japonés de alcanzar una revisión de los tratados. A lo largo de todos esos años los tratados continuaron siendo un problema político de primera magnitud, y figuras relevantes como Terashima e Inoue se vieron humillados, en el plano nacional, a causa de su imposibilidad de negociar la revisión con las potencias extranjeras. En 1889 Okuma, que entonces desempeñaba el cargo de ministro de Negocios Extranjeros, perdió una pierna frente a un agresor que le atacó por su fracaso, al no ser capaz de eliminar de los tratados la cláusula de los tribunales mixtos. Pero la corriente había comenzado ya a cambiar. Como las potencias occidentales se daban cuenta de que el Japón había adoptado una nueva constitución y había puesto en vigor códigos comerciales y jurídicos basados en los modelos occidentales, la resistencia a las demandas del Japón en orden a abolir la extraterritorialidad comenzaba a debilitarse. Y acabó, finalmente, en 1894, cuando el ministro de Negocios Extranjeros, Aoki, llegó a un acuerdo con el secretario del exterior británico, Kimberley, según el cual la extraterritorialidad desaparecería en 1899. Las demás potencias no tardaron en hacer lo mismo. La autonomía arancelaria no había de recuperarse hasta 1911, pero el aspecto más enojoso de los tratados injustos había sido eliminado.

A partir de 1894 el Japón entró en una nueva fase de sus relaciones internacionales, que se inició con su guerra contra China, y que había de acabar, once años después, con una victoria militar sobre Rusia. Es un hecho indiscutible que la guerra de 1894-95 contra China señaló la mayoría de edad del Japón a los ojos del mundo. La victoria relativamente fácil alcanzada por los japoneses sorprendió al mundo y demostró a las potencias occidentales el rápido dominio de las modernas armas de guerra logrado por el Japón. La guerra puso también de manifiesto que el Japón era una potencia con la que habría que contar en el área del Extremo Oriente. Porque, si bien sus fuerzas eran todavía relativamente modestas, su situación geográfica le permitía transportar sus fuerzas al continente, con gran rapidez. La posible amenaza que el Japón representaba para las potencias occidentales, alcanzó un pronto reconocimiento en la Triple Intervención de 1895. Alarmadas ante la perspectiva de una ulterior expansión del Japón en el continente, Rusia, Alemania y Francia intervinieron para bloquear la conquista, por parte del Japón, de la península de Liaotung, en calidad de botín como consecuencia de la guerra contra China.

En 1900 los japoneses se unieron a la expedición de socorro de los aliados a Pekín, con motivo de la insurrección de los

Boxer. Una vez más los japoneses impresionaron a los observadores occidentales, especialmente a los británicos, por la excelente disciplina y preparación de sus fuerzas, y por sus cualidades de «valor, de heroísmo y de prudencia». Dos años después el Japón entraba en la historia universal firmando un tratado de alianza con la Gran Bretaña. Mediante este tratado, el primero firmado entre una potencia occidental y una nación asiática, el Japón alcanzaba su más tangible reconocimiento de igualdad diplomática. Dos años después, en 1904, el Japón atacaba a los rusos en Port Arthur, y, tras dos años de lucha encarnizada, infligía la primera gran derrota asiática a una potencia europea moderna.

La capacidad del Japón en orden a alcanzar su seguridad internacional y a competir con éxito frente a las potencias imperialistas no era simplemente el resultado de su dramática reorganización política a partir de 1868 y de su habilidad en el juego diplomático. Bajo estas realizaciones se encontraban como soporte reformas sociales y económicas de gran alcance, que encaminaban al Japón hacia un notable crecimiento económico y facilitaban los medios que le permitían competir también en las esferas del comercio internacional y del desarrollo de la industria. La transformación del Japón en una organización económica moderna constituyó un éxito menos directamente ostensible, pero no por ello menos notable. Entre 1880 y el Japón actual se llevó a cabo, en realidad, el más rápido ritmo de crecimiento de todas las naciones industriales del mundo.

Las primeras fases de las reformas sociales y económicas del Japón han sido descritas ya. Durante los años 1860 y los 1870 se eliminó la mayor parte de las antiguas restricciones que actuaban sobre la movilidad social y sobre la innovación económica, a la vez que los cambios estructurales e institucionales contribuían a crear un ambiente favorable al desarrollo económico. Gran parte de lo ocurrido no estaba previsto pero, en líneas generales, tenía su germen en el lema del *fukoku-kyōhei*. La abolición de las restricciones de clase y de profesión, aunque constituyese una carga para la clase samurai, no por ello dejó de liberar unos enormes recursos de energía humana, impulsando a hombres de talento hacia una gran diversidad de nuevas ocupaciones y profesiones. Mientras tanto, el gobierno, mediante su revisión de los impuestos sobre las tierras y su ordenación de un sistema unificado de moneda y de banca, facilitaba el ámbito dentro del cual podía desplegarse la nueva energía.

En los primeros años posteriores a la Restauración, el sector agrario de la economía japonesa fue, sobre todo, el que produjo los excedentes que respaldaron al gobierno y que formaron

las reservas financieras que dieron su inicial impulso a las nuevas industrias. Historiadores como E. H. Norman han criticado al gobierno Meiji por una política que sacaba el jugo a los agricultores, a favor de un estado que actuaba en virtud de motivaciones imperialistas. Estudios más recientes, llevados a cabo por Lockwood y por Rosovsky, han demostrado que el gobierno no desempeñó un papel tan predominante en la economía nacional y que el Japón siguió, en gran parte, el mismo esquema de la mayoría de los países europeos al basarse en la agricultura como en el principal apoyo durante la primera fase del crecimiento económico. Lo más asombroso del Japón, en lo que a aquellos primeros años se refiere, fue la gran energía demostrada por el pequeño hombre de negocios, la constante mejora de la producción agrícola y la considerable voluntad de los japoneses orientada hacia el ahorro, a pesar de su bajo nivel de vida. En algunas zonas, naturalmente, el gobierno no pudo menos de ejercer su intervención, sobre todo en el desarrollo de arsenales y de determinadas industrias pesadas. La protección del gobierno se orientó también hacia la creación de líneas marítimas y ferroviarias. Los servicios de correos y de telégrafos se desarrollaron rápidamente bajo la administración del gobierno. Pero el verdadero secreto de la modernización económica del Japón radica en otra parte.

El auténtico punto de partida del desarrollo económico moderno del Japón puede situarse en el período de veinte años comprendido entre 1886 y 1905. La primera fecha señala el final de la llamada deflación Matsukata, momento en que el Japón entró en posesión de una sólida base monetaria, capaz de sostener el moderno desarrollo industrial. Entre 1876 y 1881 el gobierno se había visto obligado a ampliar, peligrosamente, su emisión de papel-moneda para afrontar los gastos de la guerra en Satsuma y el programa de transformación de las pensiones de los samurai. Una fuerte inflación creó una seria crisis presupuestaria y originó un grave desequilibrio en la balanza de pagos. Matsukata, nombrado ministro de Hacienda en 1881, estableció una enérgica política deflacionaria, reorganizó el sistema bancario creando el Banco del Japón, y facilitó al gobierno un sólido sistema presupuestario. Bajo su dirección, el gobierno se hizo financieramente solvente, y el país, al fin, creó un sistema de circulación moderna. Al propio tiempo un audaz grupo de empresarios, que habían resistido los embates de la deflación, estaban dispuestos a lanzarse a una gran diversidad de nuevas empresas.

Sin embargo, no fueron las ostensibles industrias pesadas las que facilitaron el primer estímulo al desarrollo económico, ni

las que dieron al Japón la base necesaria para alcanzar su seguridad económica internacional. Uno de los más importantes procesos de aquel momento fue la expansión de la producción de la seda para la exportación. Era ésta una industria que tenía sus raíces en la tradicional economía rural, pero que venía a satisfacer una creciente demanda extranjera. Una vez que los japoneses pudieron modernizar la industria y resolver las exigencias del control de la calidad suficientes para atender al mercado europeo, las sedas japonesas fueron objeto de una gran demanda. Entre 1899 y 1903 el Japón produjo más de 7.500 toneladas de seda en rama, anualmente, convirtiéndose así en el mayor productor del mundo.

Inmediatamente después de la seda la industria japonesa más productiva fue la del hilado del algodón. Con la introducción de las técnicas mecanizadas del hilado, los japoneses adaptaron rápidamente la estructura de su trabajo doméstico a las exigencias de la nueva industria. Mediante el desplazamiento de grandes sectores de trabajadores agrícolas excedentes, sobre todo, mujeres, a las nuevas factorías, con carácter temporal, la industrialización pudo avanzar sin excesivos trastornos en la base económica tradicional de las zonas rurales. En 1907 el Japón tenía 1,5 millones de husos, y producía, aproximadamente, 200.000 toneladas de hilados de algodón al año.

Con estas dos industrias soportando la carga más importante de la balanza comercial, el Japón avanzó, gradualmente, hacia una producción más diversificada de bienes industriales, pero esto no repercutió considerablemente, ni en el mercado interior ni en el exterior, hasta después de 1905. Pero en 1905 existía ya la evidencia de que el Japón había comenzado a entrar en una nueva fase de desarrollo económico. En los primeros años 1880, la seda en rama, el té y el arroz habían cubierto los dos tercios de las exportaciones del Japón, y, durante los quince años siguientes, sólo el cobre y el carbón se habían agregado como exportaciones de considerable volumen. Sin embargo, en 1905, más de la mitad de las exportaciones del Japón estaban mecanizadas, y consistían en hilados de algodón y en tejidos de algodón y de seda en piezas. Tōkyō, Osaka, Yokohama y Kōbe se habían convertido en centros de nuevas industrias pesadas y de consorcios comerciales y financieros en pleno desarrollo. Se iniciaba un período de amplia industrialización.

Al final de la guerra ruso-japonesa, el Japón se había convertido en una potencia mundial, en el verdadero sentido de la expresión. Ahora era llamado, con justicia, «Japón Imperial» *(Dai Nippon Teikoku)*. Poseía un imperio, consistente en For-

mosa, obtenida en 1895, y en la península de Liaotung, conquistada en 1905, y pronto iba a ocupar Corea. Así pues, el Japón era un pleno participante en las rivalidades imperialistas dentro del marco continental. A la cabeza del estado se encontraba la imponente figura del emperador Meiji, de nuevo elevado al papel de símbolo de la dignidad nacional. Hombre maduro, de fuerte constitución y de vigoroso aspecto, se le veía, generalmente, a caballo, con su uniforme de Mariscal de Campo: para el mundo, simbolizaba la potencia recientemente alcanzada por el Japón, mientras para su pueblo constituía la figura de un padre benévolo. En este emperador centraba el pueblo japonés su sentimiento nacionalista, que ahora, por primera vez, le aglutinaba en una comunidad nacional.

En 1905 el Japón había librado y ganado dos guerras contra enemigos extranjeros. Las guerras contra China y contra Rusia habían sido guerras totales, que habían exigido un esfuerzo nacional total. El reclutamiento había alcanzado a todas las clases; los periódicos y la propaganda del gobierno habían dramatizado el esfuerzo nacional y los objetivos nacionales por los que estaba muriendo la juventud japonesa. El nuevo santuario de los caídos en la guerra, el Yasukuni Jinja, se convirtió en el centro de un nuevo sentimiento de sacrificio patriótico. El Japón no sólo había desarrollado una formidable máquina militar, sino que había creado también una nación unificada que prestaba su apoyo a aquella máquina y a su gobierno, tal como aparecía simbolizado en el emperador.

18. La década de los años 20.—Partidos políticos y movimientos de masas.

La muerte del emperador Meiji, en 1912, puso fin, simbólicamente, a la primera etapa de la evolución del Japón como nación moderna. El nuevo emperador Taishō subía al trono en circunstancias muy distintas de las que había encontrado su padre. Los fundamentos básicos del Japón Imperial se hallaban establecidos ya. En la era Taishō (1912-26), el Japón se enfrentó con un nuevo orden de exigencias, creadas por las presiones del desarrollo y por las dificultades de ajuste en el marco de una estructura que había sido instituida por la Constitución Meiji. En 1920 los problemas con que el Japón se enfrentaba eran los de su grandeza, los de la industria en pleno desarrollo, los de la instrucción para todos, los de la participación política de las masas y los de las crecientes responsabilidades mundiales. El Japón, según Ward y Rostow, se enfrentaba con la necesidad de integrarse en una sociedad que se encontraba en rápido proceso de modernización.

Las nuevas exigencias planteadas al Japón en la era Taishō, tanto en el interior como en el exterior, eran, en ciertos aspectos, más difíciles de arrostrar que las del período Meiji. A partir de 1920 el Japón se encontraba con un ámbito cada vez más hostil. En 1918 las condiciones internacionales que rodeaban al Japón eran fundamentalmente distintas de las de comienzos de los años 1900. La tragedia de la Gran Guerra y la impresión producida por la revolución en Rusia habían moderado a las potencias occidentales. Las ideas de una democracia internacional alimentada por el concepto de la autodeterminación de los pueblos, o la esperanza de haber librado una guerra que pondría fin a todas las guerras, así como la confianza depositada en la Sociedad de Naciones, vinieron a cerrar la época del imperialismo descubierto. Pero el Japón entraba en el período de la postguerra, en una actitud totalmente distinta. El país no había sufrido a causa de las acciones bélicas, ni se había visto arrastrado por la corriente de odios nacionales que tanto había afectado a los países de Europa. El Japón había prosperado a expensas de Alemania y de otras potencias occidentales, mejorando sus posiciones comerciales y ocupando nuevos territorios estratégicos en China y en el Pacífico, que hasta entonces detentaba Alemania. No

había, por consiguiente, razón alguna para desaprobar la política imperialista. Por el contrario, la guerra había estimulado el apetito del Japón respecto a nuevos progresos, especialmente en el continente. El hecho de no haber alcanzado todos los objetivos de las 21 demandas incitó, sencillamente, al Japón a adoptar una actitud más resuelta en relación con China. El empujón militar en Siberia parecía una lógica secuela de la Primera Guerra Mundial en la zona oriental asiática.

Así pues, el Japón, un recién llegado al campo de la rivalidad imperialista, trataba todavía de expansionarse, precisamente cuando las potencias occidentales se sentían inclinadas a la aceptación de un *status quo* duradero. Recientemente admitido en los altos consejos internacionales con la Gran Bretaña, con los Estados Unidos y con Francia, el Japón se encontraba cada vez más comprometido en un contexto de acción internacional, determinada por las grandes organizaciones democráticas permanentes. El prestigio de las democracias era grande, al igual que el de su visión de un mundo de estados democráticos coexistiendo pacíficamente. Pero en lo que al Japón se refería, esta visión occidental constituía una realidad cada vez más restrictiva e incluso hostil. Aunque, al principio, el Japón se esforzó por ajustarse a la nueva situación y por moverse en el tablero internacional de acuerdo con las declaraciones diplomáticas de Versalles, de Washington y de Londres, las necesidades defensivas y las aspiraciones nacionales del Japón iban entrando cada vez en mayor conflicto con los intereses de las potencias occidentales.

Mientras tanto, el Japón se encontraba con problemas interiores de una nueva magnitud y de una nueva complejidad. En 1918 el contexto de la acción política en el interior —el carácter de la política y las voces de los dirigentes o de la oposición—, el proceso de la interacción social y los problemas de reajuste económico eran ya muy distintos de los de la época Meiji. Ahora el Japón constituía una sociedad industrial, intensamente urbanizada; en 1920 su población había sobrepasado los 55 millones. Tōkyō había superado los dos millones de habitantes, y Osaka había llegado a mucho más de un millón. La fuerza de trabajo de la industria contaba con más de 1.600.000 hombres. El Japón ya no era un país que pudiera ser dominado por un pequeño grupo de individuos políticamente influyentes, situados en altos cargos. Con la aparición de nuevas profesiones y ocupaciones, con la difusión de la instrucción a través de un sistema educativo nacional y del sentimiento nacionalista como consecuencia del reclutamiento militar, el Japón estaba convirtiéndose en una «sociedad de masas», en la que comenzaban a diferenciarse grandes y nuevos intereses de clase y de grupo, que, a su vez, encontraban nuevos modos de expresarse a través de los grandes medios de comunicación de masas y de las organizaciones formadas por numerosos asociados, o a través de nuevos tipos de dirigentes que podían utilizar los medios de comunicación de masas o dominar las técnicas de la organización política y de la acción política directa. El nuevo contexto de acción política implicaba ahora, además de ciertos grupos minoritarios claramente definidos, grandes grupos de intereses, organizaciones de partidos, asociaciones de masas y sindicatos. El problema político interno fundamental había llegado a ser el de mantener un equilibrio entre aquellos grupos, y el de satisfacer, en la medida suficiente, sus necesidades y aspiraciones, sin que se produjesen excesivos conflictos o tensiones con los intereses del estado, que trataba de conservar la estabilidad interior y la seguridad internacional.

Para explicar la política de los años 1920, los historiadores han utilizado un determinado sistema de términos para identificar los intereses que rivalizaban en su lucha por el control de la política del gobierno. La política japonesa dominante en los años 1920 correspondía a una fuerte coalición de intereses minoritarios, que constituía un *establishment* bien definido. Sus elementos más destacados eran una aristocracia, la burocracia superior (a la que los japoneses daban el nombre de *mombatsu),* los dirigentes del partido político conservador, los grandes intereses capitalistas (el *zaibatsu),* los intereses de los terratenientes y la burocracia militar *(gumbatsu).* Durante este período la nobleza y otros que se encontraban próximos al trono o que dependían de las fuentes hereditarias del prestigio político iban perdiendo terreno, evidentemente. Pero los restos de la oligarquía Meiji no habían desaparecido aún; Yamagata y Saionji estaban vivos todavía en este período, y sus sucesores, como «ancianos hombres de estado», estuvieron también activos en cuanto grupo, aunque fueron menos influyentes en cuanto individuos. Estrechamente asociados con la alta burocracia estaban los miembros de las minorías dirigentes de los partidos, que nombraban y destituían a los titulares de los cargos, según las conveniencias del partido y los resultados de las elecciones. La influencia del mundo de los negocios constituía una fuerza nueva e importante, pues los grandes intereses del *zaibatsu,* una vez dominada la economía de la nación, buscaban los medios de influir también en la política del gobierno. Los intereses de los terratenientes facilitaban una base sólidamente conservadora a la política japonesa. Los in-

tereses militares, siempre poderosos bajo el gobierno Meiji, comenzaron también a diferenciarse como una facción distinta en los años 1920. Así pues, el *establishment*, consistente en un grupo de *élites*, cada una con su independiente fuente de poder, formaba una compleja coalición de intereses creados.

Por debajo de la coalición de poder dominante, los años 1920 vieron surgir ciertos intereses de masas disidentes. Las preocupaciones corrientes de los obreros industriales y de los agricultores se centraban, sobre todo, en la seguridad económica y en el bienestar social. Los empleados de las ciudades, los periodistas, los profesores y otros tipos de intelectuales tendían a representar los olvidados «intereses del consumidor» y a adoptar, por razones obvias, una actitud de oposición intelectual frente al *establishment*. Por lo tanto, la política de los años 20 se libraba a dos niveles, como una lucha por el equilibrio del poder en el seno de las diversas *élites* que formaban el *establishment*, y como una lucha entre el *establishment* y las fuerzas de los intereses de las masas por el control de la política.

Evidentemente, los problemas que se discutían no podían ser más concretos. Uno de los más importantes sectores de discrepancia era el de la política exterior, porque los aspectos exterior e interior continuaban manteniendo, en el Japón, una relación extremadamente sensible. De una parte, estaba el vidrioso problema de la seguridad nacional del Japón y el de su defensa militar, así como el de sus efectos sobre la economía interna japonesa y sobre el comercio exterior. La relación de la economía interna japonesa con el mundo exterior había sido siempre azarosa, en primer lugar, a causa de la falta de materias primas nacionales, y, en segundo lugar, como consecuencia del mercado extremadamente competitivo al que los japoneses habían sido los últimos en llegar. Esto obligó a la economía japonesa a un insólito grado de dependencia en relación con las fuentes exteriores de materias primas, especialmente de China, que en 1920 se había convertido en una importante productora de carbón, hierro y fibras de algodón, y constituía, a la vez, el mercado para más del 50 por 100 de las producciones textiles del Japón. China continuaba siendo también la gran suministradora del Japón de seda en rama, como una importante fuente interior de artículos para la exportación. La protección de estas bases de estabilidad económica se convirtió, pues, en un problema de gran interés y dio origen a un debate sobre si el Japón debería confiar, para su propia seguridad, en la cooperación mundial o en la acción directa y en la conquista.

Mientras tanto, en el interior, el Japón se enfrentaba con un buen número de complejos problemas, como resultado de la amplia expansión de su sociedad y de su economía. En los años 1920 el Japón lamentaba amargamente su grave problema de superpoblación. Aunque hoy nos encontramos en mejores condiciones para definir aquel problema como una consecuencia, fundamentalmente, de la desigual distribución de las oportunidades económicas, la existencia de grandes grupos de desempleados o de subempleados era una grave realidad para los japoneses de aquel tiempo. La estrechez de las islas japonesas, la pobreza de sus recursos naturales y el nivel de vida relativamente bajo a partir del cual iniciaba el Japón su desarrollo económico, significaban que, desde el comienzo del período Meiji, se había establecido una fuerte lucha por la subsistencia. El rápido cambio en la estructura de la economía del Japón, con posterioridad a los años 1880, así como en las bases tecnológicas de la economía, crearon graves desequilibrios en el desarrollo económico y en los intercambios. El desarrollo industrial moderno se había realizado sólo en un pequeño sector de la economía total, de modo que, en los años 1920, este sector estaba en manos de un pequeño grupo de organizaciones industriales que explotaban y provocaban la depresión en el sector tradicional de la economía japonesa. En 1913, por ejemplo, había sólo 52 empresas con más de 5.000.000 de *yen* de capital. Pero estas empresas, que poseían el 38 por 100 del capital total del país, representaban escasamente un tercio del 1 por 100 de todas las empresas del Japón. El resultado fue lo que los economistas han llamado una «economía dual», en la que la industria moderna existía juntamente con las empresas tradicionales, de tal modo que estas últimas, que facilitaban un nivel de vida doméstica muy bajo, constituían la norma de los salarios y de las condiciones de trabajo y asumían la grave carga de absorber la mano de obra excedente.

El Japón se enfrentó con dos problemas fundamentales de reajuste social y político interno, a partir de 1920. En primer lugar, hubo de prestarse atención al creciente número de trabajadores empleados por las grandes empresas industriales. La legislación laboral y la sindicación no habían mantenido el mismo ritmo de crecimiento de la industria, ni los salarios habían ido reflejando la escala de beneficios que «los grandes negocios» estaban realizando. El resultado de ello fue la creciente presión sobre las empresas y sobre el gobierno, para conseguir unas mejores condiciones de trabajo y unos salarios más altos. En segundo lugar, el Japón se encontraba con un

problema agrario cada vez más complejo. El desarrollo industrial no había cambiado la estructura de la agricultura japonesa, y la continuación de las altas rentas de la tierra significaba que los agricultores japoneses seguían viéndose obligados a una técnica intensiva de cultivo de pequeñas extensiones, como en el pasado. Los agricultores japoneses se veían cada vez más reducidos a la condición de arrendatarios de las fincas de grandes terratenientes, en las que seguían pagando rentas en especie y sin la menor protección, en virtud de los contratos de arrendamiento legalmente preparados con ese fin. Mientras tanto, las modernas exigencias del comercio y de los abastecimientos alimenticios habían comenzado a modificar el mercado agrícola. El comienzo de las importaciones en gran escala de los cereales procedentes de Corea y de productos alimenticios especializados (fruta y azúcar) que llegaban de Taiwan, la importación de trigo y de otros productos agrícolas desde los Estados Unidos, vinieron a trastornar la privilegiada posición y la auto-suficiencia del agricultor japonés. A esto había que añadir el hecho de que el campesino japonés continuaba contando, muy considerablemente, con la producción de seda en rama como una secundaria fuente de ingresos. Así pues, el bienestar del agricultor variaba con las fluctuaciones en el mercado de la seda, y una baja de precios en la seda en rama, como la ocurrida en 1920, desde unos 4.000 a 1.000 *yen* el medio quintal, podía provocar desastrosos resultados en el Japón rural. En 1920 la tierra arrendada se acercaba al 50 por 100.

Las demandas de una mejora en las condiciones de trabajo y de un mejor trato de los arrendatarios dieron origen a movimientos políticos que intentaban representar los intereses de las áreas deprimidas. El impulso de los sindicatos y de las asociaciones de arrendatarios agrícolas se acrecentó enormemente. Las reivindicaciones de una extensión del sufragio y de una legislación de mayor bienestar para los agricultores y los braceros pasaron a ser uno de los más importantes elementos del pensamiento socialista y de los programas políticos de izquierda. Y en represalia, las grandes empresas se adelantaron a organizar una acción política contra las actividades de los sindicatos. Por último, mientras los partidos políticos se enredaban en cuestiones como la del sufragio, los impuestos y la legislación laboral, el peligro de una sublevación social pasaba a primer plano, a través de la acción del comunismo internacional. El Japón se enfrentaba con la posibilidad de un derrumbamiento de su estabilidad política y social, a medida que aquellas diversas facciones de su sociedad encontraban

imposible el acuerdo. En la lucha subsiguiente el Japón acabó optando por la unidad, aunque imponiendo el consenso. El país, en los años 1930, se vio acosado por ideologías opuestas y por diferentes sistemas de organización nacional, entre democracia, socialismo y fascismo, como había ocurrido con Alemania bajo la República de Weimar. El impulso hacia el militarismo y el totalitarismo fue también semejante en ambas sociedades, aunque siguió caminos diferentes.

En las democracias occidentales el partido político se había convertido en el medio de ampliar la base de la participación política y el alcance de la rivalidad de intereses. Con el derrumbamiento de la «política oligárquica» y con la creciente participación de los partidos en el proceso político con posterioridad a 1920, las decisiones del gobierno se convirtieron en tema de intensos debates públicos en el Japón también. Por eso los historiadores occidentales han llamado a los años 20 en el Japón la época pre-bélica de la democracia liberal y del gobierno de los partidos. Los historiadores japoneses, aunque reconociendo la mayor ostensibilidad de los partidos en el proceso político, han descrito más frecuentemente aquella década como una etapa de confusión política y de debilidad internacional. El punto de vista japonés, probablemente, se acerca más a la verdad, porque un estudio del carácter de los partidos políticos japoneses y de su papel en el proceso gubernamental demuestra que difícilmente representaban a las fuerzas liberales o democráticas, y que tampoco se habían consolidado adecuadamente como mediadores de los grupos de intereses que intervenían en la escena política. El partido político, a pesar de toda su importancia en la política japonesa, funcionaba de un modo totalmente distinto de los de Inglaterra o de América. La Constitución Meiji había creado un sistema político que servía muy bien a los intereses de la *élite*, pero que era muy difícil de modificar. Por eso el Japón se encontraba con una gran dificultad para la creación de un aparato político capaz de resolver el tipo de conflictos de intereses, de base muy amplia, que los años 20 habían traído a primer plano.

Con la adopción de la Constitución Meiji y con la creación de la Dieta, la política japonesa había facilitado un marco para la actividad de los partidos, pero sobre una base limitada. Los partidos servían, principalmente, como medios de ejercer presiones por parte de los grupos en el seno del gobierno, todavía muy dominado por personalidades políticas poderosas e independientes y por la burocracia profesional. Aunque los partidos lograron, en cierta medida, representar intereses que

se encontraban fuera del gobierno, como los del *zaibatsu* o de los terratenientes, su función primordial era la de mediar en la lucha entre las diversas *élites* que comprendían el *establishment:* entre los diversos *genrō* mismos, o entre los burócratas civiles y los militares. Así cuando los *genrō* comenzaron a desaparecer del escenario político japonés, los partidos fueron haciéndose cada vez más importantes como núcleos de influencia política o como cauces a través de los cuales podía facilitarse un apoyo político esencial a los jefes menos influyentes que sucedieron a los *genrō*.

La primera prueba de que los partidos tenían una auténtica posibilidad de influir en las decisiones políticas se presentó en 1912, cuando un frente unido de partidos políticos respaldó a determinados elementos de la burocracia en su oposición al intento de las fuerzas armadas de imponer, por medio de la Dieta, un aumento de las asignaciones para fines militares. Pero —lo que es más importante— la formación del partido *Dōshikai,* en 1913, como rival del dominante *Seiyūkai,* había sentado las bases para una política de dos partidos. Cinco años después se creó el primer gobierno de partido auténtico, cuyo primer ministro fue el jefe del partido que tenía la mayoría en la Dieta. La primera guerra mundial y los cambios económicos consiguientes habían creado las condiciones adecuadas. La inclinación mundial a favor de la democracia y el triunfo de la Revolución Rusa contribuían, en unión de los acontecimientos interiores, a crear una fuerte resistencia contra la política del *establishment.* Luego, en agosto de 1918, el Japón se vio sacudido por una serie de «tumultos del arroz». La mala planificación económica del gobierno en los años precedentes había provocado graves carestías de artículos de primera necesidad y una vertiginosa subida en los precios del arroz en el verano de 1918. El descontento en las ciudades estalló en destructores tumultos, que duraron más de tres semanas, especialmente dirigidos contra los depósitos de arroz y contra los almacenes. El gobierno proclamó la ley marcial y envió tropas a todas las ciudades importantes. Los choques entre los pobres de las ciudades y las tropas del gobierno levantaron grandes oleadas de resentimiento y de indignación. El gobierno del general Terauchi se vio obligado a dimitir, y los *genrō,* en un esfuerzo por apaciguar a la población irritada, recurrieron a los partidos políticos como un medio de restituir la unidad al país. Hara Takashi, civil y jefe del *Seiyūkai,* fue nombrado primer ministro.

El nombramiento de Hara señaló la aparición de un nuevo tipo de dirigente político, así como de un nuevo modo de

gobierno. Hasta entonces los primeros ministros habían sido elegidos entre la «oligarquía interna». Hara, aunque burócrata de alta categoría, era, ante todo, un hombre de partido. Su fuerza procedía, principalmente, de su partido y de sus relaciones con el mundo del periodismo y con el de los grandes negocios. Conocido como el «Gran Civil», era el hombre adecuado para captar la confianza de la opinión pública, que en el Japón acababa de despertar, a la vez que su conservadurismo fundamental le hacía también aceptable para el *establishment.*

Los llamados gobiernos de partido, que continuaron con algunas interrupciones desde 1918 hasta 1932, representaban una coalición de intereses políticos claramente distinta de la que había existido hasta 1918. Los partidos principales, tanto el *Seiyūkai,* que era, esencialmente, el sucesor del *Jiyūtō,* como el *Kenseikai* (llamado *Minseitō* después de 1927) que seguía el camino del antiguo *Kaishintō,* y, más recientemente, el *Dōshikai,* eran todos conservadores o adeptos a la *élite,* toda vez que representaban los intereses del *establishment.* Sin embargo, se inclinaban hacia los intereses civiles en contra de los militares, y cooperaron con el mundo de los negocios mucho más de lo que lo había hecho la propia burocracia. Nadie ignoraba que el *Seiyūkai* apoyaba los intereses de Mitsui, mientras el *Minseitō* defendía los de Mitsubishi. Ambos partidos tenían el compromiso de gobernar parlamentariamente, y, en este sentido, constituían una fuerza que llevaba la política al público escenario de la Dieta.

Los jefes de los partidos, cuando se hallaban en el gobierno, tendían a imprimir un curso moderado, tanto a los asuntos internacionales como a los de política interior. Así, durante los años 1920, hubo una constante aproximación a las demandas de las fuerzas anti-*establishment* y una ampliación de la participación popular en el gobierno a través de un electorado más numeroso. Había también una cierta disposición general a seguir una política de cooperación internacional y de reducción de armamentos. La tendencia hacia el internacionalismo comenzó en 1921, cuando el Japón asistió a la Conferencia de Washington, aceptó el *status quo* de sus defensas en el Pacífico y reafirmó la política de «Puerta Abierta» en China. En 1926 el Japón ingresó en la Sociedad de Naciones, y, dos años después, figuraba entre los firmantes del Pacto Kellog-Briand de renuncia a la guerra. En 1930, tras duro debate, el Japón ratificaba el Tratado de Limitación Naval de Londres. Este Tratado, que restringía gravemente la capacidad defensiva del Japón en el Pacífico, señaló la medida máxima de la coope-

ración del Japón con las potencias occidentales. Estaban surgiendo ya serias tensiones con la Gran Bretaña y con los Estados Unidos. Las fuerzas armadas del Japón estaban convencidas de que el Tratado de Londres había ido demasiado lejos, al comprometer necesidades defensivas esenciales, mientras el creciente esfuerzo del Japón por dominar China estaba abocado a enfrentarse con los intereses que las otras potencias de «Puerta Abierta» tenían allí, desde hacía mucho tiempo.

En política interior, el mayor problema, durante la década de los 20, fue el del sufragio universal y el de la ampliación del gobierno parlamentario. La expansión del electorado fue reconocida como un objetivo fundamental de las fuerzas anti-*establishment* de reciente aparición, si querían hacerse oír en el gobierno. Pero los partidos no eran los más ardientes defensores del sufragio universal, ni mucho menos. Al actuar todavía como extensiones del faccionalismo de la *élite,* no veían con buenos ojos la ampliación de un electorado, sobre el que sólo podrían ejercer un control menor. Por eso, cuando las manifestaciones estudiantiles y la agitación de masas de 1919 llevaron hasta el primer plano la cuestión del sufragio universal masculino, el primer ministro Hara se negó a permitir que el problema se pusiese a debate en la Dieta. El *Seiyūkai,* por lo menos, no se había comprometido a un sufragio más amplio, y Hara se mostraba reacio a perturbar el equilibrio de fuerzas políticas que había llevado a su partido al poder, a cambio de la insegura conquista de un apoyo más amplio. Cuando Hara fue asesinado, en 1921, había hecho muy poco en favor de la causa de un sufragio más extenso.

Pero la agitación favorable a la ampliación del sufragio prosiguió, con creciente violencia, en la calle y en la Dieta. Los partidos que se hallaban en la oposición frente al *Seiyūkai* dominante acabaron viendo una ventaja en la adhesión a la causa del sufragio. Cuando, en 1925, una coalición capitaneada por el *Kenseikai* conquistó una posición mayoritaria en la Dieta, ocupó el puesto de primer ministro Katō Kōmei, que se mostró favorable a la aprobación del proyecto de ley del sufragio. En marzo de 1925, la Dieta aprobó el proyecto que concedía el sufragio universal masculino, y el electorado aumentó, de pronto, desde 3 a 14 millones de personas. Unos pocos días antes, el gobierno había reducido el volumen del ejército japonés, de 21 a 17 divisiones. Ambos hechos fueron considerados como importantes victorias del «pueblo» frente al «gobierno». Pero difícilmente podían ser interpretados como signos de un creciente liberalismo en la política japonesa, como los acontecimientos de los años sucesivos iban a demostrar. La reacción

contra la apertura de concesiones al pueblo y contra la adopción de una política internacional blanda estaba a punto de salir a la superficie. Y los partidos aún no estaban en condiciones de dar estabilidad a la política interna.

La debilidad de los partidos consistía en que, a causa de su estrecha relación con la burocracia y con los grandes negocios, no podían presentarse, legítimamente, como portavoces del nuevo electorado, ni podían anular la oposición de la burocracia y de las fuerzas armadas. Así pues, la violencia iba caracterizando cada vez más la política interior de los años 20, a medida que los extremistas de la derecha y de la izquierda recurrían a la acción directa. Aunque el período de 1918 a 1932 se ha llamado la época de los gobiernos de partido, de 11 primeros ministros, fueron hombres de partido solamente seis; los otros cinco eran burócratas de carrera o jefes militares. De los seis primeros ministros pertenecientes a partidos políticos, tres fueron asesinados mientras desempeñaban su cargo. La victoria popular de 1925 fue también menos importante de lo que a primera vista parecía, porque la ley de sufragio fue acompañada de una nueva ley de «Preservación de la Paz», que ampliaba el control policíaco sobre la libertad de expresión y de reunión, a la vez que marcaba una nueva etapa en la vigilancia de «pensamientos peligrosos». También el efecto de la reducción en el volumen del ejército fue anulado por el hecho de que muchos oficiales desplazados por la supresión de unidades fueron enviados a las escuelas para comenzar un nuevo programa de preparación militar ampliada. Los últimos años de aquella década se vieron complicados por los efectos de la crisis mundial que redujo a la miseria a grandes sectores de la población obrera y campesina. En los oscuros años que van desde 1929 a 1931, mientras la agitación obrera aumentaba y las actividades de los nuevos partidos de masas inflamaban la escena electoral, era puesta en duda la eficacia del proceso parlamentario. Cuando, en 1930, Hamaguchi llevó adelante la ratificación del Tratado de Limitación Naval de Londres, contra las protestas de la Marina, en Tōkyō estalló una violenta oposición popular, y todo el sistema de la política internacional fue impugnado. Poco después se producía el asesinato de Hamaguchi. El último primer ministro miembro de un partido, Inukai Tsuyoshi, tuvo que enfrentarse ya con la expansión de las fuerzas militares japonesas en Manchuria, por lo que trató de adelantarse a la inevitable decadencia del gobierno parlamentario civil, protestando contra la expansión militar y propugnando un fortalecimiento de la disciplina en el ejército. Fue muerto en el golpe de estado militar de mayo

de 1932, y con su desaparición terminó la época del gobierno de los partidos. El Japón había tomado ya la decisión de actuar independientemente en sus asuntos internacionales.

Según muchos autores, la década de los años 20 sólo demostró la inadecuación y el definitivo «fracaso» del sistema de partidos en el Japón. Según otros, lo que demostró fue la inevitabilidad de la victoria de las fuerzas militares y «fascistas» en un Japón que sufría el lastre de una constitución anacrónica y de un «sistema imperial» anti-democrático. Sin embargo, utilizando una terminología de comportamiento político, más objetiva, puede considerarse que aquella década asistió a un difícil intento, por parte del pueblo japonés, de resolver los nuevos problemas de participación política de las masas, en el curso de la modernización del país. El resultado había sido un fracaso en el propósito de adaptar el sistema político a aquellas nuevas presiones de las masas. ¿Se debió esto al carácter de la Constitución Meiji y a la debilidad de las fuerzas «liberales» en el Japón, o a la singular potencia de las *élites* militares y burocráticas? Indudablemente, un elemento esencial para la comprensión de este período consiste en un análisis de los llamados movimientos liberales y de izquierda, que tan activos se mantuvieron durante aquellos años.

Los años 20 presenciaron, por primera vez en el Japón, la ampliamente difundida expresión de un sentimiento anti-gubernamental por parte de las masas. Las voces que se levantaban en favor de los derechos civiles y del bienestar social, en favor del sufragio universal y contra las poderosas influencias de la aristocracia y del mundo de los grandes negocios se manifestaron a través de un cierto número de «movimientos sociales», que comenzaron con el llamado movimiento «democrático» de los primeros años 20 y que luego se orientaron, cada vez más, hacia el socialismo y el comunismo. Mientras el primero de aquellos movimientos aglutinaba, sobre todo, a los intelectuales de las ciudades, recientemente agrupados, los otros dos contaban, fundamentalmente, con el apoyo de las organizaciones obreras.

El logro de la representación popular, que era el principal objetivo de los intereses contrarios al *establishment* durante los años 20, tropezaba con dos poderosísimos obstáculos. El primero era la propia coalición de los intereses de la *élite* y su renuencia a compartir el poder político con un electorado de masas. El segundo era la forma en que la Constitución Meiji situaba el centro de la soberanía por encima del plano político y colocaba los órganos de decisión gubernamental fuera del control del pueblo. Las cuestiones esenciales en la lucha

política de los años 20, claramente reconocidas o no, se referían al depositario de la soberanía y al poder de iniciativa en el gobierno.

La característica del llamado movimiento «democrático» de los primeros años 20 era la de que, respecto al problema de la incorporación de la voluntad popular al gobierno, adoptaba una actitud esencialmente parlamentaria y legalista, asegurando que la principal responsabilidad del emperador consistía en escuchar la voz del pueblo. Esta teoría, más bien moderada, se apartaba de las rígidas concepciones del Estado que se habían desarrollado en torno al emperador desde 1889, y fue divulgada, en primer término, por el profesor Minobe Tatsu Kichi (1873-1948), de la Universidad de Tōkyō, el cual comenzó, en 1911, a exponer la teoría de que el emperador era un «órgano del estado», más bien que el estado mismo. Se trataba de una cuestión técnica en el campo de la teoría constitucional, pero permitía una reinterpretación del *status* del emperador y de su gobierno, con la consecuencia de que el emperador era responsable del bienestar de su pueblo.

Tras la Primera Guerra Mundial, otro profesor de la Universidad de Tōkyō, Yoshino Sakuzō (1878-1933), un cristiano que había salido al extranjero para estudiar las raíces de la democracia en Europa y en América, desarrolló ulteriormente las teorías de Minobe, en un esfuerzo por justificar el gobierno representativo dentro del «sistema imperial» existente. Sin llegar a pedir la soberanía popular, propugnaba un «gobierno *para* el pueblo» *(minponshugi)*, como contrario a un «gobierno *por* el pueblo» *(minshushugi* o democracia). Así pues, aunque evitando un ataque a la posición del emperador tal como se definía en la Constitución, conquistaba los beneficios de la democracia, imponiendo al emperador el precepto de que «en política, el fin último del ejercicio de la soberanía de la nación debe ser el pueblo».

Yoshino, durante un breve período de su vida, intervino en la política. Organizó un partido conocido como el *Reimeikai*, en 1918, celebró reuniones públicas y pronunció discursos en que atacaba los intereses creados, como el Consejo Privado y la Cámara Alta, a la vez que defendía el sufragio universal, a fin de que la voluntad del pueblo pudiera ser expresada. El movimiento de Yoshino, que consistía en una extraña mezcla de socialismo cristiano, de moralidad política confuciana y de sindicalismo, despertó, por un momento, una fervorosa adhesión entre los estudiantes y los dirigentes obreros. Pero los públicos despliegues orales de sentimientos contrarios al gobierno, las reuniones y los desfiles que él fomentaba asustaron

al *establishment*, en lugar de convencerle. Cuando el proyecto de ley del sufragio fracasó, en 1920, el movimiento se extinguió, y Yoshino volvió a sus libros.

La introducción de un cambio político moderado en los programas de los partidos fue defendida, más bien tímidamente, por unos pocos dirigentes políticos como Inukai y Hamaguchi, asesinados ambos. La experiencia de Yoshino sólo sirvió para convencer a la mayoría de los elementos disidentes del Japón de que se necesitaban hombres de temperamento más resuelto y de más decidida participación en la política, para ejercer una influencia sobre el *establishment*. Y por ello, los intelectuales más destacados se acercaban cada vez más a la filosofía política marxista y abandonaban todo esfuerzo por actuar dentro del sistema de partidos. Las nuevas vanguardias de la participación popular en la política pasaron a ser el movimiento obrero socialista, y, durante un breve período, el Partido Comunista.

El socialismo como movimiento político tuvo una historia muy irregular en el Japón anterior a la Segunda Guerra Mundial. Introducido, inicialmente, en el Japón por misioneros socialistas cristianos, ejerció una inmediata atracción sobre los jóvenes idealistas japoneses que tenían una sólida conciencia social. En 1901 se había hecho un esfuerzo por constituir un partido socialista basado en principios de fraternidad universal, de abolición de clases, de redistribución de la riqueza y de nacionalización de los servicios públicos. La organización fue rápidamente aplastada por el Ministerio del Interior. La ejecución, en 1911, de 12 significados anarquistas, entre los que se encontraba Kōtoku Shūsui, constituyó un duro golpe psicológico para el movimiento, y, durante diez años, aproximadamente, apenas volvió a oírse hablar de él. Uno de los socialistas más destacados de aquel momento, Katayama Sen (1859-1933), abandonó entonces el Japón, marchándose a Europa, y después, tras haberse hecho comunista, vivió el resto de su existencia en la U.R.S.S.

Con la expansión de las organizaciones obreras que siguió a la Primera Guerra Mundial, con las noticias incitantes de la Revolución Rusa y con los tumultos del arroz de 1918, una segunda oleada de actividad socialista recorrió toda la sociedad japonesa. Los intelectuales socialistas y los dirigentes sindicales se encontraron trabajando juntos en la creación de una base de masas para la acción política. En 1921 se llevó a cabo un pequeño esfuerzo por resucitar el partido socialista. Los supervivientes del grupo dirigente de la anteguerra, juntamente con los representantes de diversos grupos estudiantiles y sindicales, fundaron lo que ellos llamaron la Alianza Socialista, pero también ésta fue rápidamente disuelta por el gobierno. Sin embargo, las organizaciones obreras continuaron llevando los principios socialistas a la acción política. La Federación Japonesa del Trabajo (Nippon Rōdō Sōdōmei), fundada en 1911 por Suzuki Bunji (1885-1946), se convirtió en una organización de lucha, con propósitos tanto políticos como económicos. Su influencia se hizo sentir en los intereses del mundo de los negocios, y los empresarios crearon una contra-organización con el nombre de Sociedad de la Armonía (Kyōchōkai). Los trabajadores alcanzaron su primer éxito importante con la gran huelga de los astilleros de Kōbe, en 1921, en la que unos 30.000 obreros abandonaron su trabajo, y, durante varios meses, mantuvieron la agitación y celebraron reuniones de masas, desafiando a la intervención policíaca. Al final, las empresas llegaron a un compromiso con los dirigentes sindicales. Como consecuencia de esto, el movimiento sindical experimentó una enorme expansión, y, en 1929, el número de sus miembros llegaba a 300.000.

La aprobación del sufragio universal masculino abría grandes posibilidades de acción política para los que acertasen a movilizar los nuevos votos de los trabajadores industriales y agrícolas. Las organizaciones obreras llevaron a cabo el esfuerzo necesario, pero está claro que fueron el *Seiyūkai* y el *Minseitō* los que absorbieron el grueso de los nuevos votos creados por los cambios electorales. Los llamados «partidos de masas» proliferaron a partir de 1925, pero estaban dominados por los obreros y tendían a abrazar causas que reducían su capacidad de atracción. El *Rōdō Nōmintō* (Partido obrero y campesino), de orientación marxista, constituido en 1926, fue el primero de los nuevos partidos. Después de pasar por varias transformaciones y escisiones de grupos, que incluyeron, en diversas ocasiones, al *Shakai Minshūtō* (Partido Socialdemócrata) y al *Musan Taishūtō* (Partido de masas proletarias), los partidos obreros lograron fundirse, en 1932, en el relativamente moderado y homogéneo *Shakai Taishūtō* (Partido socialista de masas). Este partido obtuvo más de 600.000 votos en 1935, y alcanzó 18 escaños de los 466 que formaban la Cámara Baja de la Dieta. Al año siguiente alcanzaba 37 escaños, lo que constituyó el apogeo de su fuerza.

El problema de los partidos obreros y campesinos consistía en que carecían de una dirección estable y en que dependían demasiado directamente del apoyo de los sindicatos. Sus inclinaciones izquierdistas les hacían constante objeto de la persecución del gobierno. A pesar de su pretensión de hablar en

nombre de las masas, los nuevos partidos no crearon una amplia base de masas y siguieron siendo minoritarios en su organización de partido, y, por lo tanto, expuestos a las escisiones. Una de las causas de ello fue que, ya a mediados de los años 20, el movimiento político de la izquierda iba siendo alcanzado por la infiltración comunista. El resultado fue el de llevar la acción política, cada vez más acusadamente, hacia posiciones radicales y emotivas.

La solución más radical de los problemas socio-políticos de los años 20 fue propuesta por los comunistas. Cuando el Komintern inició sus actividades de organización para el Extremo Oriente, Japón fue uno de sus principales objetivos. A pesar de sus tempranas relaciones con las actividades del partido en Shanghai, el Partido Comunista Japonés se diferenciaba fundamentalmente del chino, siguiendo un camino mucho más semejante al de los países de la Europa occidental. Organizado y dirigido por unos pocos jefes muy activos, frecuentemente trabajando en la clandestinidad, apoyado por un fuerte elemento intelectual minoritario y sin alcanzar nunca una base de masas, se vio obligado a enfrentarse con la represión policíaca, ya desde sus comienzos. El hecho de que el comunismo preconizase la eliminación del sistema imperial y una completa ruptura con la forma de gobierno tradicional del Japón *(kokutai)* atrajo sobre su doctrina el anatema de la clase dominante e incluso el de la mayor parte del pueblo. El partido, naturalmente, acertó a explotar los sentimientos de auténtico disgusto entre las clases trabajadoras y a capitanear el ataque contra la aristocracia, contra el capitalismo, contra la corrupción de los partidos y contra la carencia de libertad política en el Japón. Pero la extremosidad de su ruptura con los valores tradicionales le redujo a la condición de una minoría rigurosamente subversiva.

El primer Partido Comunis ı, fundado en 1922 por dirigentes como Tokuda Kyūichi, Osugi Sakae y Arahata Kanson estaba mal organizado. Fue destruido por la represión policíaca, en 1923, a consecuencia del descubrimiento de documentos del partido en poder de Sano Manabu, un profesor de la Universidad de Waseda. El gran terremoto de Tōkyō, del mismo año, dio ocasión a la policía para arrestar a sospechosos de todos los matices. Un «segundo partido», organizado en 1926, adoptó el programa del primero, reivindicando la abolición del sistema imperial y de la Dieta, la redistribución de la riqueza y una política exterior favorable a la U.R.S.S. Durante los años 1926-28, los miembros del Partido Comunista se infiltraron en los sindicatos y dieron muestras de gran actividad en los ambientes

universitarios. La reacción de la policía, a través del Departamento de Preservación de la Paz (anti-subversivo), de nueva creación, tuvo como resultado detenciones masivas en 1928 y en 1929, que acabaron, literalmente, con el partido. Entre 1931 y 1932, los procesos públicos de cerca de 400 comunistas encarcelados provocaron la renuncia al comunismo de todos sus adeptos, menos de un grupo de dirigentes inquebrantables. Ya el país comenzaba a sentir la exaltación producida por los éxitos de tropas japonesas en Manchuria. Y aunque los intelectuales continuaban leyendo en privado la literatura marxista, la tendencia hacia «pensamientos peligrosos» tocaba a su fin.

La década de los años 20 había sido una época de intensa conciencia política para el pueblo japonés, en la que ideologías opuestas entre sí utilizaron los problemas sociales y económicos para crear fuertes tensiones entre la clase dominante y los intereses del proletariado, de los campesinos y de los intelectuales. Y si bien la ampliación del electorado señalaba un importante avance hacia una mayor representación, los problemas fundamentales de la participación de las masas en el proceso político seguían sin resolver. Los partidos políticos centristas, en especial, se habían mostrado incapaces de llevar a cabo la tarea de facilitar una estructura que pudiese conservar el equilibrio de intereses en el seno de la clase dominante, a la vez que abriese los cauces para una mayor participación popular. Los cambios producidos en el marco internacional del Japón y los desastrosos efectos de la depresión mundial iban a crear en el país una situación de crisis. Sometida a una presión inusitada, la política japonesa tendía a desplazarse hacia posiciones extremadas, tanto de derecha como de izquierda. Pero, en aquellas circunstancias, no existía ninguna posibilidad real para una política socialista. La otra tendencia se dirigía hacia unas metas colectivistas bajo un mando de derechas. El giro hacia la derecha no fue, pues, inesperado. En la sociedad japonesa las poderosas presiones creadas por el sistema educativo, por el culto al estado centrado en el emperador, y por toda la tradición de valores sociales y culturales, actuaban en dirección contraria al sistema político abierto a que habría podido conducir un gobierno de partidos, y, sobre todo, a la franca subversión del *kokutai* a que aspiraban las actividades del movimiento proletario.